3 1761 09546695 9

LS
P9576co.2

Principe y Vidaud, Miguel Agustin

El conde Don Julian.

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Mitz.
Mw
1400

El

Conde don Julian.

EL CONDE DON JULIAN,

drama original é histórico,

EN SIETE CUADROS Y EN VERSO,

POR

D. Miguel Agustin Príncipe.

GALERIA DRAMATICA de Delgado hermanos

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

LS
P 9576 co.2
586223
2.7.54

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Época del drama: año 714 de J. C.

PERSONAS.

EL REY DON RODRIGO.
LA REINA EGILONA.
EL CONDE DON JULIAN.
FLORINDA, su hija, prometida esposa de
PELAYO, duque de Cantabria.
EL CONDE REQUILA.
DON SANCHO.
SIGIBERTO, hijo primogénito de Witiza.
AZASULDO, su hermano.
URBANO, arzobispo de Toledo.
DON OPPAS, obispo de la casa real, personage mudo.
TARIF ABENZIER.
MUZA EL ZANHANÍ.
TOBÍAS.
JEHÚ.
ELIPANDO.
OSMUNDO.
GUMILDO.
UN MORO.

CONDES Y DUQUES. = MIEMBROS DEL CLERO. = JULIANISTAS. = GODOS. = SARRACENOS. = JUDÍOS. = SANTONES. = FANTASMAS. = ESCLAVOS DEL REY. = ESCLAVOS NEGROS DE MUZA Y DE TARIF.

La escena es en Toledo y en Jerez, y en sus inmediaciones.

¡Colatino! ¡Julian! *Ambos la diestra*
Con el mismo puñal fieros armasteis;
Ambos la causa del pudor vengasteis
Arrollando al tirano en la palestra.

Idéntico el objeto, igual la muestra,
Uno fué el grito que los dos lanzasteis...
Mas la patria ¡oh Romanos! libertasteis,
Y en Guadalete pereció la nuestra.

De bueno y de leal merece el nombre
Colatino *á la historia: el* Conde *al paso*
Lleva en su frente el anatema impreso.

¿Es justo empero con Julian *el hombre?*
¿Fué desleal y apóstata... ó acaso
Le llamamos traidor por el suceso?

Á MI CARO Y LEAL AMIGO

D. CAYETANO BALSEYRO Y GOYCOCHEA.

El presente drama tiene que resentirse por necesidad no solo de los defectos inherentes á toda composicion que precede á las demas de su género, sino de otra multitud de vicios esclusivamente propios de la pluma que le ha dado el ser. Esto no obstante, me ha costado tantas meditaciones, y he dedicado tanto tiempo á poseerme de los principales pensamientos que le sirven de base, antes de ponerme á escribir los primeros renglones, que no puedo llegar á persuadirme de que mi CONDE DON JULIAN carezca absolutamente de algun valor, cualesquiera que sean por otra parte las deformidades de la obra. ¿Pero qué valor puede ser este? ¿Qué precio me será permitido atribuirle? ¡Ah mi querido amigo! El que tiene el primer capullo que colorea un rosal, ó el primer soplo del céfiro que anuncia la venida del abril. ¿Cómo pudiera ser otro? No es posible esperar sazonados frutos del arbol que comienza á nacer: harto hace el pobrecillo con engalanarse de flores.

Bajo este concepto, ¿á quién mejor que á Balseyro podria yo dedicar mi desaliñado poema, sin esponerme á la nota de escesivamente confiado en el valor de la ofrenda, ó al disgusto de ver menos-

preciado el obsequio por la pobreza del don? Balseyro no podrá ofenderse de la pequeñez de la obra, porque conoce harto á fondo la sinceridad del que la ofrece; ni atribuir al autor una arrogancia de que está bien distante, porque nadie sabe como él la justa desconfianza con que mira sus producciones. Reciba usted pues, amigo mio, esa composicion que le presento como una prueba sincera de la ternura y efusion de mi alma: es la ofrenda del amigo al amigo; la espresion del cariño con que el hermano corresponde al hermano; el único obsequio que ún corazon que ama puede hacer por ahora al hombre de quien es amado; la última prueba de amistad que acaso podrá darle desde el lecho del dolor un corazon que mañana puede dejar de latir, un hombre cercano tal vez á legar á su infeliz esposa una anticipada viudez, y al fruto que abriga en sus entrañas una horfandad no merecida... lo es todo, Balseyro, todo... menos la ofrenda del poeta al literato. ¿Qué me importan ahora esas eminentes cualidades intelectuales que yo he sido el primero en admirar en el hombre que motiva estas líneas? No es la cabeza de mi amado Balseyro la que deseo complacer; es el corazon de mi amigo y nada mas, porque en ese corazon vivo yo, y en ese corazon hallarán su guarida las prendas que estoy espuesto á dejar abandonadas en la tierra. Talentos, instruccion, filosofia... ¿qué son estas dotes en comparacion de ese mismo corazon que solo vive de amar, y que dejaria de latir en el momento que no encontrara un infeliz á quien consolar, un dichoso á quien sonreir, un desgraciado con quien llorar, una patria por quien perecer? Perdone usted si le mortifico; pero siento placer en manifestar por escrito

lo que no me hubiera usted tolerado decirle de palabra. No es Balseyro con la Iliada ó con la Eneida en la mano el que se ha presentado constantemente á mis ojos cuando la amistad ha venido á embellecer mis sueños; no el humanista inteligente y filósofo que enterado del plan, objeto y fines que me proponia en mi drama, me alentó á dar cima á la empresa que me habia arredrado tres años; no el crítico á quien se debe la existencia de una composicion menos deforme, gracias á su laboriosa correccion y castigo; no el hombre finalmente que tan poderosa como decididamente contribuyó á la creacion de mi drama: es Balseyro delante de mi lecho de dolor sin abandonarme jamas, enjugando mis lágrimas y las de mi esposa, adivinando el secreto de mis infortunios, y prodigándome los consuelos de la mas pura y delicada amistad... es el escritor público de ciencias naturales, cuya elegante y patriótica pluma tantas glorias españolas ha reivindicado; es finalmente aquel Balseyro, protector entusiasta de todo lo bello, de todo lo nacional. Vea usted si teniendo presentes estas consideraciones podia titubear en tributarle una ofrenda que desprovista en buen hora de todo mérito literario, tiene á lo menos el de ofrecer algun sentimiento de ternura, alguna escena consoladora, algun ejemplo de virtud, algun rasgo de patriotismo.

Sé que mi voz va á afligir el corazon de mi amigo... pero tengo una esposa condenada tal vez á ser madre cuando el esposo no exista. No seré yo quien pretenda ultrajar la amistad recomendándole una familia que interesa demasiado el corazon de un hombre que tanto me distingue entre todos los que ama; mi único objeto es manifestar-

le el cuadro hermoso y consolador en que de antemano me gozo. Si hay una felicidad futura para los poetas que hicieron en la tierra cuanto dependió de su lira por sembrar de flores el camino de la virtud, esta felicidad no puede ser otra que la de unir sus acentos al *hossanna* de los ángeles, y la de ver puestas en práctica sus mismas lecciones. Esta última felicidad por lo menos es la que me espera á mí, y la que me espera muy pronto si la cruel dolencia que me aflije avanza un solo paso mas. No lo dude usted, Balseyro de mi corazon: Benita tendrá en Eusebia una amiga tan sincera, tan consoladora y leal como Egilona lo fue de Florinda; el tierno Eduardo será para mi huérfano lo que Azasuldo para su hermano; y Emilia, y Ricardo, y toda nuestra familia heredarán finalmente la pura y sacrosanta amistad que embelleció la vida de dos hombres, de los cuales el uno se llamaba Balseyro, y el otro

Miguel Agustin Príncipe.

Zaragoza 27 de Noviembre de 1838.

CUADRO PRIMERO.

Padre y Caballero.

Dos medios te presento: elige el uno,
Pérfido autor de la deshonra mia:
Cualquiera de ellos á la muerte guia;
A la evasion ¡oh déspota! ninguno.

27 *de Julio de* 1838.

Salon del palacio del rey don Rodrigo en Toledo, con puerta de entrada en el foro. A la derecha y junto al proscenio estará el dosel, en el cual se leerá la siguiente inscripcion: TOLETO PIUS. A la izquierda dos puertas: la mas cercana al espectador conduce á la cámara del rey; la otra á la habitacion de la reina. A la derecha se verá otra puerta algo separada del dosel, la cual se supone conducir fuera de palacio.

ESCENA PRIMERA.

FLORINDA, *saliendo de la habitacion de la reina.*

¿Y he de verle? ¿y he de hablarle?
¿Para qué? ¿para advertirle
lo que es horrible decirle,
lo que es baldon declararle?
¡Ah, no! mi labio funesto
nada le revelará:
harto desgraciado es ya
para hacerle manifiesto
lo que debe estar oculto.
¿Si conocerá en mi frente
la pena horrible, ferviente

que en mi corazon sepulto?
¡Pelayo! no pienses ya
en la infeliz que elegiste:
la que te adora y quisiste
nunca tu esposa será.
Digna soy, digna de tí,
aun despues del atentado;
pero te amo demasiado
para que pienses en mí.
¡Oh qué infelices los dos
vamos á ser! ¿Y he de verle?
¡Ah, no! que puedo perderle.
Él viene aqui. ¡Santo Dios!

ESCENA II.

FLORINDA. PELAYO, *que entra por el foro.*

Pelayo. ¡Florinda mia, mi cielo,
mi gloria, mi único bien!
¿Quién puede robarme, quién,
de verte al fin el consuelo?

Florinda. Pelayo, por Dios... refrena
tu delirio: el rey feroz
pudiera escuchar tu voz.

Pelayo. ¡Ah, que el placer me enagena!
¿Es verdad? ¿te veo aqui
despues de mi largo encierro?
¿Ya no parto á mi destierro
sin despedirme de tí?
¡Y quieres que el alborozo
que tu vista me escitó
sufoque en el pecho! no:
¿cómo encadenar mi gozo?
¡Harto lloraré en mi ausencia!
¡harto dolor, harto afan
mi vida emponzoñarán,
privado de tu presencia!
¿Mas cómo te veo asi?
Pálida, triste, llorosa,
desfigurada... ¡Ay hermosa!
Ya lo sé: todo por mí.

¿Quién pudiera merecer,
sino tu amante leal,
ese dolor sin igual,
ese inmenso padecer?

Florinda. ¡Ah! no me mires asi,
que me haces mal.

Pelayo. ¡Inhumanos!
¿Será verdad? ¿hay tiranos
que me separen de tí?
Pero luego volveré
de mi monarca á la gracia:
no llores; no es mi desgracia
tan digna de llanto á fé.
El rey ha sido engañado;
lo ha sido, Florinda hermosa;
alguna lengua alevosa
contra mí le ha fascinado.
Pero al fin conocerá
de su amigo la inocencia,
y la inhumana sentencia
de mi destierro alzará.
Entonces el himeneo
nos unirá eternamente:
no llores; soy inocente,
y nada infausto preveo.
Entre tanto, acuérdate
del infeliz desterrado:
yo no te veré á mi lado,
pero tus cartas leeré.
¿Es verdad que no podrias
ser feliz sin escribirme?

Florinda. ¡Ah! ¿te has propuesto afligirme?

Pelayo. ¡Tú recibirás las mias!

Florinda. ¡Pelayo...! mira que el rey
puede salir. ¡Si te viera
cuando ya te juzga fuera!
Parte; la obediencia es ley.
¿Qué puedes decirme ya
que no me hayas dicho?

Pelayo. ¡Ingrata!
¿Cuando esta ausencia me mata,
tú la deseas quizá?

Florinda. ¡Oh cruel! ten compasion
de esta infelice muger.
¡Si el rey te llegara á ver!
Yo temo su indignacion.
Dos horas te ha concedido
para salir de Toledo.
Vete por Dios... tengo miedo...
¿Sabes que te ha prohibido
la entrada en palacio?

Pelayo. ¡Sí!
¡Ya lo veo! mi prision
amortiguó su pasion.
¡No fue su llanto por mí!
Esa triste palidez
que yo en su rostro advertía,
que signo de amor creía...
¡Era señal de esquivez!

Florinda. ¡Vieras, ingrato, una parte
de la llama abrasadora
que mi corazon devora!
y pudiera avergonzarte
esa sospecha cruel.
¡Inhumano! ¿cuándo he sido,
cuándo, dime, he merecido
reconvenciones de infiel?

Pelayo. ¡Perdon, Florinda! mi labio...
No lo medité bastante.
¡Perdon! temores de amante
nunca fueron un agravio.
Ya sé que me amas sincera,
ingénua, pura y leal,
y que mi ausencia fatal
te aflige y te desespera.
Que el querer verme partir
efecto de amor es solo,
porque temes algun dolo
que me pueda descubrir.
Mas no tiembles; nadie asoma,
nadie al entrar me ha espiado,
y el monarca está ocupado
con los asuntos de Roma.
Ademas, me avisarian

de la reina los amigos:
en vano mis enemigos
de perderme tratarian.
Concédeme un solo instante
de verte... y me ausentaré:
¡Florinda! concédeme
la gloria de ver delante
esa beldad que ha nacido
para embellecer mis dias.
Tú templas las ansias mias,
tú me haces feliz...

Florinda. (*Sobresaltada.*) Un ruido...
A Dios... Ya sabes que estás
en mi corazon grabado;
que todo el poder del hado
no podrá borrar jamas
tu imagen del pecho mio.
¿Quieres mas? ¡Pues bien! ninguna
ama como yo, no hay una
que sienta mi desvarío.
Dia vendrá por ventura
en que sepas el dolor,
el afan devorador,
la inconsolable amargura
que he padecido por tí.
Dia tal vez llegará
en que tu labio dirá:
«no en vano llorar la vi.»
¡Pelayo! ¿Por qué los dos
Con la mas viva espresion de desconsuelo.
nos hemos amado tanto?
¡A Dios...! no olvides mi llanto,
ni mi último acento... ¡A Dios!!!

Entra en el gabinete de la reina de donde salió.

ESCENA III.

PELAYO.

¡Florinda...! ¡gran Dios! ¡se fue!
Ella oculta alguna pena
que de amargura la llena:

¡ella es infeliz...! ¿por qué?
¿Por verme partir? no, no,
que deseaba mi ausencia,
y al mirarme en su presencia
de palidez se cubrió.
¿Será que su padre insano,
cuando tanto me ha querido,
al contemplarme caido,
á otro prometa su mano?
¡Imposible! ella me adora,
y ocultarme no pudiera
una noticia tan fiera.
¡Mi destierro es lo que llora!
A Dios, á Dios... ¿Es posible
que con este desvarío
haya de partir? ¡Dios mio!
¡Suerte fatal y terrible!
A Dios ¡oh tú la mas pura
de las hermosuras godas!
¡sublime ejemplo entre todas
de candor y de ternura!
Del alto cielo los juicios
han querido producirte
en medio de aquesta sirte
de desenfreno y de vicios.
Indignos los hombre son
de tenerte y contemplarte:
yo me envanezco en llamarte
dueña de mi corazon.
¡A Dios! Pronto llegará
de nuestro himeneo el dia:
presto la inocencia mia
al rey desengañará.

Vase por la puerta del foro, al mismo tiempo que se abre la puerta de la cámara del rey, de la cual salen varios miembros de la grandeza y del clero, yendo el último Urbano: todos hacen una reverencia al salir, y se van tambien por el foro: poco despues salen el rey y don Sancho.

ESCENA IV.

EL REY. DON SANCHO.

El Rey. Ahora bien, primo don Sancho,
¿qué os parece del ardor
con que el bueno de Gudila
mi dictámen impugnó?

D. Sancho. Esto parece que indica
que antes de ponerse el sol
tendremos sin duda alguna
otro magnate en prision.
¡Contradecir á su rey!
No lo permitais, señor;
que ser benigno en tal caso
cediera al fin en baldon
del que ha nacido monarca,
del que es imagen de Dios.

El Rey. Ya lo veis: esta nobleza,
Sentándose en un sillon.
acostumbrada hasta hoy
al omnímodo poder
que ella misma se abrogó,
es preciso se resienta
del indomable teson
con que el monarca la humilla
desde que al trono subió.
La compadezco, don Sancho;
que en verdad da compasion
verla obstinada y tenaz
y encallada en el error,
no queriendo persuadirse
de que otros los tiempos son.
Antes mandaba á los reyes;
ahora en ella mando yo:
¡pobre nobleza! es preciso
que sienta la humillacion;
pero es preciso tambien
que reflexione mejor,
porque el que reina en Toledo
es el monarca, ella no.

D. Sancho. El clero fue mas prudente.
El Rey. ¡Oh! bien sabeis la razon.
Hubo un tiempo que cercado
de prestigio y esplendor,
hasta á los mismos monarcas
estendió la escomunion,
como decirlo pudieran
Suintila mi antecesor,
y su muger, y sus hijos,
á quienes Dios perdonó;
pero en el dia conoce
que es flaca su posicion,
y hasta que recobre el lustre
y el aprecio que perdió
con el escándalo dado
á todo el pueblo español,
¿qué ha de hacer? tener prudencia,
don Sancho, por precision.
Sus vicios le han humillado:
la incontinencia, el amor,
la desobediencia al papa
pecados notorios son.
Mengua sería en verdad
que un clero tan pecador
á escomulgarnos volviera
como en la edad que pasó.
El clero por otra parte
de la nobleza va en pos,
es decir, á retaguardia;
y nunca empeña la accion,
hasta ver que la primera
la victoria proclamó.
Mientras Suintila contuvo
del noble la rebelion,
sumisos y humildes fueron
los ungidos del Señor;
pero cayó de su trono,
y entonces fue la ocasion
de celebrar el concilio,
que aclamando al sucesor,
contra el caido monarca
el anatema lanzó.

Venza yo los hombres pues,
que si ellos vencidos son,
poco me importan las iras
de los ministros de Dios.

D. Sancho. Y aun por eso cuerdo fuísteis
en desterrar al mayor,
al mas terrible enemigo
que la suerte os deparó.
Pelayo, señor, objeto
de la necia admiracion
era del vulgo; y cercado
del brillo deslumbrador,
que su hipócrita virtud
entre el pueblo le valió,
solamente consultaba
á su propia elevacion.

El Rey. ¡Ah...! no toqueis esa herida,
que no sabeis el dolor
que este destierro produce
en mi triste corazon.
¡No acrimineis á Pelayo;
no le menteis, Sancho, no!
que vos mismo no sabeis
la verdadera razon
de mi conducta, la causa
que á obrar asi me obligó.

D. Sancho. Siempre sumiso acaté
vuestros arcanos, señor;
y no seré tan osado
que quiera sondarlos hoy:
mas no por eso mi lengua
cuanto sea en vuestro pró
dejará de aconsejar;
que aunque indigno servidor,
tengo el placer de haber sido
el que mas contribuyó...

El Rey. A hacerme otro... ¡muy otro
del que antes fuí! Con razon
podeis jactaros, don Sancho;
pero... estoy de mal humor,
y os agradeciera mucho
variar de conversacion.

D. Sancho. (Incomprensible esta el rey.
No le entiendo, vive Dios.)

Entra Elipando por la puerta del foro.

Elipando. Señor, un hombre, que creo
sugeto de distincion,
quiere hablaros.

El Rey. No es posible.

Elipando. Asi se lo he dicho yo,
pero su empeño es tan...

El Rey. ¡Basta!

Vase Elipando.

Vendrá á demandar favor.
¡Y en qué dia! no ha podido
buscar peor ocasion.
¡Siento tal tedio! yo mismo
me desconozco. Mas vos...
¡parece que os sonreis!
¿Qué significa...

D. Sancho. ¡Señor!
No es nada.

El Rey. Vamos, sed franco:
solos estamos los dos.

D. Sancho. Si vos no lo sois conmigo,
¿cómo he de ser franco yo?

El Rey. Es verdad, he sido injusto,
y me culpais con razon.
Nada ocultaros debia,
y sin embargo...

D. Sancho. (*Con malicia.*) No, no:
hay secretos que no puede
revelar el corazon,
porque padece al decirlos,
ó al menos siente rubor.

El Rey. Tal es el mio, don Sancho,
pero vos mi amigo sois,
y es preciso revelaros
lo que mi lengua calló. (*Se levanta.*)
Decidme, querido amigo,
¿habeis sentido cual yo
la llama devoradora,
la volcánica pasion
de un amor sin esperanza,

fiero, horrible, abrasador?
¿Habeis sentido en el pecho
el suplicio de un amor
sin correspondencia; el torpe,
el afrentoso baldon
de idolatrar una ingrata,
siempre inflexible en el *no*?
¿Y haber de ocultar el llanto,
y haber de reir, y atroz
llevar clavado en el alma
remordimiento y dolor?
¡Vos lo ignorais...! ¡lo ignorais!
Don Sancho... ¡qué feliz sois!

Vuelve á sentarse abatido.

D. Sancho. Pero, señor... ¿es posible?
¿tal debilidad en vos?
Perdonad... mas es preciso
que lo que llamais amor
sea un nuevo devaneo
de efímera duracion
como otros muchos. ¡Amar
el rey don Rodrigo! ¡Oh... no!
Fuera tan incomprensible
como decir...

El Rey. Como Dios.
¡Pues qué, don Sancho! ¿creeis
que lo he comprendido yo?
¿Yo amar? ¿yo que veleidoso
desde que monarca soy
solo miré en la muger
el goce de una ilusion?
¡Yo, que si amado no era
respetar me hacia! ¡yo
que miraba indiferente
los encantos del pudor
y la vil procacidad...
¿á una muger amar hoy?
Don Sancho, dijisteis bien:
aquesta contradiccion
solo Dios sondarla puede;
la mente del hombre, no.

D. Sancho. Pero, señor, ¿y cuál pudo

ser la muger...

El Rey. Esplendor,
imperios, gloria, á su lado
tan halagüeños no son.
¡Qué hermosa! penar, sufrir,
arrostrar la perdicion,
ser destronado por ella,
todo es poco, vive Dios,
si á la gloria se compara
de su dulce posesion.
Por ella soy un tirano,
por ella inhumano soy
con el hijo de Favila,
mi mas leal servidor:
por ella os sacrificara
á vos mismo, Sancho, á vos.

D. Sancho. ¡Cómo! ¿es Florinda?

El Rey. Florinda:
la que Pelayo adoró,
la que destinada estaba
á ser su esposa... ¡Ah! no, no.
Pelayo es honrado, y nunca
puede aspirar á esta union.

D. Sancho. (¿Con que el amor fue la causa
de su destierro, no yo?
Mi conducta debe ser
fomentar esa pasion.)

Vuelve á entrar Elipando.

Elipando. Señor... en vano le he dicho
que no puede hablaros hoy:
empeñado en que ha de entrar,
en la puerta se clavó,
y nadie sacarle puede,
y nadie es capaz...

El Rey. (*Levantándose.*) Por Dios,
que es insolente.

Elipando. Tres veces
«entraré» nos replicó
embozado hasta los ojos
con aire amenazador.
Debe estar loco: da miedo...
su brusco ademan... su voz...

Pero aqui le teneis ya:
miradle.

El Rey. (*Con una especie de asombro y de terror que en vano quiere disimular.*)
¡Julian! ¿sois vos?
¿vos el mejor de mis condes?
¿vos mi primer campeon?

D. Julian. (*Con sequedad, y sin hacer caso del rey.*)
Don Sancho, podéis si os place
dejarnos solos.

D. Sancho. ¡Quién! ¿Yo?
Don Sancho obedece solo
de su monarca la voz.

El Rey. La voz del conde es la mia:
dejadnos solos.

D. Sancho. (*Admirado, y volviendo el rostro hácia Julian, cuando sale de la escena.*)
Me voy.

Sale por la puerta que conduce al gabinete del rey: Elipando se va por el foro.

ESCENA V.

EL REY. DON JULIAN. *Despues* OSMUNDO *y* FLORINDA. *Ultimamente* LA REINA.

Todos los ademanes de don Julian deben denotar una especie de delirio. Durante esta escena, pasa progresivamente de la calma al furor, de la ternura á la ira, del abatimiento á la desesperacion &c.

El Rey. (*Afectando serenidad.*)
¡Vos, conde, en Toledo!
Decidme... ¿qué indica
tan súbito viaje,
tan rara venida?
¿Cayó Mauritania?
¿Cayó por desdicha
en manos del moro
mi Tingis querida?
Venís disfrazado;
venís sin noticia

del rey, que á saberlo
derecho tenia.

D. Julian. Me llaman asuntos
que bien lo motivan;
asuntos mas graves
que guerra y milicia.

El Rey. Si tales no fueran,
perdon no tendria,
hallándose en riesgo,
dejar la provincia.
¿Qué es ello? Veamos;
y si es que por dicha
el rey puede daros
favor este dia...

D. Julian. ¡Mil gracias! Guntrando,
y Osmundo, y Requila
me guardan la espalda;
y en tanto que existan,
ni gracia ni apoyo
Julian necesita.

El Rey. (*Agitado.*)
¡Julian! no os entiendo.

D. Julian. Pues yo presumia
que no era el monarca
tan corto de vista.

Corta pausa, durante la cual observa al rey con una mirada penetrante: este sigue afectando indiferencia, y aquel continúa:

Hoy hace tres meses...
¡tres meses, y un dia!
Como ratificándose.
que al ir al gobierno
que tengo en la Libia,
dejé con la reina
mi cándida hija.
¡La habeis infamado!!!
¡Oh... sí! bien lo indica
el pálido rostro
que tengo á la vista.

El rey quiere responder, y despues salir de la escena: don Julian se lo impide.

¡No hableis! son en vano

palabras mentidas.
¡No huyais! esa puerta
no tiene salida: (*Señalando el foro.*)
las otras, Rodrigo,
no os libertarian.
¡La habeis deshonrado!!!
¡Y yo combatia
por vos! ¡y mi sangre
por vos fue vertida!
¡Qué horror! ¿y pensabais
que asi olvidaria
la fiera venganza
de tanta ignominia
el hombre que tiene
honor y cuchilla?
¡Estais desarmado!
¡Lo siento á fé mia!!
que vine á Toledo
bramando de ira.
¡Osmundo! acabemos.

Llamando, aunque no en voz alta: Osmundo se presenta por la puerta del foro.

Traed á mi hija.

Sale Osmundo de la escena, y entra en la habitacion de la reina. Julian observa al rey; este, viendo que no puede evadirse, quiere hablar otra vez, y aquel le interrumpe.

El Rey. ¡Julian!

D. Julian. ¡Eh! silencio.
Julian no asesina;
Julian desconoce
la vil cobardía;
mas solo un acento
que alceis por desdicha,
Julian no responde
del hierro que vibra.

Sale Florinda precipitada del gabinete de la reina, y se abraza á las rodillas de su padre: este la contempla desesperado, y lanza al rey una mirada terrible: Osmundo se coloca al lado del monarca, observándole: el rey se precipita en el sillon, y se cubre los ojos con ambas manos.

:

Florinda. ¡Mi padre! ¡es mi padre!
¡Gran Dios!
D. Julian. ¡Hija mia!
¡Florinda!! ¡este nombre
que fue mi delicia!!!
Un momento de silencio y de sollozos.
Florinda. ¡Padre! ¡Padre mio!
La culpa no es mia;
la culpa es del monstruo
que está en esa silla.
Señalando al rey.
D. Julian. (*Repeliendo á su hija.*)
¡Justicia del cielo!
Justicia tardía. (*Con amarga sonrisa.*)
Osmundo, esa puerta
conduce á mi quinta.
Osmundo. (*Tomando á Florinda del brazo.*)
Entiendo.
D. Julian. Llevadla,
que el pecho se agita,
y el ansia me tienta
de ser parricida.
Osmundo se lleva á Florinda por la puerta de la derecha. — La tarde comienza á declinar. —
¡Qué horror! ya ha salido.
Tomé mis medidas,
y es vano... ¡y espuesto!
pensar en seguirla.
El Rey. (*Mirándole de hito en hito sin levantarse del sillon, y mostrando una calma terrible.*)
¿Y ahora?
D. Julian. Es preciso
lavar mi ignominia,
y solo se lava
con sangre vertida.
Estais desarmado,
y mengua sería
quien busca un contrario
herir una víctima.
Pensadlo... ¡no hay medio!
La sangre es precisa.
Si sois caballero,

Agarrándole del brazo.
el duelo os convida;
si vil y cobarde,
la guerra.

Se va por el foro desasiéndose del rey con violencia.

El Rey. (*Se levanta desesperado, despues de un momento de reflexion, y llama á don Sancho con un grito terrible.*)
¡Oh qué ira!
Don Sancho... ¡mi espada!
¡Me roban la dicha!

D. Sancho. (*Entregando la espada al rey, y saliendo él tambien armado.*)
No en vano del conde
temí la venida.

El Rey. (*Mirando al foro y blandiendo la espada.*)
Con esta humillada
verás tu osadía. —
Ahora, don Sancho,
sigamos la hija.
Vanse los dos precipitados.

La Reina. (*Saliendo de su gabinete, y dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)
¿Pensais alcanzarla?
¡No temas, Florinda!
La reina ha tomado
tambien sus medidas.

Cae el telon.

CUADRO SEGUNDO.

El Palacio encantado.

LOS CRÍTICOS.
Cuento fue del cronicon
Lo del tal encantamento.

EL POETA.
¿Y es tan absurdo ese cuento
Que no tenga esplicacion?

1.° *de Agosto de* 1838.

La escena representa un salon antiquísimo del palacio encantado que la tradicion supone haber existido cerca de Toledo, en el cual se verán confundidas todas las arquitecturas anteriores á la época. En las paredes estarán colgados algunos tapices y cuadros viejísimos que se menearán al embate de los vientos. Mamarrachos y pinturas ridículas en las paredes: aberturas y grietas por todas partes. Las ventanas abiertas de par en par tendrán los bordes cubiertos de musgo y de maleza. = En el foro una puerta viejísima que estará cerrada, y en uno de los ángulos de la escena un arcon con candado: á la izquierda otra puerta mayor que la del foro, por la cual se entra al salon, con solo una hoja casi desgoznada. = Es de noche. La escena se ilumina de cuando en cuando con los relámpagos. = Don Julian aparece á la izquierda apoyado en el borde de una gran ventana.

ESCENA PRIMERA.

DON JULIAN.

¡Qué noche! la oscuridad,
los relámpagos, el trueno,
el huracan de horror lleno...
¡cuadro espantoso en verdad!

Cuadro que está en armonía
con mi eterno padecer:
la noche debia ser
tan horrible como el dia.
Se adelanta hácia el proscenio.
Huyendo la tempestad
pude llegar hasta aqui:
necio y cobarde seguí
los pasos de la amistad.
No hiere el rayo: si hiriera,
como el temor ha inventado,
ni existiria el malvado,
ni el infeliz existiera.
¡Hija del alma! ¡hija mia!
No temas el rayo, no:
el cielo te condenó
á mas horrible agonía.
¿Dónde estará? ¡desdichada!
Dobbio y Osmundo en su afan
consolarla no podrán:
triste, medrosa, aterrada...
¿Tendrá como yo un abrigo
contra la tormenta impía...?
¡Hija del alma! ¡hija mia!
¿Por qué no partí contigo?
Pero volverme era ley:
¿cómo seguirla ¡ay de mí!
sin cumplir lo que ofrecí
al monstruo que llaman rey?
Siendo godo y caballero,
saldrá con quien le retó.
¡Ay de su trono, sino!
Astillas lo hará mi acero.

ESCENA II.

DON JULIAN. EL CONDE REQUILA.

Requila. (*Desde afuera.*)
¡Vive Dios que me he perdido,
y no sé por dónde voy!
Don Julian... ¿Dónde habrá ido?

(*Llamando.*) Don Julian...

D. Julian. Siento rüido.
¡Quién va allá!

Requila. (*En la escena ya.*) Conde, yo soy.
¿En dónde estais?

D. Julian. Por aqui.
Seguid la voz.

Requila. ¡Si no puedo!
Tino y paciencia perdí.
Julian, venid hácia mí,
que estoy perdido de miedo.

D. Julian. (*Encaminándose hácia él.*)
¡Cómo, Requila! ¿temor
en alma como la vuestra?

Requila. ¡Gracias á Dios! ¡qué terror!

D. Julian. Mengua es de vuestro valor.

Requila. Dadme, don Julian, la diestra,
y de mí no os separeis.

D. Julian. ¿Pero qué es esto? Veamos.

Requila. Es que vos no comprendeis,
vos, don Julian, no sabeis
la situacion en que estamos.

D. Julian. Ea, Requila, acabad,
que me enojais, vive Dios.

Requila. Oidme por caridad,
y despues considerad
si hemos de temblar los dos.
¿Sabeis en dónde nos vemos?
¿Sabeis qué mansion es esta?

D. Julian. ¿Yo? no.

Requila. Pues orar podemos,
porque de aqui no saldremos.
Esta mansion es funesta.

D. Julian. ¿Pero por qué?

Requila. Nadie entró
en esta horrible guarida;
nadie el umbral penetró,
nadie, oh Julian, tal osó
que no perdiera la vida.
¿No habeis visto con la luz
del relámpago fugaz
aquellos brazos en cruz,

aquel hombre, aquel capuz,
y aquel siniestro antifaz?

D. Julian. Apariencia ser debió:
yo nada he visto.

Requila. Yo sí.

D. Julian. El miedo que os ofuscó.

Requila. Don Julian, creedme, ó no;
¡pero acabemos! lo vi.

D. Julian. Y bien: será un desgraciado
que en la tormenta fatal
aqui se habrá refugiado.

Requila. Decid el dueño encantado
de este palacio infernal.

D. Julian. ¿Pues dónde estamos?

Requila. ¿En dónde?
En la mansion de Harpalús.

D. Julian. ¿Y bien?

Requila. ¡Pues qué! ¿se os esconde...

D. Julian. ¿El qué?

Requila. ¿Lo ignorais, oh conde?
¡Jesus mil veces!

Una voz. (*Desde arriba con tono despreciador.*)
¡Jesus!!!

Requila. ¿Oísteis? Somos perdidos.

D. Julian. (*Mirando al techo.*)
Conocer quiero esa voz.

Requila. Suenan pasos.

D. Julian. (*Escuchando con atencion.*)
Y aun gemidos,
si no mienten mis oidos.

Requila. ¡Y cada vez mas atroz
la tempestad se embravece!

D. Julian. ¡Ea! que estais importuno.

Requila. Todo el techo se estremece.

D. Julian. (*Volviendo á escuchar con atencion.*)
Hablad mas bajo.

Requila. Parece
que hácia aqui se acerca alguno.

D. Julian. ¡Silencio! y por precaucion,
sacad, Requila, la espada.

Desenvainan los dos, y se retiran á la derecha junto al proscenio, desde cuyo sitio procuran espiar con

la vista á los sugetos que entran despues por la izquierda.)

Requila. ¡Santos del cielo!
D. Julian. Dos son.
Requila. Yerto tengo el corazon.
D. Julian. Silencio.
Requila. ¡Vírgen sagrada!

ESCENA III.

DICHOS, y *dos desconocidos ó* FANTASMAS.

Ambos van vestidos de largos capuces ó ropas talares que rematan en una larga cola que arrastra por el suelo: un antifaz les cubre el rostro: en la cabeza una larga capucha. Uno de ellos lleva un chuzo enmohecido en una mano, y una linterna sorda de asta y de figura irregular en la otra: este, despues de haber descubierto á don Julian y á Requila con el auxilio de la luz, se los muestra á su compañero señalando con el chuzo, y se queda á un lado del teatro. El otro fantasma se acerca á los condes con paso lento y mesurado, y sin armas de ninguna especie. La tempestad parece haber tomado incremento con la aparicion de las dos figuras.

1.er *Fantasma.* Don Julian...
Llamándole con voz fatídica.
D. Julian. (*Impávido.*) ¿Quién va?
Requila. ¡Gran Dios!
D. Julian. ¿Quién sois?
Fantasma. Envainad el hierro,
envainadlo tambien vos,
conde Requila.
Requila. ¿Los dos?
D. Julian. El que en las manos afierro,
perdonad, es imposible.
Fantasma. En mal hora penetrásteis
en este alcázar terrible,
y por lid que no es posible
de Florinda os separásteis.
El rey sus pasos aguija,

dirigiéndose á Toledo;
que la tormenta prolija
le arrebató vuestra hija...
pero la sigue Acaredo.
No alcanzareis la venganza
de que tanto haceis alarde:
renunciad toda esperanza,
que aunque teneis una lanza,
para clavarla es ya tarde.

Dicho esto, se dirige con la misma lentitud á la puerta del foro, siguiéndole su compañero á corta distancia cabizbajo y silencioso. Don Julian intenta detenerlos, pero en vano. Los relámpagos iluminan la escena.

D. Julian. Hombre terrible y funesto
que esas nuevas me traeis...
¿Quién sois?

Fantasma. (*Siguiendo siempre su marcha.*)
A nada contesto.

Requila. ¿Saldremos de aqui?

Fantasma. Ni á esto.

D. Julian. (*Adelantándose con resolucion para alzarle el antifaz.*)
¡Vive Dios!

Fantasma. ¡Julian!!! ¿Qué haceis?

Volviendo el rostro con desprecio é introduciéndose por la puerta del foro, que cierra por dentro. Su compañero el del chuzo que le ha acompañado hasta la puerta, vuelve atrás pasando por delante de los condes sin hablar una sola palabra: al llegar á la puerta por donde entró, dirige la luz hácia don Julian, le mira con atencion un momento, y se va.

ESCENA IV.

DON JULIAN. REQUILA.

D. Julian. ¿Pero qué misterio es este?

Requila. Decid ora si soñaba
el que temblando venia,
y llena de susto el alma.
¡Oh si viniera la aurora!

pero la noche es muy larga;
la noche, conde Julian,
nunca abandona esta casa.

D. Julian. Dos cosas deduzco yo
de aventura tan estraña.

Requila. ¿Dos cosas?

D. Julian. Sí: la primera
que aqui se sabe la causa
de mi dolor; el suplicio
que el corazon me desgarra.

Requila. ¿Y eso es poco?

D. Julian. La segunda,
que no hay sospecha fundada
para temer.

Requila. ¿Con que no?

D. Julian. No; que si alguna desgracia
nos pudiera amenazar,
ya estaria consumada.

Requila. Sois disculpable, Julian:
nacido en otra comarca
ignorais los infortunios
que este palacio prepara.
En él se juntan vestiglos
todos los sábados, almas
que estan en condenacion,
y agoreros y fantasmas
que solo de sangre viven,
y solo en sangre se sacian.
El infeliz que penetra
en esta lóbrega estancia,
pasto les da á los espíritus
con su sangre desdichada,
con su cabello á las aves,
y con su cuerpo á las aguas.
Los cadáveres que el Tajo
algunas veces arrastra
todos estan sin cabello,
y con la sangre chupada,
y el Tajo corre, oh Julian,
por bajo de esa ventana.
De aqui salen las tormentas
que los sembrados devastan,

de aqui la peste, de aqui
las muertes de las preñadas.
Vanamente el Fuero Juzgo
penas impone al que tala
las viñas y los sembrados,
llamando la piedra infausta:
mientras permanezca en pie
aqueste maldito alcázar,
no hay que esperar el remedio
de pestes y de tronadas.
Pero ninguno se atreve,
inclusos nuestros monarcas,
á allanar este recinto.
¡Ay de aquel que tal osára!
Si ahora el rey se atreviera
á sentar en él la planta...
¡no lo permita el Señor!
pudiera perderse España.

D. Julian. Eso, conde, no es del caso.

Requila. Eso nuestros bardos cantan.

D. Julian. ¿Sabeis lo que estoy pensando?
Rato ha que lo meditaba.
Es necesario indagar
de estos misterios la causa.

Requila. ¿Y cómo saber...

D. Julian. Seguidme.
Vamos tras ese fantasma,
ó demonio, ó lo que sea,
que es cobardía estremada
estar aqui.

Requila. ¡Don Julian!

D. Julian. ¡Apocado!

Requila. Conde... basta;
que no me muevo. Ponedme
delante de cien escuadras,
y me vereis arrojarme
en sus puntas aceradas,
sin retrogadar un paso;
pero entrar en esa estancia...
no lo penseis.

D. Julian. Esperad.
Oigo un rumor que me estraña,

y otra vez escucho pasos.

Requila. ¿No lo veis? vos le buscábais,
y él mismo viene á encontrarnos
á este sitio.

D. Julian. No temblára
mi pecho si fuera él:
si el oido no me engaña,
son caballos.

Requila. ¿Qué decís?

D. Julian. (*Asomándose á la ventana.*)
Que esta torre está cercada
por todas partes.

Requila. ¡Julian!

D. Julian. Y esta ventana es muy alta.

Requila. Del relámpago á la luz
he visto brillar las armas.

D. Julian. Yo he visto al rey.

Requila. ¿Es posible?

D. Julian. No en vano, aleve monarca,
desconfiaba de tí.

El Rey. (*Desde abajo.*)
¿A qué esperais? derribadla;
abajo con ella.

Suenan golpes de acha á la puerta del palacio.

D. Julian. Amigo,
con la punta de la espada
será preciso abrir paso.

Requila. Mejor me parece...

Varias voces. (*Desde abajo.*) Aparta.

Se oye el ruido de la puerta, que cae.

D. Julian. Cayó la puerta.

Requila. Tal vez
podamos hallar la entrada
que nos condujo hasta aqui.

D. Julian. Suben con luz.

Requila. ¡Vírgen santa!

D. Julian. (*Señalando al foro, cuya puerta se abre con mucho tiento.*)
Entremos por esa puerta.
¿Qué nos importa el fantasma?

Requila. Don Julian... ¿os olvidais
que esa puerta está cerrada?

D. Julian. La han abierto.
Requila. Pues entremos.
La necesidad lo manda.
Se introducen por el foro.

ESCENA V.

FANTASMAS.

Entran precedidos del que habló á don Julian, armados todos de chuzos enmohecidos, y ataviados con los capuces y antifaces correspondientes: el último que entra es el del chuzo y la linterna, el cual se manifiesta en actitud de meditar, mientras sus compañeros, de los cuales está separado á un lado del teatro, hablan con el primer fantasma.

Fantasma 1.° ¡Dios de bondad! ¿Cuál motivo
puede traer al monarca?
¡Habrá sabido tal vez...
¡Ah...! ¡no es posible!
Uno. Tomada
está la escalera ya.
Otro. Tal vez la tormenta insana
le traiga acá como al conde.
Otro. Pues bien; ¡que paguen su audacia!
Mueran el conde y el rey.
Fantasma 1.° El sacerdote nos manda
respetar á don Julian.
Uno. Sienta pues nuestra venganza
el vil tirano á lo menos.
Fantasma 1.° Si con su muerte lograran
nuestros míseros hermanos
la libertad suspirada,
dices bien... ¿pero qué fruto
de asesinarle se saca?
Quien feroz nos esclaviza
no es el tirano, es la España.
Uno. ¿Y si llega á entrar aqui?
entonces descubre el arca,
y somos perdidos.
Fantasma 1.° No;

que aun podemos retirarla.
Venid.

Se dirigen al arca algunos de ellos.

Uno. Imposible: el rey
acá dirige la planta.

Fantasma 1.º (Señalando al fantasma que está separado de los demas.)
Hasta que lo mande aquel,
no hagais uso de las armas.

Escóndense todos por ambos lados del teatro.

ESCENA VI.

EL REY. DON SANCHO. ELIPANDO.

Uno de ellos lleva en la mano otra linterna diferente en su forma de la del fantasma, y la deja en un rincon.

Elipando. Don Rodrigo, perdonad;
pero fue temeridad
introducirnos aqui.

El Rey. ¿Temeridad? ¡bueno es eso!
lloviendo con tal esceso
que hasta perecer creí.
¡Qué noche! el demonio mismo
la ha evocado del abismo
para tormento del rey.
¡Señor! ¡Señor! ¿qué es aquesto?
¿vuelve el diluvio funesto
contra tu mísera grey?

D. Sancho. Aterrado estoy de espanto
al ver relámpago tanto,
y tanto rayo brillar.

El Rey. ¿Quién te ha enojado, Señor,
que en tu divino furor
quieres el mundo anegar?
Don Sancho, mañana mismo,
si lo permite el Altismo,
hemos de alzar el tributo
al infeliz labrador,
que ha derramado el sudor,

y no ha de coger el fruto.
Sus campos estan talados;
las viñas y los sembrados
presa son del huracan.
¡Nunca lo hubiera creido!
El labrador ha nacido
para el dolor y el afan.
Mas yo quisiera sentarme,

Mirando en torno suyo, por ver si halla algun poyo ó banco donde verificarlo.

que no puedo menearme
de magullado y contuso:
á entrambos debo por cierto
que Orella no me haya muerto
cuando en el suelo me puso.
¿Pero qué hace nuestra gente,

Asomándose á una de las ventanas.

en noche tan inclemente,
sufriendo la lluvia encima?
Don Sancho, hacedla subir,
porque van á conseguir
que me enoje.

D. Sancho. Les da grima
esta mansion de terror.
¡Subir arriba, señor!
morir quisieran mas bien.

El Rey. (*A don Sancho.*)
¡Tan crédulos como buenos
para su rey! pero al menos
haced que á cubierto esten.
Abajo no han de temblar.
Id pues, y hacedlos entrar
mientras se acerca la hora
de poder salir de aqui.

D. Sancho. ¿Quién? ¿yo bajar?

El Rey. ¿Cómo asi?
Cobarde sois en mal hora.
Elipando, bajad vos.

Elipando. ¡Oh, no lo permita Dios!
¿Bajar solo? no por cierto.

D. Sancho. Harto en seguiros hicimos,
señor; que no, no subimos

sin el corazon bien yerto.

El Rey. ¡Qué vergüenza! ¡hablar asi!
¡temblar delante de mí!
Traed aquella linterna,
que quiero correr despacio
todo este vasto palacio.

D. Sancho. ¡Justicia de Dios eterna!
Señor, señor... vámonos,
y no tentemos á Dios
permaneciendo aqui mas:
este alcázar se estremece...
esas paredes... parece
que las mueven por detras.

El Rey. (*Con resolucion, y encarándose á Elipando.*)
¡Ea! que en vano no hablo.
Traed la luz.

Elipando. Sombra ó diablo
que en esta mansion habitas,
tú que ocupas el recinto
de este inmenso laberinto
entre visiones malditas...
no nos hagas responsables
de los deseos culpables
que abriga el pecho del rey.
No hemos nosotros subido
sin habernos resistido;
pero obedecer fue ley.
Tomad, señor.

El Rey. (*Tomando la linterna.*)
Bien está:
y pues tanto miedo os da
permanecer aqui dentro,
marchad, mi licencia os doy:
sombra ó diablo, solo voy
hasta salirle al encuentro.

Elipando. No, monarca, no penseis
que, aunque licencia nos deis,
nos alejemos de aqui.
¿Abandonaros? ¡jamas!

El Rey. Pues ea, venid detras,
y caiga el castigo en mí
si es criminal mi deseo.

D. Sancho. ¡Dios mio!
El Rey. Esperad... que veo
un bulto en aquel rincon.
D. Sancho. (*A Elipando en voz baja y medrosa.*)
¡Un bulto! ¿oisteis? un bulto.
Cerrad los ojos.
El Rey. (*Volviendo el rostro hácia don Sancho y Elipando.*)
¡Qué insulto!
¿teneis miedo? es un arcon.
Sí... un arcon. Y está cerrado
con fortísimo candado.
Algo debe contener
de grande precio y estima,
que tiene chapas encima
de riquísimo valer.
Una inscripcion... no la entiendo:
son letras que no comprendo.
¡Misterioso es en verdad
ese arcon! apostaría
que tengo miedo, á fé mia:
mas no, que es curiosidad.
Elipando. Don Rodrigo, ya lo veis:
no quiere Dios que toqueis
ese arcon: fuera maldad
imperdonable en esceso.
El Rey. Lo que me admira es su peso.
¡Quién encontrára la llave!
D. Sancho. ¡Qué tentacion!
El Rey. Lo moví.
Venid, empujad, y asi
tal vez de volcarse acabe.
¡Ea! venid.
Viendo que titubean: don Sancho y Elipando le obedecen.
Elipando. Un sonido...
El Rey. Son monedas que han caido.
¿Lo veis? no me equivoqué.
Está por bajo horadado.
¡Gracias á Dios! se ha volcado.
Mas nada dentro se ve.
Con la punta del puñal

será posible... ¡cabal!
He separado una tabla.
Un lienzo. ¡Bella pintura!

El rey saca del arcon un lienzo, en el cual se ve pintado un figuron estravagante y de estatura colosal.

¡Estrambótica figura!
Mirad... parece que habla.

Don Sancho y Elipando miran el lienzo con muestras marcadas de terror. El rey ha dejado la linterna encima del arcon, cuyos objetos va examinando.

Una moneda. Y augusto
se mira en ella mi busto.
¡Enojo me da miralle!
Arroja la moneda.
¿Es posible que en mi imperio,
para eterno vituperio,
un grabador no se halle?
Siempre me retratan mal.
Otro lienzo. ¡Es celestial!
¡Dios mio! ¿qué es lo que veo?
¡es mi adorada Florinda!
¡miradla! inocente, linda...
¿ó me fascina el deseo?
Pasándose la mano por los ojos.

Elipando. ¡Qué horror! su mismo retrato.
El Rey. ¡Qué es esto!
Elipando. Terrible rato
el rey nos hace pasar.
D. Sancho. (*Con misterio malicioso y significativo.*)
Amigo, lo pasa él
mas terrible y mas cruel.
¿No le veis? va á delirar.
El Rey. (*Contemplando el retrato con la mas viva emocion.*
¡Florinda! ¡Florinda amada!
yo con planta acelerada
sin descansar la seguia.
¡Vano afan! perdí su huella,
y huyó mi dicha con ella,
y comenzó mi agonía.
No pude decir «deten,
deten tu fuga, mi bien;»

ni ella pudo oir mi grito:
ni imploré su compasion,
ni le demandé el perdon
de mi funesto delito.
¡Julian! ¡terrible Julian!
la noche y el huracan
han podido mas que yo.
¡El cielo lo quiso asi!
el cielo pudo ¡ay de mí!
lo que tus medidas no.
¿Pero no pudiera ser
que esta celeste muger
fuera parecida á aquella?
mas parecerle... ¡gran Dios!
¡ah, no es posible! no hay dos.
Es Florinda, ¡oh Dios! es ella.
Otro lienzo. El que he sacado

Saca otro lienzo, en el cual se ve pintada otra figura parecida á la primera. El rey va á dejarlo en el suelo y lo ve pintado tambien por el otro lado. Las figuras que estan retratadas en él son diez, con dos inscripciones en latin, segun indica el diálogo.

la vez primera. Y pintado
se ve tambien por detras.
Miradle. ¡Horribles figuras!
Talares las vestiduras,
ropages de Satanás.

Mientras el rey está embebecido contemplando el lienzo, salen los dos fantasmas por el foro, pero sin linterna, y se llevan á don Sancho y Elipando, sin que el rey lo aperciba.

Elipando. ¡Oh...! ¡qué...!
Fantasma. Silencio. (*Salen.*)
El Rey. (*Solo en la escena.*) Diez son.
Aqui arriba una inscripcion:

«TOLETO PIUS.»

¡Se me erizan los cabellos!
¿Las letras de mi dosel
en este lienzo cruel?
¿Qué tienen que ver con ellos?
¿con estos hombres? Y al fin

otra, tambien en latin.

«PER HOS HISPANIA PERITURA.»

Unos estan señalando
esta inscripcion con el dedo;
otros con fiero denuedo
la de arriba contemplando...
¡Dios mio! ¿Conspiradores
contra la España? ¡Traidores!
¡Nunca, mientras viva yo!
Se apaga la linterna.
¿Pero quién sopló la luz?
Por la santísima cruz
que el viento me la apagó.
Elipando... ¿Dónde estan?
Llamando.
Don Sancho... ¡Terrible afan!
Asomándose á la ventana, y procurando descubrir su gente á la luz de los relámpagos.
¡Ah! ¿qué estrella ha conducido
mis pasos aqui? Dios quiera
que atine con la escalera
de este alcázar maldecido.
Se dirige á tientas hácia la puerta de la izquierda.

ESCENA VII.

EL REY. DON JULIAN, *por el foro.*

D. Julian. La bajareis, pero antes
que salir de aqui penseis,
será preciso que holleis
mis entrañas palpitantes.
Solos estamos los dos;
solos delante del cielo.
Venid, venid... En el duelo
al justo protege Dios.

El Rey. ¡Don Julian!!! ¿Vos escondido
en esta mansion sombría?
Traedme la luz del dia,
y lidiaré. ¡Me han vendido!
¡Me han entregado á la saña

de mi enemigo! ¡Julian!
¿Cómo esperar tal desman
de vos?

D. Julian. ¡Mentís, rey de España!

El Rey. ¡Habeis la luz apagado
para asesinarme vil!

D. Julian. Don Rodrigo... en lides mil
mi valor os he probado.
Hoy mismo... ¡vos lo sabeis!
pudísteis morir. ¡Traicion!
Vanos los efugios son.
Venid.

El rey se pone en guardia, pero la repentina aparicion de los fantasmas les impide realizar el duelo. El fantasma 1.° *(que es el que habló á los condes) se interpone entre los dos; el* 2.° *(que es el del chuzo y la linterna) queda separado de sus compañeros á un lado del teatro, manifestándose pensativo; los demas se dividen en dos alas cercando al rey y á don Julian, y fijando la vista en el* 2.° *fantasma como esperando una señal convenida de parte de este.*

Fantasma 1.° ¡Don Julian!!! ¿Qué haceis?
¿Hierro vuestra mano abarca
EN ESTE SITIO? ¡Oh maldad!

Estas tres palabras las pronuncia con un énfasis misterioso y terrible.

Envainad, ciego, envainad;
que yo protejo al monarca.

El Rey. *(Mirándole con asombro de arriba abajo.)*
¿Quién sois vos?

Fantasma 1.° Fatal estrella
ha presidido á los dos.
Idos, oh rey, id con Dios,
y montad en vuestro Orella.
Acompañadle.

Al 2.° *fantasma, que al oir esta espresion parece volver en sí.*

El Rey. ¡Dios mio!
¿Qué es de mi guardia?

Fantasma 1.° Elipando
con don Sancho está aguardando

al otro lado del rio.

El Rey. ¿Y los demas?

Fantasma 1.° En el puente.
No los hagais esperar,
porque se pueden marchar,

El fantasma 2.° *entrega al rey la linterna que acaba de encender en la suya, dejando esta en el suelo á un lado del teatro.*

y lejos de vuestra gente
correis peligro.

D. Julian. (*Colocándose junto al rey.*)
Mi acero
defenderá á don Rodrigo,
que su mayor enemigo
es el mejor caballero.
Seguidme. (*Al rey.*)

Fantasma 1.° ¿Que estais hablando?
Tened al conde.

Todos los fantasmas rodean á don Julian, que se esfuerza en vano por unirse al rey.

D. Julian. ¡Jamas!

El 2.° *fantasma, cansado de tanta dilacion, da con el chuzo un fuerte golpe en el suelo. Su compañero entonces dice al rey con voz resuelta y terrible:*

¡Monarca! ¿cuándo te vas?

El Rey. ¿Estoy despierto, ó soñando?

Vase acompañado del 2.° *fantasma por la puerta de la izquierda, mientras el* 1.° *se ocupa en recoger los lienzos que el rey dejó esparcidos junto al arcon: los demas rodean á don Julian.*

D. Julian. ¡Don Rodrigo! hasta mañana.

El Rey. (*Fuera de la escena.*)
Hasta mañana.

Fantasma 1.° ¿En el duelo?
¡Ah, no lo permita el cielo!

D. Julian. ¿Qué dice tu lengua insana? (*Indignado.*)

Fantasma 1.° (*Acercándose á don Julian con los lienzos en la mano.*)
¡Conde! sin licencia mia
habeis del cuarto salido.
¡Idos tambien! sois perdido
si esperais la luz del dia.

D. Julian. ¿Pues quién me detuvo aqui?
esto es conmigo jugar.

Fantasma 1.° Ahora os podeis marchar.

Dándole la linterna que estaba en el suelo. Don Julian la recibe con indignacion y desprecio, y se dirige á la puerta de la izquierda, pero su interlocutor le manifiesta que su salida es el foro.

No, don Julian: por ahí.

D. Julian. ¿Vos mi camino torceis?
¡Vive Dios!!

Fantasma 1.° Requila espera.

D. Julian. (*Con el mas encarecido empeño.*)
¿Quién sois? ¿quién sois?

Fantasma 1.° Salid fuera.
¡Algun dia lo sabreis!!!

CUADRO TERCERO.

La Reina Egilona.

Miró sin susto el rostro del tirano
Y oyó tranquila su fatal sentencia;
Que ni puede arredrarse la inocencia,
Ni la santa virtud es nombre vano.

7 *de Agosto de* 1838.

La escena representa una prision de estado, pero bastante cómoda, en el mismo palacio de Rodrigo en Toledo. Una puerta á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA.

¡Mísera condicion! ¡deber al cielo
el nombre de muger! ¡infausto nombre!
humillacion, oprobio, servidumbre
su patrimonio son: lo quiso el hombre,
y el hombre puede lo que quiere. Sierva,
ó muger sin pudor: tal es su suerte;
tal su destino y condicion acerba.
¡Ingrato! dije mal: ¡hombre perverso!
¿qué viste en mí para tratarme injusto
con tanta crueldad? En darte gusto
se cifraba mi dicha y mi universo,
y mi gloria era amarte, y mi delicia
alimentarme de la llama inmensa
que devora mi ser. ¡Y en recompensa
ni te debo un amor, ni una caricia!
¿Qué se han hecho, Rodrigo, las virtudes

que un tiempo te cercaron? ¿quién ha sido
de tu cambio el autor? ¡Diadema infausta!
¡trono deslumbrador! tú le has perdido.
Pues bien, monarca, bien: no he de abatirme
hasta el estremo de mostrarte el llanto
que me haces derramar: harto reiste
de mi insana agonía y mi quebranto.
Fuera yo desdeñosa; fuera al menos
diestra en velarte mi dolor sañudo,
y la triste pasion que es mi existencia;
y lo que tanto amor lograr no pudo
consiguiera tal vez la indiferencia.
¡Qué débil soy! nacida en la opulencia,
hija de un duque, y de esplendor cercada,
¿ser sensible al amor? y sobre todo,
¿ser sensible al amor sin ser amada?
¿sensible sin haber correspondencia?
¿sensible con la frente coronada?
porque yo soy la reina: á mí se debe
mi propia elevacion. ¿Fuera Rodrigo
dueño jamas del trono soberano,
sin enlazarse el pérfido conmigo?
sus partidarios se los dió mi mano:
sin ellos no venciera á su enemigo.
¿Hálo olvidado el rey? ¿será tan necio
que mi terrible indignacion no tema?
La muger que le ha dado una diadema
se la puede quitar. Con un desprecio,
con una injuria mas... ¿pero qué digo?
¿contra mi esposo yo? ¿contra Rodrigo?
¡horrible tentacion! ¡cielo piadoso!
muda su corazon. Mi triste pecho
no le puede olvidar: á mi despecho
natura y religion le hacen mi esposo.

ESCENA II.

LA REINA. TOBÍAS, *que entra por la puerta de la izquierda, la cual se supone conducir á un jardin.*

Tobias. Señora, tened paciencia,
que aunque el dolor es cruel,
el santo Dios de Israel

desplega al fin su clemencia
con el mísero afligido.

La Reina. ¡Judío infame! ¿tú aqui?
¿tú respirar junto á mí?
huye al momento, atrevido;
retira la inmunda huella.

Tobias. Perdonad... Mas yo creía
que vuestra alteza gemia;
y como mi dura estrella
me hizo tambien desgraciado,
queria daros consuelo:
no puedo escuchar un duelo,
ni ver un desventurado,
sin ir á llorar con él.

La Reina. Perdona, viejo: creí
que te acercabas á mí
para burlarte cruel.
Es tal la fiera aversion
que tengo á los de tu raza,
que al miraros no hallo traza
de hablar con moderacion.
Vete, judío: agradezco
una intencion tan leal;
pero lo entendiste mal:
yo, ni lloro ni padezco.

Tobias. Pues creyera haber oido
tristes lamentos en vos.
Quedad, señora, con Dios.

Se inclina á la reina con respeto, y se dirige á la puerta de la izquierda.

La Reina. ¡Infeliz! me ha enternecido.
Oye, judío, ¿cuál es
Vuelve Tobias.
tu ocupacion en palacio?

Tobias. Ir al sepulcro despacio.
Señora, segar la mies,
abrir la tiera, cabar...
lo que manda el rey.

La Reina. ¡Tan viejo!

Tobias. Y no por eso me quejo.
Se rien si ven llorar
un pobre judío. Ahora

hace tres dias con hoy
que en mejor oficio estoy,
y os guardo á vos, mi señora.
Vuestro duelo tendrá fin...
lo tendrá, no lo dudeis;
pero entre tanto ¿qué haceis
que no bajais al jardin?
La pasada tempestad
sus galas ha destrozado,
mas gracias á mi cuidado
conserva alguna beldad.
Si deseais solazaros,
podeis bajar sin temor:
el monarca mi señor
no me ha prohibido daros
este gusto.

La Reina. Bajaré
enhorabuena. Mas di:
¿sabes por qué estoy aqui?

Tobias. Señora, yo no lo sé;
pero el rey está irritado
con todos: no quiera Dios
que tambien lo esté con vos.

La Reina. Ni una dama me ha dejado
para asistirme.

Tobias. En verdad
que es amarga vuestra pena.
¡Tan cariñosa! ¡tan buena!
retrato sois... perdonad,
de mi adorada Raquel.

La Reina. ¿Eres casado?

Tobias. (*Suspirando.*) Lo he sido.

La Reina. ¿Con que ha muerto?

Tobias. La han vendido
á otro señor.

La Reina. Es cruel,
si la adorabas, tu suerte.

Tobias. ¡Ah... señora! (*Llorando.*)

La Reina. ¿Y era madre?
¿teníais hijos?

Tobias. (*Con el mayor desconsuelo.*)
Fuí padre,

y esto, señora, es mi muerte.
Diez años ha no le he visto,
que niño me lo quitaron,
y vuestra ley le enseñaron
los sacerdotes de Cristo.

La Reina. ¡Y bien! ¿por qué no abrazaste
nuestra santa religion?
¿y esa ley de perdicion,
judío, no abandonaste?
y conserváras tu hijo,
y no perdieras la esposa.

Tobias. Horrible estrella ominosa
nuestra existencia maldijo.
¡Pues qué, señora! ¿creeis
que por hacernos cristianos
fueran menos inhumanos
los males en que nos veis?
¿qué recompensa, qué fruto
nuestros padres consiguieron
cuando cristianos se hicieron
en tiempo de Sisebuto?
No fue la creencia, no,
la causa de nuestros males,
sino los bienes fatales
que nuestro pueblo adquirió.
¿Hubiera el rayo caido
en nuestras pobres cabezas,
si de Israel las riquezas
menores hubieran sido?
Egica las vió, señora,
y avaro las codició,
y un concilio celebró
que todo mi pueblo llora:
y un memorial leyó en él
donde entre varios errores
se suponia traidores
á los hijos de Israel.
¡Nosotros vender la España!
mas fue preciso el pretesto
para humillarnos con esto,
legitimando la saña.
El concilio decretó

confiscar nuestra riqueza,
y con estraña dureza
esclavos nos declaró.
Vendidos en almoneda
fuimos, señora, los mas,
presas las manos atrás,
y colocados en rueda.
¡Horrible dia! mi esposa
en tierra el semblante fijo
acariciaba á su hijo
desesperada y llorosa:
pero hasta el cielo su llanto
alzó al ver que me compraban
y de ella me separaban...
¡Mi Raquel me amaba tanto!!!
el pobre Isaac... con llorar
del padre se despedia,
que el infeliz... no sabia,
como nosotros, hablar.
Se enjuga los ojos y continúa.
El conde Julian, que acaso
por aquel sitio pasaba,
viendo el grupo que lloraba,
detuvo, señora, el paso;
y tanto le conmovió
aquel llanto lastimero,
que el piadoso caballero
á los tres se nos llevó.
¡El cielo le dé salud!
seis años viví con él
al lado de mi Raquel,
mas no en dura esclavitud,
sino en servidumbre amiga.
¡Dios proteja á don Julian,
y le liberte de afan,

La Reina, que ha escuchado la relacion de Tobias con el mas vivo interes, se conmueve sensiblemente al oir estos versos.

y en sus nietos le bendiga!
Pero, señora... yo abuso
de vuestra bondad...

La Reina. No... no:

sigue: fue que me agitó
cierto recuerdo confuso.

Tobias. Asi seguia con él,
cuando el rey le dió el gobierno
de una provincia... y eterno
nos dió un á Dios bien cruel.
Y á un deudo nos confió,
que al ver mi esposa tan bella,
quiso sacar lucro de ella,
y á un su amigo la vendió.
¡Hombre cruel! pocos dias
fueron pasados tras esto,
cuando un clérigo funesto
vino, y me dijo: «Tobías...
tu hijo cumplió la edad,
y es de la iglesia por ley.
Venga acá: lo manda el rey,
y Dios lo manda.» ¡Oh maldad!
¡me lo han quitado, señora!
era el último consuelo
que me quedaba en el suelo...
¡nada ya me queda ahora!!!

Se abandona al lloro: la reina le mira con la mas viva compasion.

La Reina. ¡Pobre judío! mas di:
recobrarle está en tu mano.
¿Por qué no te haces cristiano?
¿por qué tan ciego...

Tobias. ¡Ay de mí!
direis que es obstinacion,
y delirio, y ceguedad,
castigo de la maldad
que cometió mi nacion:
pero, reina, no es posible.
Mientras los pueblos y reyes,
y la opinion, y las leyes,
y el anatema terrible
añadan, cual veis, impíos
el escarnio á la opresion...
¡cómo quereis conversion
en los míseros judíos!!
Proscritos sobre la tierra,

¿cómo quereis que dejemos
la religion que tenemos,
que tanta esperanza encierra?
En nuestra fiera agonía
¡es tan hermoso esperar!!!

La Reina. ¿Y cómo pudiste entrar
á servir al rey?

Tobias. Un dia
envió su alteza un page,
y á mi señor me compró.
Supo el rey que hacia yo
un narcótico brebage
de tal virtud...

La Reina. (*Con la mayor agitacion: Tobias se sorprende.*)
¿Es posible?
¿tú? ¿tú lo hiciste?

Tobias. ¡Señora!

La Reina. ¿Tu mano impía, traidora,
hizo la bebida horrible?

Tobias. ¡No os entiendo!

La Reina. ¿Cuántos dias
hará que hiciste el beleño,
cuya virtud es el sueño?

Tobias. Hará dos meses.

La Reina. ¡Tobías!
¡has perdido á don Julian
tu bienhechor!

Tobias. ¿Pero cómo?

La Reina. ¡Esa bebida, ese pomo
hizo posible el desman!

Tobias. ¡Señora! yo no comprendo...

La Reina. ¡Judío! ¿pues no supiste
cuál era el destino triste
de ese brebage tremendo?
Marcha... apártate de aqui,
y júrame por tu vida
no hacer jamas tal bebida
para el rey.

Tobias. ¡Pobre de mí!
si su alteza me lo manda,
¿qué he de hacer?

La Reina. ¡Jamas, jamas!
Tobías... no la hagas mas.
Esa bebida es nefanda.
Baja al jardin.

ESCENA III.

TOBÍAS, *despues de un momento de reflexion.*

¡Nefanda! ¡sí! lo entiendo. He penetrado
el horrible misterio... ¡Oh Providencia!
¿por qué me hiciste el bárbaro instrumento
del delito fatal? ¡Florinda bella!
¿por qué razon el mísero Tobías
sin conocerlo conspiró á tu afrenta?
¡Maldicion sobre mí! ¿pero qué digo?
¿qué culpa tiene mi obediente diestra?
¡Julian! ¡conde Julian! aqueste nombre,
Corta pausa, despues de la cual continúa como combinando ideas.
no sé... de gozo el corazon me llena.
Juró vengarse: el pérfido tirano
hace tres dia se acobarda y tiembla;
y hace tambien tres dias que el temido
palacio profanó con su presencia.
El perverso don Sancho en pos del conde
con las huestes salió: Sancho la guerra
aconsejó al monarca, pretestando
que el duelo envilecia la diadema:
la reina está en prision: el buen Pelayo,
sin encontrar en su virtud defensa,
desterrado ha salido: el reino godo
se divide otra vez... ¡justicia eterna!
¡santo Dios de Israel! ¿será posible
que te acuerdes al fin de tu clemencia?
¿será tal vez que de Jacob las tribus
romper sus grillos para siempre puedan?
¡Alégrate, Sion! pueblo judío,
¡alza la frente de temor agena!
tus viles opresores se dividen,
¡y tú, Tobías, el momento acecha!

pero el cerrojo * se oye. Es el monarca,

* *El de la puerta de la derecha, que se abre.*

¿no lo decia yo? ¡mísera reina!

ESCENA IV.

EL REY. TOBÍAS.

El Rey. ¿Ha bajado al jardin? Perro judío,
responde.
Tobias. Sí señor. ¿Quiere su alteza
que le anuncie...
El Rey. No, no. Cuando ella guste,
entonces subirá. Cierra la puerta.
La del jardin: Tobias lo hace asi.
¿La has oido llorar?
Tobias. ¡Señor!
El Rey. Responde.
Tobias. Parecia tranquila.
El Rey. ¡Está serena!
muy bien. Vete al momento.
Vase Tobias por la puerta de la derecha, que entorna al salir.

ESCENA V.

EL REY.

¿Será cierto
lo que don Sancho me contó, ó sospecha
infundada tal vez? ¿ella la fuga
proporcionó á Florinda? ¿y de mi diestra
desafió el poder? ¿y no ha previsto
de mi ciego furor las consecuencias?
Mas no la veo en el jardin. Ya viene.
Mirando por las troneras.
Espiemos su rostro y sus respuestas.

ESCENA VI.

EL REY. LA REINA.

El Rey. Entrad, señora... acercaos,

tomad asiento...

Ofreciéndole una silla.

La Reina. (*Tranquila.*) ¿Aqui vos?

El Rey. Sí.

La Reina. (*Con dignidad y calma, y tomando asiento: el rey se sienta tambien junto á ella, despues de entornar la puerta del jardin, que su esposa ha dejado abierta.*)

Muy bien.

El Rey. Supongo, oh reina,
que os presagia el corazon
la causa de mi venida.

La Reina. Tal vez.

El Rey. Lacónica sois.

La Reina. Vos me direis...

El Rey. Es seguro:
mas antes espero yo
que me digais si temeis
esta entrevista.

La Reina. ¿Yo? no.
Tenga el éxito que quiera,
á todo dispuesta estoy.

El Rey. Yo esperaba que os quejáseis,
reina, de vuestra prision;
y os veo callar, y es prueba
que delinquisteis.

La Reina. (*Con amarga sonrisa.*)
¡Señor!
sois mi monarca y mi gefe:
¿á qué la reconvencion?
teneis la fuerza, mandais,
se os obedece cual Dios...
¿qué puedo hacer? respetar
lo que la fuerza mandó.

El Rey. (*Dejando el tono de calma aparente con que habia comenzado á interrogarla.*)
¡La fuerza! decid, señora,
y os espresareis mejor,
la justicia.

La Reina. (*Siempre con la misma espresion de calma y amargura.*)
¡La justicia!

El Rey. Decidme: ¿quién protegió
la fuga de don Julian
y de su hija?
La Reina. (*Con valentia y firmeza.*)
¿Quién? yo.
El Rey. Miradlo bien.
La Reina. Está dicho.
El Rey. ¿Con que eso es decir que vos
os declarais protectora
de un aleve, de un traidor?
La Reina. Yo me declaro sensible
á la ignominia, al baldon.
¡Pues qué! ¿esperábais de mí
que al ver vuestro impuro amor,
lo llevaria en paciencia
muger que reina nació?
¿creíais que una muger
de otra muger la opresion
indiferente mirára?
os engañabais, señor.
El Rey. (*Disimulando el despecho que le ha causado la enérgica respuesta de la reina.*)
¡Fueron zelos! ¿no es asi?
os compadezco por Dios.
Mas antes saber debíais
si eran fundados ó no.
¿Y quién es el confidente
que esa impostura os contó?
La Reina. Florinda misma.
El Rey. ¡Florinda!
La Reina. Su llanto diré mejor.
El Rey. Llanto mentido.
La Reina. ¡Monarca!
el llanto no es impostor.
El Rey. ¡Ea! acabemos. Decidme:
¿y qué aleve os ayudó
en vuestro plan?
La Reina. ¿Y creeis
averiguarlo? ¡qué error!
Cuantas preguntas me hagais,
tantas inútiles son.
El Rey. Poneos en mi lugar.

¿Qué haríais si fuerais yo,
con una esposa rebelde
á su monarca y señor?

La Reina. Poneos vos en el mio;
y por vuestro mismo honor,
decidme: ¿qué hubierais hecho
en la misma situacion?

El Rey. (*Entregándose á todo el peso de su furia.*)
¡Esto es por demas! Tobías,
Jacob, Efraim, Eudon...

Entran los cuatro esclavos por la derecha.

id á arreglar la litera

A Eudon y Efraim, que se van por donde vinieron.

de la reina. Tú, Jacob,
al arzobispo don Oppas,
que se halle en disposicion
de emprender la marcha. * Tú **

* *Vase tambien Jacob.*

** *A Tobias, que se dispone á marchar por el mismo lado que los otros, y despues retrocede y se va por la puerta de la izquierda.*

disponte tambien... mas no:
espérame en el jardin. (*Vase Tobías.*)

La Reina. (*Con serenidad.*)
Esto es decir que me voy.

El Rey. Eso es decir que os repudio,
como Egica repudió
á la reina Cixilona,
menos culpable que vos.
¿No era el divorcio la causa
de todo vuestro temor?
pues ya lo veis: el empeño
de contrariar mi pasion
de nada ha servido al fin,
porque el divorcio llegó.

La Reina. ¿Y el punto de mi destino?

El Rey. Vuestra misma poblacion.

La reina siente humedecerse sus ojos, y se los enjuga con el pañuelo. Corto momento de silencio, despues del cual hace Egilona un esfuerzo por recobrar su espíritu.

La Reina. Oí mi sentencia. Ahora...

oid la vuestra.

El Rey. ¿Quién? ¿yo?

La Reina. Es preciso confesar
que el hombre puede, señor,
cuanto le dicta el capricho,
y mas si es rey como vos:
pero humillar la muger
y alarde hacer de valor
en el ser mas impotente
de toda la creacion...
perdonad, es la bajeza,
la cobardía mayor. —
De dos mugeres, la una
su preciado honor perdió
porque érais fuerte: la otra
pierde por igual razon
el nombre de esposa vuestra,
nombre que le ha dado Dios.
Y vos en tanto sereno,
y sin susto el corazon,
porque débiles nos veis,
os alzais contra las dos.
¡Qué iniquidad! mas decidme:
¿habeis pensado cual yo
por qué razon la muger,
siendo respecto al varon
lo que el siervo encadenado
delante de su señor,
ha bastado muchas veces
á poner en convulsion
pueblos y reinos enteros
obedientes á su voz?
¿habeis pensado que nunca
se puede hollar el pudor,
sin que al funesto atentado
se siga la espiacion?
¿habeis pensado por fin
con la debida atencion
en la influencia terrible
que eternamente ejerció
este sexo en los estados,
no obstante su humillacion?

El Rey. ¿Y me direis á qué viene
tanta pregunta...

La Reina. Es que yo
lo he pensado seriamente,
y creo hallar la razon.
Cuando el poder se insolenta
hasta el estremo feroz
de atentar á la muger
valido de su vigor,
los débiles del estado
alarmados con razon
ven en el sexo oprimido
el retrato aterrador
de su futura desgracia
y de su actual situacion.
Temen entonces por sí,
porque tambien flacos son,
y lo que ayer la muger
ellos sufrir pueden hoy.
Por eso se adunan todos;
por eso en Roma cayó
el poder decemviral;
por eso la plebe atroz
de Teudiselo y de Agila
los tronos pulverizó.

El Rey. Sois ingeniosa y leida,
y hablais como un orador.
¿Es esta de mi sentencia
la gran notificacion?

La Reina. ¿Os burlais? sea en buen hora;
pero el consejo que os doy
no por eso es menos digno
de llamar vuestra atencion.
Haced el uso que os plazca;
pero es prudente, señor,
escarmentar en los otros,
y aprovechar la leccion.
Oprimid enhorabuena,
si es que tanto se arraigó
en vuestro pecho, oh monarca,
el placer de la opresion...
¡pero al grande, al poderoso,

á los desvalidos, no!
De la que fue vuestra esposa
tales los consejos son.

El Rey. Procuraré aprovecharlos,
basta que vienen de vos.
Mas la litera está pronta,
y las órdenes que doy
no son en vano jamas.
Por tanto...

La Reina. (*Con voz tristísima y ahogada en llanto: el rey se conmueve sensiblemente al verla partir.*)
Quedad con Dios.
Vase por la derecha.

El Rey. Soy un cruel. ¡Pero ella!!
¡ni aun demandarme perdon!
es preciso acompañarla
por mi decoro y honor.
Vase por el mismo lado que su esposa.

ESCENA VII.

TOBÍAS. JEHÚ, *que entra precipitadamente por la derecha, cuando acaba de salir el rey, al mismo tiempo que Tobias se presenta en la escena subiendo del jardin.*

Jehú. (1) A Dios, Tobías, resignarse es fuerza;
pero lo manda el rey, y á acompañarla
con Jacob y Efraim soy destinado.

Tobias. ¡Gracias á Dios! perdia la esperanza
de podernos hablar.

Jehú. Esta es la llave
del palacio encantado: (*Se la da.*)
la del arca esta otra; * mas te advierto

* *Le da otra llave mas pequeña, de la cual pende una cinta encarnada.*

que á su antiguo lugar se ha trasladado.
He cumplido tus órdenes. La entrada
que conduce á la cueva

---

(1) Este Jehú es el mismo fantasma que habló á don Julian y al rey.

con malezas y tierra está cegada.
Alli las armas, las riquezas, todo
dopositado está. Si el rey osára
el palacio allanar, nada veria.
Pero llegó la hora...
y es forzoso partir.

Tobias. La mano mia
bendecirte no puede.
¡El sacerdote es siervo todavía!
Con amarga sonrisa.
Parte... obedece... ¡á Dios!

Le tiende la mano: Jehú la aprieta, se la besa con el mayor respeto, derrama algunas lágrimas y se marcha sin hablar una sola palabra.

Tobias. ¡Esclavizado!!
pero el Eterno se apiadó: mis preces
á su trono han llegado.
¡Déspota imbécil! el Señor te ciega:
aunque venzas al conde en la refriega,
¿qué importa? de Israel te has olvidado.

CUADRO CUARTO.

La Proclamacion.

¿Cómo olvidaste, oh tirano,
En tu delito brutal,
Que, aunque el reto fuese en vano,
Hay un puñal y una mano
Para hundir ese puñal?

25 *de Agosto de* 1838.

La escena es en Jerez de la Frontera, y representa un salon del palacio de sus duques, adornado con toda la magnificencia de la época. Encima de una mesa se verá un pergamino rollado. Asientos dispuestos y prevenidos en semicírculo, entre los cuales se distinguirán por su forma análoga á las costumbres moriscas los destinados á los sarracenos, que deberán ocupar los dos estremos del semicírculo. En el foro la puerta de entrada. A la izquierda otra puerta que conduce á un gabinete. Don Julian aparece sentado, y reclinado el codo sobre la mesa: á los pocos momentos sale Florinda del gabinete.

ESCENA PRIMERA.

DON JULIAN. FLORINDA.

Florinda. ¿Me habeis llamado, señor?
D. Julian. Sí, hija mia, te he llamado,
aunque temo demasiado
acrecentar tu dolor.
Nos vamos á separar.
Florinda. ¡Padre!
D. Julian. Es forzoso partir.

Florinda. ¿Y yo no os puedo seguir?
¡sola aqui me he de quedar!
D. Julian. No llores, hija... ¡mi bien...!
mira, es preciso...
Florinda. ¡Dios mio!
despues de tanto desvío
¡abandonarme tambien!
Ved, señor, que soy perdida
si aqui me dejais... ¡por Dios!
Llorando.— Su padre se levanta.
No me separeis de vos
si en algo estimais mi vida.
Desde que estais en Jerez
solo probé vuestro ceño:
¿por qué, señor, tal empeño
en afligirme otra vez?
D. Julian. ¡Tú lo preguntas! ¿acaso
puedes á mi lado estar,
cuando la lid va á empezar?
¿puedes dar un solo paso
sin esponerte á la risa,
y al escarnio, y al baldon
de esa inmensa confusion
que hace la guerra precisa?
no, Florinda; quédate:
líbrame de tu presencia.
Es vana la resistencia,
y ruegos no escucharé.
Florinda. Si yo tuviera una madre
á quien contar mi dolor,
tan importuna, señor,
no fuera yo con mi padre:
pero vos me aborreceis,
confesándome inocente:
un abrazo solamente
dado, oh padre, no me habeis.
¡Y ora rechazais mi llanto!
¿qué delito he cometido
para haberos merecido
tanto despego, odio tanto?
¡Padre! quitadme la vida,
si me habeis de aborrecer.

D. Julian. ¡Yo aborrecerte! ¿yo ser
tan cruel, hija querida?
no me atormentes asi.
Florinda. Padre mio... perdonad.
D. Julian. ¡Oh, Florinda! ten piedad...
¡hija! ten piedad de mí:
no puedes venir conmigo:
tú no sabes el tormento
que dentro del pecho siento
cuando me veo contigo.
Separémonos .. sí, sí,
porque mi saña es inmensa,
y cuando pienso en mi ofensa
me devora el frenesí.
No me demandes los brazos
cuando parta de Jerez:
es peligroso tal vez
solicitar mis abrazos.
Conten esos brazos bellos,
conténlos, que son impíos,
y puedo estender los mios...
y puedo ahogarte con ellos.
Mas adelante... otro dia
tu padre te abrazará.
Florinda. ¡Otro dia! ¿y cuál será?
D. Julian. ¿Puedo saberlo, alma mia?
no llores. Escúchame,
y ten de mí compasion:
es tan cruel tu baldon,
que tiemblo, y no sé por qué.
Si te depara * el destino

* *Dice estos versos con una espresion marcada de furor y desconsuelo, cubriéndose los ojos cuando pronuncia el último.*

otra afliccion mas impía...
¡ocúltamela, hija mia!
evítame un desatino.
Florinda. (*Como penetrando el sentido de los últimos cuatro versos, y volviendo el rostro á un lado.*)
¡Qué horror!
D. Julian. ¿Cómprendes ahora
la causa de mi desvío?

Florinda. (*Con el mayor abatimiento.*)
Quedad con Dios, padre mio.
D. Julian. (*Lo mismo.*)
Él su mano protectora
estienda sobre tu frente.
A Dios.
Florinda (*Dirigiéndose á su gabinete á paso lento.*)
¡Infeliz de mí!
¿por qué, Dios mio, nací
con hado tan inclemente?
D. Julian. Oye... mi deudo Ramiro
mis veces contigo hará.
Florinda escucha estas espresiones desde la puerta del gabinete.
Aún nos veremos quizá.
No salgas de tu retiro.
¡Sé mas feliz que tu padre!
Vete... mi mente delira.
Si Dios lo quiere en su ira,
Florinda... * sé buena madre.

* *Mirándola con ojos tristísimos: ella sale de la escena oido el último verso; mientras su padre, oprimido del dolor, se deja caer sobre la mesa, cubriéndose el rostro con las manos.*

ESCENA II.

DON JULIAN.

Despues de una pausa, durante la cual se ha manifestado sumido en el mayor desconsuelo, se alza con violencia, y continúa despechado.

Mas no pensemos en ella;
pensemos en el malvado
que del castigo olvidado
devoró su lumbre bella.
¡Venganza, Julian! tu estrella
inclina al fin la balanza:
¡venganza, Julian, venganza!
y caiga sobre el infame
la sangre que se derrame,

y la guerra, y la matanza.
¡Hombre vil! ¿no ha despreciado
con bajeza y cobardía
el duelo que le ofrecia
mi corazon indignado?
¡Pues bien! conozca el menguado
al hombre que despreció.
Yerto don Sancho cayó;
yertos los demas caerán:
¡imbécil rey! no es Julian,
es Satanás quien se alzó.
Ven con tu ejército, ven,
y con tu corte servil,
y con carro de marfil,
y con diadema en la sien:
ese orgullo, ese desden,
ese inmenso poderío
con que pretendes, impío,
burlar mi cruda venganza,
trizas los hará mi lanza,
y trizas el brazo mio.

ESCENA III.

DON JULIAN. OSMUNDO.

Osmundo. Conde, los nobles esperan
vuestras órdenes.
D. Julian. Muy bien.
¿Tarif y Muza?
Osmundo. Tambien.
D. Julian. Pueden entrar cuando quieran.

ESCENA IV.

DICHOS, *y* REQUILA *con varios* NOBLES *y* CONDES, *detras de los cuales vienen* TARIF *y* MUZA *con otros* MOROS *de distincion y el correspondiente séquito de* ESCLAVOS NEGROS, *que permanecerán en pie durante toda la escena, á la parte del foro.*

D. Jul. Tomad asiento, generosos godos:

bravos Muza y Tarif, tomad asiento.

Requil. Viva el conde Julian.

Todos. Viva.

Se sientan: don Julian permanece en pie.

D. Jul. El momento
llegó por fin que deseábais todos.
Permitidme espresaros el contento
que, al ver llegado tan sublime dia,
dentro del pecho destrozado siento.
¡Cayó, cayó la infame tiranía!
no lo dudeis: el déspota insolente
agotó demasiado el sufrimiento
para temer su cólera impotente.
Vosotros lo sabeis: harto la mente
grabada tiene la terrible historia
y la serie infeliz de nuestros males,
para creer que os falte la memoria,
y los recuerde yo. ¡Qué necios fuimos,
oh godos, en verdad! fieles, leales,
al trono de Ataulfo le ascendimos,
y por él denodados combatimos,
y por él arrostramos los puñales
del terrible Vitiza, y rey le hicimos,
y nuestra sangre mísera vertimos
para añadir dogales á dogales.
¡Qué necios otra vez, qué necios fuimos!
Cayó Vitiza, sí; pero la patria
no por eso fue libre: otro tirano
le sucedió peor; tirano impío,
alzado al trono por mi propia mano,
para eterno baldon y oprobio mio;
alzado, oh godos, por la mano vuestra,
para eterno baldon y eterna muestra
de un inútil afan. Vitiza al menos
sus deudos y parciales protegia,
y el valor y heroismo respetaba,
y al que por él la sangre derramaba
la debida justicia hacer sabia.
Pero Rodrigo no: fiero y demente
hasta nosotros estendió su encono,
y fue delito coronar su frente,
y fue delito conquistarle un trono.

¿Qué le debísteis, sino vil desprecio,
y horrible ingratitud? ¿qué le han debido
Ruremundo leal, Froya valiente,
y el hijo de Fabila esclarecido?
Contentárase empero con los bienes
que vil nos usurpó, con el destierro
del duque de Cantabria, con la triste
persecucion del noble, y finalmente
con el afan inconcebible, insano,
de placerse en la sangre y la violencia:
todo se le sufriera con paciencia;
todo se perdonára al inhumano.
¡Pero hollar el pudor! ¡víctimas suyas
nuestras hijas hacer!!! Valientes godos...
permitid por piedad que selle el labio;
permitidme callar el duro agravio
que todos saben... y horroriza á todos.

Un Noble. Caiga el tirano pues. ¿A qué esperamos?
caiga herido de muerte.

Otro. El brazo mio
el primero será contra el impío.

Requil. Todos, Julian, nuestro baldon miramos
en tu propio baldon. Una la causa,
una será la lid. Hijas tenemos
y consortes tambien. ¡Arda la tea!
y el apocado que el puñal rechace,
el que la causa del pudor no abrace,
¡hija y esposa deshonradas vea!

D. Jul. ¡Generoso ardimiento! pero en vano
el esfuerzo magnánimo sería,
si confiando en él, y en él tan solo,
pensárais contrastar la tiranía.
Vencimos, es verdad, la imbécil chusma
de don Sancho en Jerez; pero Rodrigo,
cobarde y débil en palacio, es grande
y terrible en la lid. Es mi enemigo,
pero le hago justicia. A su pujanza,
al colosal poder que le rodea,
los que á Sancho vencieron con su lanza,
humo y polvo serian. Mártir sea
el que lo quiera ser: yo por mi parte,
mas que el martirio, la venganza anhelo.

Y aunque venciérais solos, aunque el cielo
protegiera tal vez el estandarte
que levantado habeis, ¿esta victoria
cuántas lides al fin no costaria?
Mas yo que miro de la patria mia
el largo padecer, venganza quiero,
pero venganza pronta. Un solo dia
de matanza y no mas. La lid sangrienta,
cuanto remisa mas, cuanto mas lenta,
tanto mas infeliz la patria haria.

Un Noble. Sí, sí, devastacion. Es preferible
un dia de esterminio á los horrores
de una guerra cruel y perdurable.
¿Qué importa sacudir el yugo horrible,
si sordos del estado á los gemidos,
la necesaria lid durar hacemos?
¿qué importa al fin que libertad le demos
si agravamos su llanto enfurecidos?
Conde, dijísteis bien.

D. Jul. Tarif y Muza
auxiliarán la sacrosanta empresa.

Muza. El poderoso Alá nos dió las manos
para humillar soberbios y tiranos,
y arrebatarles la sangrienta presa.

Tarif. Solo Dios es potente. El gran Mahoma
es Profeta de Dios. ¡Sea bendito
el que las armas en su nombre toma!

Muza. Bendecidle y lidiad. Asi está escrito.

D. Jul. Mas antes, godos, que el convenio os lea
con Tarif y con Muza celebrado,
es necesario que elegido sea
el nuevo sucesor. ¿Lo habeis pensado?
Dios ilumine vuestra mente.

Requil. ¡Conde!
¿Y quién mejor que vos? ¡ilustres godos!
don Julian es mi rey.

D. Jul. ¡Jamas, señores!

Osmun. Viva el rey don Julian.

Todos. Viva.

D. Jul. ¡Electores!
no lo permita Dios, no lo permita
el hado injusto en su rigor siniestro.

¡El conde don Julian monarca vuestro!
antes el rayo con furor le hiera
que el cetro toque con su infausta mano.
¿Yo monarca? ¿yo rey? degenerára,
no lo dudeis, en pérfido tirano.
¡Jamas, godos, jamas!

Un Noble. El que se opone
al voto universal, es delincuente.
Viva el rey don Julian.

Todos. Viva.

D. Jul. * ¡Imposible!

* *Ratificándose en su negativa del modo mas enérgico.*

Lo juro por la afrenta aborrecible
con que manchada veis mi triste frente.
Lo repito. ¡Jamas!

Osmun. ¿Y quién podria,
si vos os resistís...

D. Jul. ¿Es tan dificil
un monarca encontrar por vida mia?
Entre tantos y tantos como anhelan
del trono el esplendor, ¿uno tan solo
no sabreis elegir, digno de serlo,
libre y esento de flaqueza y dolo?
Mas esto es cabalmente lo que exige
prudencia y reflexion. Oidme, godos,
y despues decidid. La santa patria,
por solo ansiarlo, los rechaza á todos.
Y me rechaza á mí. Si rey me viera,
ambicioso por suerte me creyera,
y ambicioso no soy. Seré el caudillo
de los valientes que á mi torno veo,
¡y aunque no lo quisiérais lo sería!
pero monarca no. Fuera partidos,
fuera los bandos ya: reluzca el dia
en que acordes esteis, no divididos.
La familia de Vamba es acatada
de españoles y godos: ella sea
la que reyes nos dé; la que de justos
y esforzados monarcas nos provea.
¿Me comprendísteis ya? si algo os merezco,
si de Julian los votos no se esquivan...

Requil. Vivan los hijos de Vitiza.

Todos. Vivan.

D. Jul. Comprendido me habeis. Os lo agradezco.
¿Qué importa la memoria aborrecible
que su padre dejó? su tumba fria
les hablará elocuente, irresistible,
y aprenderá justicia Sigiberto,
y justicia Azasuldo, en el horrible
fin desastroso de Vitiza yerto.
Sean pues nuestros reyes. ¡Cuánto, cuánto
vigor adquiere nuestra santa causa
con tal proclamacion! el vil Rodrigo
á su lado los tiene, y obsequioso
rostro les muestra engañador y amigo:
pero todo es temor; teme el castigo
de su cobarde accion, del horroroso
asesinato cometido un dia
en su padre impotente y derrotado...
porque vos lo sabeis, asesinado
fue Vitiza por él á sangre fria.
Pues bien, entrambos nuestros reyes sean.
Y de entrambos á dos desamparado
el monstruo se verá. Vivan los hijos
de Vitiza otra vez.

Todos. Vivan.

D. Jul. Ahora
el tratado escuchad. Tarif y Muza
á la nuestra unirán la espada mora.

Desarrolla el pergamino y lee. (1)

«*Las alabanzas sean dadas á solo Dios, criador y* «*sumo hacedor de todas las cosas, que reina sin prin-* «*cipio, medio ni fin.* Causa primera, subsistente ab «eterno, de donde procede el ser á todas sus criatu- «ras, que rige y gobierna todo lo criado con su in- «mensa sabiduría, moviendo las voluntades de los «hombres, y en particular la de los reyes, cuyos co- «razones estan en su mano poderosa, para que ellos, «como segunda causa suya, cumplan en la tierra su «santísima voluntad: el cual castiga á unos por su

(1) Puede omitirse en la representacion todo lo que no va escrito de letra bastardilla.

«permision y justicia, y predestina á quien es ser-
«vido por su grande misericordia.

«*A vos, el alto, acatado conde don Julian, señor*
«*de Tarteso y Algeciras*, guerrero belicoso, gober-
«nador de la Mauritania Tingitana, adelantado de
«alta progenie, de temida lanza y solar conocido:
«*envian salud, agradecimiento y cumplida voluntad*
«*los muy nobles y acatados Tarif Abenzier y Muza el*
«*Zanhaní*, sustentadores de su ley, de alto linage y
«solar conocido, alcaides y fidelísimos criados del
«prudentísimo, sabio, acatado y justiciero Mirama-
«molin Ulit, cognominado el bello, gran Califa,
«guerrero belicoso, sustentador de la morisma, rey
«de grande alteza y potestad.

«*Sabida de nos la amarga y no decible afrenta en*
«*vuestra hija cometida por el rey don Rodrigo, que*
«*tal no debiera*, y deseosos de reunir las voluntades
«de ambos pueblos beligerantes, si bien de creencia
«desigual, en lanza y brío de todo punto parecidos;
«decimos, que nos ha pesado en el alma, y con mu-
«cha razon, la susodicha afrenta, atribuyéndola, co-
«mo los dos la atribuimos, al hado y providencia del
«soberano Alá, como juicio oculto suyo y no cono-
«cido de los hombres: al cual humildemente supli-
«camos os dé salud y cumplida gracia para vengar
«la ofensa recibida, y á nosotros esfuerzo y felici-
«dad para poder auxiliaros con nuestros valientes
«guerreros, en nombre y uso de las facultades que
«por el susodicho gran Califa Miramamolin Ulit nos
«son concedidas.

«Y *decimos* los anteriormente espresados Tarif
«Abenzier y Muza el Zanhaní, *que prometemos poner*
«*á disposicion del muy noble conde don Julian el nú-*
«*mero correspondiente de guerreros que necesitare pa-*
«*ra destronar á su contrario don Rodrigo, y confe-*
«*rir el mando de los godos á sucesor ó sucesores mas*
«*justos, como mejor le plazca;* con tal que las fuer-
«zas que nos pidiere no pasen por ahora de treinta
«mil peones y novecientos ginetes, que deberán de-
«sembarcar precisamente en el puerto de Tarteso, di-
«vididos en tercios, y no de una vez: *cuyas fuerzas*
«*se retirarán de España en el momento que el muy*

«*acatado señor de Tarteso y Algeciras asi lo dispusiere.*

«*Y el conde don Julian se obliga á entregar á nos* «*en justo agradecimiento del servicio que á su pais* «*hacemos, libertándolo de las tiranías de don Rodrigo,* «*la parte del Africa que se llama Mauritania Tingi-* «*tana, cesando de este modo las diferencias y conti-* «*nuas hostilidades que sobre la posesion de esta pro-* «*vincia existen entre moros y cristianos. Cuya provin-* «*cia nos será entregada en el momento que la Espa-* «*ña quede libre de la opresion de don Rodrigo.* Y no- «sotros abasteceremos nuestro ejército de todo lo que «necesitare, y al suyo el conde don Julian. Y noso- «tros cumpliremos fidelísimamente este tratado, del «cual nuestro Señor sea testigo, en nombre del aca- «tado Califa Miramamolin Ulit. Y el conde don Ju- «lian y sus allegados lo cumplirán por su parte en «nombre del nuevo sucesor ó sucesores que procla- «maren, para que rijan la goda nacion en debida «paz y justicia, como asi lo rogamos á Dios. *Y Alá* «*castigue y confunda al que faltare á las condiciones* «*del presente tratado. Amen.*

«*Dado en la ciudad de Jerez á trece dias de la* «*luna de Muharrán* (1) *del año de la Egira noventa* «*y tres.*

«*Por sí, y por el muy noble y acatado alcaide Mu-* «*za el Zanhaní, que no sabe escribir:*

«*Tarif Abenzier.*»

Leido el tratado vuelve á rollarlo, lo deja encima de la mesa y se sienta. Los nobles dan muestras de aprobacion.

Muza. Godos, asi es verdad: la mano mia
ignora el arte de regir la pluma;
mas tengo cimitarra y osadía,
y estas las dotes son del hombre en suma.
El sublime Profeta no sabia
ni leer ni escribir: yo que me precio
de reverente y fiel, las letras miro
como debo mirarlas, con desprecio.

---

(1) Abril de 714.

Tarif. El valeroso Muza, ilustres godos,
la escritura proscribe, á fuer de Humeya;
yo empero que he nacido Alavecino,
tan rígido no soy, y escribo y leo,
porque tambien soy fiel, y mi deseo
es entender el Alcoran divino.

D. Jul. Poco me importa á mí vuestra creencia,
y esa diversidad de pareceres,
y esa diversidad en la conciencia:
lo que importa es cumplir las leyes santas
de la fé y el honor.

Pueblo. (*Desde la calle.*) Viva Egilona.
Viva la reina de los godos. Viva
nuestra duquesa.

D. Jul. ¿Oís? * La muchedumbre
* *Levantándose: todos hacen lo mismo.*
victorea á la reina. ¿Qué es aquesto?

Requil. (*Asomándose á una ventana.*)
Corre la multitud... una litera...
es la litera de la reina...

D. Jul. (*Despues de asomarse.*) ¡Cielos!
¿Desterrada tal vez? salgamos fuera.
Vamos á recibirla, ilustres godos.

ESCENA V.

TARIF. MUZA. JEHÚ. *Al fin de la escena* DON JULIAN *con sus parciales, y* LA REINA *con* DON OPPAS *y servidumbre.*

Muza. ¡Qué necios son, Tarif! ¡qué necios todos!
¿mas qué hacemos aqui? vamos.

Tarif. Espera,
que se acerca Jehú.

Jehú. Tengo que hablaros,
pero nos miran muchos. Musulmanes,
bien venidos seais. ¡Oh, cuánto ha sido
vuestra llegada á tiempo!

Tarif. ¿No ha venido
el sumo sacerdote?

Jehú. ¿Quién? ¿Tobías?
quedó en Toledo á celebrar la Pascua,

y tardará en salir muy pocos dias.

Tarif. Es preciso que venga.

Jehú. ¿Pero cómo
tan súbita llegada al fin ha sido?
Faltaba un mes aun.

Tarif. El atentado
cometido en Julian...

Jehú. Me ha sorprendido
veros aqui con él.

Muza. * Silencio.

* *Viendo á la reina y á don Julian, que llegan.*

Reina. ¡Conde!
¿qué es esto? ¿vos aqui? ¿qué significa
tanta gente aqui dentro? ¿ese aparato
de guerra en la ciudad? ¿esos infieles
en mi propio palacio?

D. Jul. Musulmanes,
os lo pido por gracia, retiraos.

Vanse los moros y los Julianistas, acatando á la reina.

Reina. (*A don Oppas y servidumbre, que tambien se van.*)
Y vosotros tambien... ¡hola! marchaos.

ESCENA VI.

LA REINA. DON JULIAN.

D. Julian. ¡Señora! ¿vos en Jerez?
¿vos por mi causa ultrajada?
¡Hombre vil! pero mi espada
es fuerte, y llegó su vez.
Esos valientes, señora,
del impío os vengarán.

La Reina. ¿Qué es lo que decís, Julian?

D. Julian. Llegada es al fin la hora
de mostraros cuánto soy
á mi reina agradecido:
perdonad si no he podido
manifestarlo hasta hoy.
Vos protegísteis la hija
de mis entrañas, vos fuísteis
la que consuelo le dísteis

en su amargura prolija.
¡Ah... señora! disponed
de mi cólera impaciente:
tengo fuerza suficiente
para abatir...

La Reina. ¡Conde! ved
que hablais á la reina.

D. Julian. Sí;
reina del godo adorada,
reina infeliz que mi espada
vengará bien pronto.

La Reina. ¿A mí?
¡No, don Julian! si alevoso
el rey ha sido conmigo,
no por eso en don Rodrigo
dejo de ver un esposo.
¿Qué derecho tengo yo
á la venganza fatal?
¿he de ser tan criminal
como él lo ha sido? ¡no, no!
Llorar sin fin me vereis,
pero jamas rencorosa:
he sido, oh conde, la esposa
del hombre que aborreceis.
Yo os lo prohibo, Julian,
ó temed mi indignacion:
Dios vengará mi baldon,
y vuestro fiero desman.

D. Julian. (*Sonriéndose con amargura.*)
Es verdad. Del vil tirano
Dios nos vengará á los dos.
Sí, sí... castíguele Dios...
¡pero por mi propia mano!

La Reina. (*Irritada.*)
¿Qué decís? de mi presencia
idos al punto.

D. Julian. Me iré;
que lo que digo no sé
en mi furiosa demencia.
Quedad, señora, con Dios,
y perdonad mi osadía...

Dirígese á la puerta del foro, despues de saludar á

la reina con respeto; pero luego vuelve, y dice con la mas encarecida espresion de sentimiento:

Mas antes os pediria
una gracia.

La Reina. ¿A quién?

D. Julian. A vos.
¡Señora! tened piedad,
no de mí, de una muger
harto infeliz para ser
indigna de la bondad
de una Egilona. Mi lengua
mucho os pide... sed su madre...
¡Ah...! * Disculpadme... soy padre...

* *Prorumpiendo en llanto involuntaria y repentinamente. La reina vuelve el rostro conmovida.*

y puedo llorar sin mengua.
Si es que la amais, si es que un dia
solicitud os debió...
haced que la deje yo,
reina, en vuestra compañía.
Su madre murió de pena...
yo de rubor moriré...
y ni llevármela sé,
ni dejarla en tierra agena.
Con vos al menos un hora
pudiera tener feliz.

La Reina. ¿Y dónde está esa infeliz? (*Enternecida.*)

Florinda. (*Saliendo precipitada y llorosa de su gabinete, y echándose á los pies de la reina.*)
A vuestras plantas, señora.

La Reina. (*Abrazándola con la mayor ternura hasta el fin de la escena.*)
¡Florinda! ¿cuál de las dos
nació mas desventurada?

Florinda. ¡Vos por mí sois desgraciada!

D. Julian. (*Disponiéndose á partir, pero sin abrazarla.*)
¡Hija mia!

Florinda. ¡Padre!

D. Julian. (*Con acento desconsolado.*)
¡A Dios!!!

Se va por el foro.

CUADRO QUINTO.

La Penitencia.

A la orilla se vió del precipicio,
Y retiró la planta horrorizado;
Que es preciso tal vez ser desgraciado
Para dejar el vicio.

5 *de Setiembre de* 1838.

Campamento de los godos en las cercanías de Jerez. La escena representa los reales de don Rodrigo con varias tiendas, en medio de las cuales descuella la del monarca con una bandera azul encima, y en ella un leon rojo rapante en campo plateado. Al lado de esta tienda se ve el magnífico carro de marfil de los reyes godos, adornado de sedas, oro y pedrería. Armas, escudos y banderas al otro lado. En medio, y cubriendo la entrada de la tienda, el manto real, y la corona y el cetro. Todo debe revelar la mayor magnificencia. -- En otra de las tiendas principales se ve un lecho riquísimo. A su puerta aparece Sigiberto descansando en un asiento de campaña, y vendado un brazo, que se supone tener herido: su hermano Azasuldo, sumido en el mayor abatimiento, tiene un pergamino en las manos: Tobías, observando á los dos, pero con el mayor disimulo, aparece con un azafate de la época lleno de compresas y vendas. -- Los guardias estan bastante separados de esta tienda.

ESCENA PRIMERA.

SIGIBERTO. AZASULDO. TOBÍAS.

Sigiber. ¿Es verdad? ¿es verdad? ¿ambos la sangre
vertimos por él, ambos el hierro
por defender su trono amenazado

vibrábamos con ira... ¿y el perverso
era de nuestro padre el asesino?
¿y él le arrancó la vida? ¡oh qué secreto!
¡oh qué nueva tan dura, hermano mio!
¿por qué no lo supimos cuando el cetro
nos brindaba Julian? ¿por qué siquiera
dos meses antes el fatal misterio
revelado no fue? Dime, judío...
¿quién te ha dado esa carta?

Arrancándola con furia de las manos de Azasuldo.

Tobias. A lo que veo,
mis palabras no oísteis. Cuando vine
á curaros, señor, la hallé en el suelo;
y como vi que os iba dirigida,
creí de mi deber...

Sigiber. ¡Dios justiciero!

Azasul. Tranquilízate, hermano: tus heridas
pudieran agravarse.

Tobias. El alto cielo
no lo quiera, señor. Debeis calmaros:
yo en calidad de médico os lo ruego.

Sigiber. ¡Ah, judío, judío! tú no sabes
la agonía fatal que acerba siento:
no sabes el veneno que esa carta
ha derramado aqui.

Señalando el corazon.

Tobias. Yo no comprendo
de tan estraño frenesí la causa:
mas cualquiera que sea, mis consejos
debeis aprovechar. Calmad la furia,
calmad la indignacion. Estais enfermo,
y á mi cuidado os confió el monarca,
y responsable soy, y si funesto
ese ciego furor os empeora,
podeis comprometerme.

Azasul. ¡Pobre viejo!
ya lo ves... tu peligro es inminente:
cálmate, hermano, hasta salir del riesgo.

Tobias. Si os parece, señor, veré la herida,
y os curaré otra vez.

Sigiber. ¡Oh qué tormento!
Huid, dejadme solo. Desgarrarla

fuera mejor mil veces.

Tobias. (*Aparte con aire de satisfaccion.*)
¡Está ciego!
Perdonadme, señor. Vos sois su hermano:
no le perdais de vista.
Vase por la izquierda.

Azasul. ¡Oh! yo te ofrezco
no abandonarle. ¡Maldecida carta!
Se la quita á su hermano.

Sigiber. ¿Y vive ese tirano? ¿y lo consiento?

ESCENA II.

SIGIBERTO. AZASULDO.

Azasul. Es un tirano, sí; mató á tu padre,
que mi padre es tambien... pero su esfuerzo,
su prevision, su nombre es el escollo
en que se estrella el bárbaro agareno.
¡Venganza, sí, venganza! pero, hermano,
esa patria infeliz es lo primero.
Venza Rodrigo á sus contrarios, venza
la hispana libertad, y helado y yerto
caerá despues el déspota insolente:
yo te lo juro por el Ser Supremo.

Sigiber. (*Arranca otra vez la carta á su hermano, y sin responderle, lee con una calma terrible:*)
. . . . . «*un monstruo, que no solo ha trafi-*
«*cado con la sangre de sus infelices pueblos, sino que*
«*se ha complacido tambien en hollar el pudor de nues-*
«*tras hijas y de nuestras esposas... ¡Defendeis á Ro-*
«*drigo! Mirad el pago que ha dado al gran Pelayo,*
«*desterrado y proscrito, sin mas crimen que haber*
«*sido el amante de la infeliz Florinda. ¡Defendeis á*
«*Rodrigo! Al matador de vuestro mismo padre... sí...*
«*que no murió de enfermedad, como se han empeña-*
«*do en probaros; murió asesinado por él en el tor-*
«*reon de Santa Leocadia. Nombradle ese torreon... y*
«*vereis como se pone pálido. ¡Defendeis á Rodrigo...!*
«*Y sin embargo, vuestros esfuerzos son inútiles, por-*
«*que ya podeis conocer que las armas sarracenas, en*
«*union con las del conde, han hecho bambalear su tro-*

«*no. En la primera batalla ha perdido los mejores de*
«*sus guerreros: en la segunda acabará todo su pode-*
«*rio, en los mismos términos que se deshizo la chusma*
«*del imbécil príncipe don Sancho.*

«*Salud á los hijos de Vitiza... salud otra vez.*

«*Un testigo de la muerte de su padre, testigo que*
«*les dará mas pormenores cuando menos lo piensen.*»

Leidas estas espresiones, entrega con despecho la carta á su hermano por toda contestacion.

Azasul. ¿Y no pudiera ser que algun aleve,
interesado en atizar el fuego
de la discordia vil, la haya fingido?
¿no pudiera tal vez el sarraceno
valerse de ese ardid abominable
para hacernos caer en el fonesto
lazo en que el conde mismo... ¡Por qué el conde
ha vendido la España al agareno!
¡Ah! no añadamos á su triste nombre
cubierto de baldon, el nombre nuestro.

Sigiber. ¡Cubierto de baldon! ¡y bien! ¿qué importa,
si el que llamas traidor liberta un pueblo
de sus tristes cadenas? No se vende
la patria que no existe. El moro fiero
viene á darnos la patria; viene en nombre
del Todo vengador; viene tremendo
á colocarnos en el regio trono
que fue de nuestro padre; á dar ejemplo
de generosa compasion, la causa
de una infeliz doncella defendiendo:
á derrocar en fin al asesino
que en Vitiza infeliz clavó el acero.
No me hables, Azasuldo: no provoques
mas y mas mi furor con tus acentos.
¡Asesinó á mi padre! ¡y le defiende
un hijo de mi padre! huye te ruego;
huye de mi presencia. Tus palabras
como agudo puñal rompen mi pecho.

Entra en su tienda y se precipita en el lecho, mostrando la mayor fatiga y abatimiento. Azasuldo corre un tapiz delante de la entrada de la tienda.

ESCENA III.

AZASULDO.

¿Y has podido creer, hermano mio,
que yo la misma indignacion no siento
que te devóra á tí? ¿que el pecho triste
de tu hermano infeliz está sereno?
pero el delirio terminar pudiera
esa vida prciosa, y contenerlo
es el deber del mísero Azasuldo.

Levanta el tapiz, contempla á su hermano un momento, y oyéndole llorar, continúa:

¡Llora, llora, infeliz! piadoso el cielo
á tus ardientes lágrimas conceda
de tu horrible dolor calmar el peso.

Vuelve á echar el tapiz, y al mismo tiempo llega Urbano por la izquierda.

ESCENA IV.

AZASULDO. EL ARZOBISPO URBANO.

Urbano. ¡Azasuldo! ¿vos aqui?
¿vos el único habeis sido
que en dia tan grande...

Azasuldo. Sí...
pero al acto no asistí
porque está mi hermano herido,
y acompañarle debia
en su soledad.

Urbano. Lo siento;
y tanto mas, porque el dia
vuestra asistencia exigía
con mas razon.

Azasuldo. Ni un momento
abandonarle he querido.

Urbano. ¡Pues qué! ¿se siente peor?

Azasuldo. Asi lo habia temido.

Urbano. (*Queriendo dirigirse á la tienda: Azasuldo se lo impide.*)
¡Ah! le veré.

Azasuldo. Se ha dormido,
á lo que creo, señor.
Y ademas, fue solamente
un vapor... cosa ligera:
yo le amo tan tiernamente
que el mas pequeño accidente
me aflige sobremanera.

Urbano. El valiente Sigiberto
tiene en verdad un hermano
bien cariñoso.

Azasuldo. Sí... cierto.

Urbano. El pesar que en vos advierto
os honra mucho.

Sigiberto. (*Desde la tienda.*) ¡Tirano!

Azasuldo. Está soñando... ¿no oísteis?
dejémosle descansar;
y pues al acto asistísteis,
y en él, señor, no me vísteis,
me le podríais contar.

Le separa de la tienda.

Urbano. ¿Y cómo pintaros yo
el acto mas imponente
que nunca jamas se vió?
eso no se pinta, no;
eso, Azasuldo, se siente.
En medio de la colina
estaba el altar alzado,
y en él una cruz divina,
y en la cruz la peregrina
imagen de Dios clavado.
Y del monte en deredor,
triste el semblante y los ojos,
estaban con gran dolor
á los pies del Redentor
cien mil guerreros de hinojos.
¡Qué espectáculo! subí...
y tanto me enagené,
y tal ternura sentí
cuando el ejército vi,
que casi me desmayé.
Y me acordé de Julian,
y del dia de mañana,

dia de gloria ó de afan,
segun venza el musulman,
ó venza la gente hispana.
¿Mas cómo dudar? el cielo
nos mirará con clemencia;
que ha visto ya nuestro duelo,
y del pueblo el desconsuelo,
y del rey la penitencia.
De cilicio y de sayal
vestido segun costumbre,
y de ceniza fatal
cubierta la sien real,
subió el monarca á la cumbre.
Y á los pies del Crucifijo
humildemente postrado,
derramó llanto prolijo,
y su confesion me dijo,
y le obsolví.

Sigiberto. (*Desde la tienda.*)
¡Asesinado!

Urbano. Mas vedle, vedle venir
con el semblante mas ledo.
¡Ah! ya no teme el morir;
que si pudo delinquir,
lloró como Recaredo.

ESCENA V.

DICHOS, *y* EL REY *por la izquierda, descalzo y vestido de jerga ó sayal, seguido y rodeado de varios* GEFES. EL ARZOBISPO URBANO *se encamina á su encuentro:* AZASULDO *á la tienda de su hermano.*

Azasul. ¡Qué suplicio, gran Dios!
Entra en la tienda.

Rey. Ya mas tranquilo
late mi corazon. ¡Hijos! El cielo
protegerá la causa de los suyos:
mañana, sí, mañana venceremos.
Dios por nosotros volverá, ¿Qué importa
que guerreros añadan á guerreros?
Nuestra causa es de Dios: esos infieles

prevalecer no pueden: el Eterno
nos cubrirá con su potente escudo:
mañana, sí, mañana venceremos.

Se despoja del sayal, mientras Urbano dice los siguientes versos, y se pone el manto y la corona que le ofrece uno de los grandes, en tanto que otro le pone los borceguíes, y otro le da el cetro.

Urbano. ¡Oh, cuánto tarda la feliz aurora
de ese dia inmortal! El godo fiero
la espada con ardor, y entusiasmado
se prepara á cortar el lauro bello
que circunde su sien. Tended la vista,
esforzado monarca, en torno vuestro,
y valientes tan solo y decididos
por do quiera vereis. Su único anhelo
es vencer ó morir. Vos el caudillo
de esos valientes sois: ¿cómo vencerlos?

Rey. Todo lo sé: los godos me proclaman,
los godos el sagrado juramento
de sostener la patria y el monarca
pronunciaron con ira, y no mintieron.
Ellos mi error perdonan generósos;
ellos en vez de escarnio y menosprecio
compasion me tributan, y á sus ojos
todavía soy rey digno de serlo.
Hasta los mismós hijos de Vitiza
sus antiguas querellas depusieron
en obsequio á la patria, y por la patria
combaten con honor. Yo os agradezco
tan generoso proceder. El dia
llega tal vez, acaso no está lejos,
en que libre y esento de cuidados
púrpura deje, y magestad, y cetro.
Otro mas digno ocupará mi trono
con fausta aclamacion del pueblo entero.
¡Oh, cuánto siento que el deber me imponga
la triste obligacion de sostenerlo!
Pero ni puedo rechazar tal carga,
ni aunque pudiera, rechazarla debo.
Yo con mi error os traje al precipicio;
yo debo hacer patente al universo
que en el peligro me mostré monarca,

si en la calma tal vez dejé de serlo.

Uno de los Grandes } Viva el monarca.

Todos. Viva.

Rey. ¡Oh tú, Dios mio,
que el corazon del rey estás leyendo!
oye mis votos, óyelos: mañana
haz que mi sangre derramada el premio
de sus virtudes sea: fortalece
el brazo del impío sarraceno
contra mi vida solamente: caiga
este monarca mísero, y muriendo
él besará la mano que le hiera,
si su muerte infeliz salva á su pueblo.
Mas yo quisiera descansar: amigos,
dejadme de reposo un breve tiempo.
A tanta lealtad, á tantas muestras
de patriotismo, resistir no puedo.

ESCENA VI.

EL REY. URBANO.

Urbano. Monarca, dad al Señor
las gracias que le debeis:
ese luto, ese dolor,
ese bélico clamor
que contra el moro alzar veis,
pruebas son de su bondad
y tierna solicitud:
gracias otra vez le dad,
pues solo en la adversidad
volvísteis á la virtud.
Mientras la suerte os rió,
las prendas oscurecísteis
con que el cielo os adornó;
y el placer os embriagó,
y despeñado corrísteis.
Trocó la sonrisa en ceño,
y en amargura el placer;
y dispertásteis del sueño,

y con generoso empeño
grande volvísteis á ser.
¡Oh, nunca sea propicio
su airado rostro con vos,
si habeis de volver al vicio!
¡no lo permita en su juicio
la providencia de Dios!

El Rey. Pero mi pueblo infelice
¿qué culpa tiene en el mal
que yo miserable hice?
¿Por qué el Señor le maldice,
si no ha sido criminal?

Urbano. El pueblo necesitaba
volver tambien del letargo
en que sumido se hallaba:
el pueblo necesitaba
probar el cáliz amargo.
Su generoso ardimiento
la molicie oscureció;
y de placeres sediento
hasta el mismo sentimiento
de su dignidad perdió.
Por eso con guerra dura
el alto cielo le prueba;
por eso tras la dulzura
viene la triste amargura
que su ardimiento renueva.
Tened mas fé, rey de España,
en la clemencia de Dios:
no es su atributo la saña:
él se apiadará de España
como se apiada de vos.

El Rey. ¡Oh, cuál conforta mi pecho
esa voz consoladora!
Mas concededme el derecho
de temer aun. Deshecho
de un pesar que le devora
se estremece el corazon.
No soy feliz todavía:
vos no sabeis la afliccion,
la amarga tribulacion
que padece el alma mia.

Urbano. ¿Pues cuál afan puede ser
el que os aflige?

El Rey. ¡Ah, que el cielo
me condena á padecer!

Urbano. ¿Y no puedo yo saber
la causa de vuestro duelo?

El Rey. ¡Oh, sí! á decírosla voy,
y acaso el dolor se enfrene:
hace dos dias con hoy
que un hombre esperando estoy,
y le he llamado... y no viene.

Sigiberto y Azasuldo aparecen en la puerta de la tienda: el primero lleva un puñal en la mano, denotando en sus actitudes que quiere lanzarse sobre el rey: el segundo trata de contenerle.

Urbano. ¡Un hombre!

El Rey. El mejor caudillo
que oponer puedo á Julian;
de tal prestigio y tal brillo,
que yo mismo ante él humillo
todo el nombre que me dan.
¡Ah! ¿lo habeis adivinado?

Sigiberto se contiene al oir este verso, y escucha con atencion.

Ved si es justo mi temor.
¡No vendrá! Le he desterrado,
está conmigo indignado
con justa causa... ¡Oh dolor!
Yo su amada le robé;
yo desgraciado le hice;
yo ¡gran Dios! le asesiné,
porque el honor le quité,
y su himeneo deshice.
¡Ese recuerdo fatal
podrá mas en su memoria
que mi agonía mortal!
He sido muy criminal
para merecer la gloria
de verle mañana aqui.

Urbano. (*Como irritado de la desconfianza del rey.*)
¡Nunca! ¿Será menos grande
Pelayo que vos?

El Rey. Sí, sí...
¡vendrá, vendrá! ¿no es asi?
Urbano. Basta que honor se lo mande.
El Rey. ¡Y yo causé su baldon!
¿Cómo soportar, Dios mio,
su ceño? Mi corazon
teme mas su indignacion
que del moro el poderío.

ESCENA VII.

DICHOS. PELAYO, *por la derecha.*

Pelayo. (*Sin mirar al rey, y á bastante distancia.*)

Señor...
Rey. ¡Es él! * ¡es él!
* *La primera esclamacion es de alegría: la segunda de abatimiento y confusion.*
Urbano. ¡Oh gran Pelayo!
¡oh de santa virtud alto modelo!
Llega y abrázame... * Dame esa mano
* *Se abrazan estrechamente y con la mayor ternura: Pelayo se abandona al lloro, sin hablar una sola palabra, y deja caer la cabeza sobre el hombro del arzobispo: el rey se cubre los ojos con ambas manos.*
que calentaba yo cuando risueño
dormias en la cuna. Alli le tienes;
Señalando al rey.
calma tu indignacion. ¡Oh rey! os dejo
con él á solas. Profanar sería
cuadro tan grande solamente el verlo.
Se retira por la izquierda. Sigiberto contempla á Pelayo con un ademan que solo la situacion puede inspirar al actor, y vuelve á entrar despechado en su tienda seguido de Azasuldo.

ESCENA VIII.

EL REY. PELAYO.

Rey. (*Despues de un intervalo de silencio, durante el cual uno y otro han tenido los ojos clavados en el suelo, se ve forzado á romperlo el rey.*)
¡Viniste al fin! ¡la voz de tu monarca
escuchaste, oh Pelayo! Pero al menos,
por la santa amistad que antes tuvimos,
por las virtudes de tu heróico pecho...
calma tus iras, cálmalas, Pelayo;
mitiga de tu faz el justo ceño.

Pelayo. Por la misma amistad, por las virtudes
que otros dias tambien te embellecieron...
líbrame del suplicio de mirarte
cuanto posible sea: abrevia el tiempo,
y dime el modo de salvar la patria,
que toca al precipicio.

Rey. ¡Ah! mi tormento
tambien es tu presencia, porque en ella
mi terrible sentencia escrita leo:
pero sufre un momento que mis ojos
lágrimas de veraz repentimiento
derramen ante tí... ¡Yo te lo pido!
¡yo deseo llorar sobre tu seno!

Reclina la frente sobre el pecho de Pelayo: este, despues de un momento de sollozos, se retira conmovido.

Pelayo. No se salva con lágrimas la patria,
ni alimentando míseros recuerdos.
¿Qué puede hacer * el hijo de Fabila?

* *Mirando al rey de hito en hito con aire de compasion y denotando que exige una respuesta pronta.*

Rey. (*Enjugándose los ojos, y mirando á Pelayo con una espresion del mas vivo reconocimiento.*)
Conducir á la lid cien mil guerreros;
vencer del moro y de Julian las huestes,
y... * volverme su amor.

* *Con timidez y ternura.*

Pelayo. (*Volviendo el rostro y bajando los ojos.*)
No te aborrezco.
Rey. Esto me basta. ¡Generoso amigo!
Mañana me amarás.
Pelayo. (*Mirándole otra vez de hito en hito.*)
¡Pereceremos!
Pereceré contigo en la batalla...
y no es posible aborrecer muriendo.

ESCENA IX.

DICHOS. URBANO, *y poco despues* VARIOS NOBLES *y* GEFES. SIGIBERTO, *con el puñal todavía, se manifiesta combatido de mil diversos afectos:* AZASULDO *está á su lado.* TOBÍAS *viene despues entre* LOS NOBLES *que rodean á* PELAYO.

Urbano. La voz de tu llegada, oh gran Pelayo,
el ejército todo oyó suspenso,
que incrédulo en su gozo á la ventura
de haberte recobrado, en altos ecos
demanda tu magnánima presencia.
Ven, hijo de Fabila, y el consuelo
concédele de que te vea. ¿Escuchas
el entusiasmo que le agita?
Se oye un rumor á lo lejos, y entonces es cuando salen los nobles en distintas direcciones.
Uno. ¿Es cierto?
Varios. ¿Es verdad? ¿es verdad?
Otros. ¿Con que ha venido?
¿con que no es ilusion?
Urbano. Vamos: saquemos
las huestes de penosa incertidumbre.
Vanse todos rodeando y victoreando á Pelayo, quedando solos en la escena los hijos de Vitiza y Tobias, que los observa á un estremo del teatro.

ESCENA X.

SIGIBERTO. AZASULDO. TOBÍAS.

Azasul. ¿Y nosotros, hermano, mancharemos
este dia inmortal? ¿seremos sordos
del hijo de Fabila al grande ejemplo?
Sigiber. (*Alzando los ojos al cielo.*)
¡Padre mio, perdona! ¡Es imposible!!
Donde Pelayo está, la patria veo.
Arroja el puñal de la mano, mientras Azasuldo hace pedazos la carta que les dió Tobias; despues de lo cual se marchan por el mismo lado que los de la escena anterior: Tobías al verlos partir, se da una palmada en la frente con el mayor depecho, y se marcha por la parte opuesta.

CUADRO SESTO.

Todos Españoles.

Niégame un dia si te place, oh musa,
La santa inspiracion, y el genio ardiente,
Y el don divino de amansar las fieras
Cuando temple el laüd: pero á lo menos
Haz que la patria en mis acentos suene;
Haz que inflame en su amor los corazones;
Haz que el nombre español mis versos llene...
Y nada importan los restantes dones.

13 *de Setiembre de* 1838.

La escena representa un aposento bastante retirado en el palacio de los duques de Jerez, con puerta en el foro, y otra mas pequeña á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA. GUMILDO.

La Reina. ¿Lo has oido? Que ninguno
sus pasos dirija aqui.
Gumildo. Está muy bien.
La Reina. Y si alguno
te preguntare por mí,
ó hablarme fuere preciso,
haz que espere en el salon,
y ven á darme el aviso.
Se retira el page por el foro, y la reina cierra la puerta por dentro.

ESCENA II.

LA REINA.

Por fin estoy sola, por fin sin testigos
podré libremente mi pena llorar:
el hado funesto lo quiso en su ira,
y vida es la mia de luto y afan.
De cien importunos do quiera seguida
forzada me veo placer á fingir.
¿A qué de mis ansias hacerlos testigos?
¿á qué revelarles que soy infeliz?
¡Ignórelo el mundo! Derramen mis ojos
de mísero lloro ferviente raudal;
¡mas nadie lo sepa! mi llanto podria
de guerra tan cruda la furia aumentar.
¡Ah, vuelve, Rodrigo! que yo te perdono,
y puedes sin verme mañana morir:
tu mísera culpa por pena te baste:
el conde te ha hecho sobrado infeliz.
¡Falaz esperanza! Sin ver á su esposa
ese hombre de hierro sabrá perecer:
me juzga enemiga... le hablé con dureza,
y ve mis palabras... ¡y mi alma no ve!
¿Mas quién me asegura que viendo mi lloro
trocará en cariño su encono feroz?
Si al fin es inútil, ¿por qué llorar tanto?
¿yo sola por suerte la mísera soy?
¡Alguno me escede! La reina Egilona
la mas infelice por cierto no es.
¡Valor, pecho mio... valor! No está lejos
quien siente doblada tu pena crüel.

Da cuatro palmadas en la puerta de la derecha, y despues de un corto intervalo sale Florinda.

ESCENA III.

LA REINA. FLORINDA.

Florinda. Señora... ¡cuánto os debe
la mísera Florinda!

Leal á consolarla
venís todos los dias.
Continuad, señora,
la empresa compasiva:
sin vos esta infelice
de pena moriria.
He perdido á mi padre;
he perdido la dicha
de suspirar al lado
de mi madre querida...
pero apiadado el cielo
me deparó una amiga.

La Reina. ¡Ah... no lo dudes! dame
ese nombre que agita
mi corazon, que tanta
ternura significa.
Repítanlo tus labios
sin cesar: mi delicia
es suspirar contigo,
compadecer tus cuitas,
amarte, ser amada
de tí, querida mia.
Olvídate por siempre
cuando á mí te dirijas
de que tu reina he sido...
¡Sí! que no me amarias
como mi triste pecho
anhela y solicita.
Si te parece poco
el dictado de amiga,
dame el nombre de hermana,
yo lo seré, Florinda.

Florinda. ¡Qué buena sois! ¡Dios mio!
¡Y yo que en mi desdicha
el gozo y la ventura
imposibles creía!!!
¿No es verdad que podemos,
permaneciendo unidas,
sobrellevar un tanto
el peso de la vida?
Yo lloraré las penas
que vuestro pecho agitan;

vos las mias... ¿no es esto
un placer todavía?
Yo no soy desgraciada
llorando á vuestra vista:
al contrario, este llanto
regala mis megillas,
desahoga mi pecho,
me hace feliz... me alivia.

La Reina. ¿Es verdad? ¿es posible
que al verme se mitiga
tu padecer? ¡Dios mio!

Florinda. ¡Ah! yo no cambiaría,
cuando venís á verme,
mi llanto por la dicha.

La Reina. Ni yo por la ventura
que gozaba otros dias,
el placer de enjugarlo
tampoco trocaria.
Enjúgalo, serena
tu corazon; imita
el valor y el ejemplo
de tu querida amiga.
¿No bastan por ventura
las lágrimas vertidas?
Continuar en ellas
al cielo ofenderia,
que límites el cielo
al llanto le prefija.
Lloremos si te place;
pero no la ignominia
del repudio afrentoso
que mi nombre mancilla;
no el infeliz suceso
de tu desgracia y mia;
no el esposo, no el padre;
no la pena mezquina
con que de Dios la mano
probarnos solicita...
¡Lloremos por la patria!
¡llorémosla! mas digna
de compasion es ella
que nosotras, Florinda.

Florinda. ¡Dios mio! ¿Y es mi padre
el que la guerra atiza?
¡Ah, no, desventurada!
yo, yo la causa impía
soy de la lid; yo sola.
Por mí furor respiran;
por mí padres y hermanos
feroces se asesinan.
¿Por qué en mi triste pecho
la imbécil mano mia
crudo puñal no hundiera
al verme envilecida?
Y esa patria, esos godos
que indignados me miran,
abierta por mi mano
mi tumba mirarian,
cubriéndola de flores
en vez de maldecirla.

La Reina. ¿Qué dices? ¿qué inhumano
maldecirte podria?
¿qué culpa atribuirte
podrian con justicia?
¡Jamas, jamas! El cielo
por ignoradas vias
la España miserable
conduce á su ruina.
No es del rey el delito,
no es tu padre en su ira,
ni tú, ni yo quien triste
la España precipita
en el terrible abismo
preparado á sumirla.
Antes que tú nacieras,
antes de ser yo misma,
la perdicion de España
estaba ya predicha.
Cuando Abdalla terrible
encadenó la Libia,
ya el bardo la cantaba,
ya el vulgo la plañía:
que todos contemplaron
en la infausta morisma

de los presentes males
la causa maldecida.
Oscureció su lumbre
el sol de mediodia,
y espantados los pueblos
al verla oscurecida,
una voz escucharon
que del centro salia
del encantado alcázar,
cuya mole maldita
en la orilla del Tajo
se eleva carcomida.
«*¡ Ay de pueblos y reyes!*
«*¡ Ay de la gente goda!*»

ESCENA IV.

DICHAS. JEHÚ, *que entra por una puerta secreta que está á la izquierda.*

Jehú. (*Continuando la estrofa comenzada por la reina, y recitando los versos con fatídica y misteriosa voz, pero sin accionar en toda la escena, ó si lo hace, debe ser con hipócrita humildad y sumision.*)
«*¡ Ay de la España toda*
«*en el terrible azar!*»
Reina. (*Asustada.*)
¡ Jehú! ¿ Tú aqui?
Florin. (*Cubriéndose con el velo para no ser conocida.*)
¡ Dios mio!
Jehú. (*Continuando en recitar los versos.*)
«*¡ Ay del monarca osado*
«*que el palacio encantado*
«*se atreva á profanar!*»
Tal era, señora, si mal no me acuerdo,
del bardo sombrío la triste cancion:
y estrofas tenia de aciago recuerdo,
y endechas y versos de lúgubre son.
«*Huid los que pudiéreis*
«*la maldicion impía,*
«*porque llegado el dia*
«*de la venganza es:*

«*Y resistir al cielo*
«*para evitarla, es vano;*
«*antes que armar la mano*
«*es preparar los pies.*»

Reina. ¿Oiste, Florinda? Presagio es del cielo
que á España maldice: serena tu llanto.
(Pero este judío me infunde recelo.—
Haré que se esplique.) Prosigue ese canto.

Jehú. «*Devorador el fuego*
«*en la arista se ceba,*
«*y al oprimido eleva*
«*y abate al opresor:*
«*Huid los que pudiéreis*
«*la maldicion impía:*
«*de la venganza el dia*
«*reluce aterrador.*»

Reina. ¿Mas cómo los pasos aqui dirigiste?
¡Traidor! ¡tú sabias mi triste secreto!
el mundo ignoraba tal puerta... ¿y la abriste?
horrible castigo te anuncio y prometo.

Jehú. Seríais injusta conmigo, señora,
que vine á libraros de un riesgo inminente.

Reina. ¿A mí?

Jehú. Y á Florinda.

Florin. Llegada es mi hora.

Jehú. Mirad si en buscaros seré delincuente.
El rey ha sabido que aqui se ocultaba
del conde la hija: por quién no lo sé:
temí por mi reina que el riesgo ignoraba,
y vine á probaros mi sincera fé.
Y al page le dije que hablaros tenia:
«*¡Maldito judío! despeja al momento.*»
Tal fue su respuesta: la raza judía
es prole, señora, de afan y tormento.
Mas yo que sabia la entrada secreta,
y al duque he servido que el ser os ha dado...

Reina. Acaba, judío, que el alma se inquieta.

Jehú. A daros aviso volé apresurado.

Reina. (*Abriendo la puerta del foro, y llamando al page.*)
¿Gumildo?

Gumil. (*Presentándose en la escena.*)
Señora.

Reina. Prended al judío.
Gumil. ¿Por dónde, señora, traidor se introdujo?
Reina. Mas no maltratarle: prendedle.
Florin. ¡Dios mio!
¿qué estrella sus pasos funesta condujo?
Gumil. Venid, el judío.
Jehú. (*Con serenidad y calma.*)
Llamad á Pelayo,
que puede á Florinda de escudo servir.
Temed al monarca: su furia es el rayo,
y estraño no fuera, señora, el venir.
«*Tal es la ley del cielo:*
«*el que feroz se engrie*
«*únicamente rie*
«*para llorar despues.*
«*Huid los que pudiéreis*
«*la maldicion impia,*
«*porque llegado el dia*
«*de la venganza es.*»

Sale por el foro conducido por Gumildo: la reina vuelve á cerrar la puerta por dentro.

ESCENA V.

LA REINA. FLORINDA.

La Reina. Si ese judío es culpado
¿cómo es posible que esté
tranquilo y aprisionado?
¿Quién el aviso le ha dado
si delincuente no fue?
¿será Gumildo? ¿será
el único que lo sabe?
¿me han espiado quizá?
¡Ah! mis iras probará
antes que el dia se acabe.
Despues de un momento de reflexion.
Es preciso que la oculte
en otra parte.
Florinda. (*Con el mayor encarecimiento.*)
¡Señora!
donde ninguno me insulte,

donde la muerte sepulte
el afan que me devora.
No hagais venir, reina amada,
al hombre que amó mi pecho:
recordad que estoy privada
de la inocencia adorada
que á su amor me dió derecho.
Evitadnos el rubor
de vernos la última vez;
que es delicado el honor
para apurar del dolor
el cáliz hasta la hez.
¡Me amaba con tal estremo!
¡le amé yo tan tiernamente!
mas hoy... ¡acaso blasfemo!
enamorado le temo,
y le temo indiferente.
No me confieis tampoco
al padre que el ser me ha dado;
que el dolor le tiene loco,
y yo su furia provoco,
y le haré mas desgraciado.
¡Piedad, señora, de mí!
os lo suplico por Dios.
Escondedme por ahí;
que temo á todos... ¡oh, sí...!
á todos, escepto á vos.

Gumildo. (*Desde afuera anunciando.*)
Su alteza el rey.

Florinda. (*Abrazándose con la reina toda azorada.*)
¡Cielo santo!
¿Dónde me voy?

La Reina. (*Con valentía.*) ¡Allá dentro!
Depon, Florinda, el espanto:
he padecido ya tanto,
que no me asusta el encuentro.
Entra, infeliz. Yo te juro
que si otra maldad fraguó,
mi cadáver será el muro
que te defienda. * ¡El impuro!

* *Entra Florinda en el gabinete, y vuelve la puerta.*

¿En mi presencia? ¡Eso no!!

Abre la puerta del foro con firmeza, y se retira cerca del cuarto de Florinda. El rey tarda á entrar algunos momentos.

ESCENA VI.

EL REY. LA REINA.

El Rey. ¡Reina! conocer podeis
que os di tiempo suficiente
para ocultarla: ya veis
que encerrada la teneis,
gracias al rey solamente.
¿Necesitaba anunciarme,
si hubiera sido mi intento
de Florinda apoderarme?
entrada podia darme
otra puerta * al aposento.
* *Señalando con el dedo la puerta secreta.*
Si es que dudais todavía,
decidlo... me marcharé.

La Reina. (*Mirándole con la mayor atencion, como para penetrar sus designios.*)
¿Pues quién vuestra planta guia
hasta Jerez este dia?

El Rey. Vuestra conducta.

La Reina. No sé
lo que me quereis decir.

El Rey. ¡Siempre lacónica!

La Reina. ¡Y vos
siempre cruel en venir!
¿Quereis hacerme sufrir
nuevos tormentos?

El Rey. (*Con una espresion de sentimiento y de ternura que se aumenta progresivamente.*)
¡Gran Dios!
¿Nada os dice mi llegada?
¿nada sentís en el pecho
que os hable por mí? ¿no hay nada
de la ternura pasada?
¿no hemos dormido en un lecho?

La Reina. (*Alzando las manos al cielo.*)
¡Buen Dios!

El Rey. (*Estrechándola en sus brazos, y con la voz ahogada en llanto.*)
¡Esposa querida!!!

La Reina. (*Fuera de sí al verse en los brazos del rey, y hablando con la mayor conmocion.*)
¿Yo vuestra esposa? ¡Oh placer!
¿Cómo no quitas la vida
tras tanta pena sufrida?

Se desmaya en los brazos del monarca: este la sienta en un sillon, y se coloca á su lado.

El Rey. ¡Oh generosa muger!
se ha desmayado... no pudo
resistir... ¡Muger preciada!
vuelve á renovar el nudo
que á mí te unia: sañudo
yo lo rompí. ¡Vuelve, amada,
vuelve á la vida! tus ojos
cuando despierten del sueño
no vean ya mas enojos:
abre, oh consorte, los ojos
á un porvenir mas risueño.
Perdone tanta virtud
la infanda muerte... ¡No... no!
¿Morir? ¡horrible inquietud!
Ya vuelve... ¡no hay atahud!
era una luz que tembló,
no una luz que se moria.

La Reina. (*Volviendo en sí con dificultad.*)
El repudio... la sentencia...
los bardos...

El Rey. ¡Amada mia!

La Reina. ¡Ah...! ¿vos aqui? yo temia...
pero es mi esposo... ¡Oh clemencia
del sumo Hacedor! ¿es cierto?
¿me hacen justicia? ¡Dios mio!
¡qué sudor! ¡qué desconcierto!
quisiera hablar... y no acierto.
¡Ah! que suelten al judío.
Él temia como yo
de vuestro pecho la saña:
ya lo veis, se equivocó...
mas nada dijo... no, no...

¡qué confusion tan estraña!

El Rey. Volved en vos... recobrad
vuestras ideas, señora:
tanta magnanimidad,
tanta virtud y bondad
reciben el premio ahora.
Tarde en verdad conocí
de vuestras dotes el precio...
¿cómo ha de ser? ciego fuí,
y por ciego merecí
mas compasion que desprecio.
Si era preciso tal vez
para poder admiraros
vuestro destierro á Jerez,
¡yo lo bendigo pardiez!
pues me enseñásteis á amaros.
Vuestros deudos, reina, han sido
los que con celo mayor
al monarca han defendido:
milagro por cierto ha sido
de la consorte mejor.
Que defendísteis mi trono,
en vez de atizar la guerra
y del rebelde el encono:
no hay otra, no... yo lo abono,
tan grande sobre la tierra.
Una lágrima podia
cien mil en mi contra armar;
y nadie llorar os vía,
cuando motivo tenia
el corazon de llorar.
Y no contenta con tanto
y tan grande sacrificio,
de otra enjugábais el llanto...
¡ah! yo causé su quebranto,
¡y vos templais su suplicio!
¿Quién, oh muger celestial,
pudo jamas tal creer?
¡Ser compasiva y leal
con vuestra misma rival!!!
Angel sois, que no muger.

La Reina. ¡Ah, señor! mortificais

á vuestra esposa infeliz:
¿por qué de rival me hablais?

El Rey. ¿Es posible que aun temais?

La Reina. ¿Cómo he de ser yo feliz?
Llanto, amargura, desvelos
me esperan solo...

El Rey. ¿Tendreis
zelos tal vez? Por los cielos:..
hacedme justicia.

La Reina. (*Mirando al rey con tristísima sonrisa.*)
¡Zelos!
Veo que no me entendeis.
Salid, Florinda...* ¡Dios mio!

* *En voz alta, y encaminándose al gabinete de Florinda.*

dadme valor suficiente.

El Rey. (*Intentando detenerla.*)
¡Señora! ¿qué desvarío...

La Reina. (*Dando cuatro palmadas en la puerta.*)
¡Salid!

El Rey. ¿Pero qué estravío...

Reina. (*A Florinda, que sale sin ver al rey al principio.*)
No temais. Estoy presente.

ESCENA VII.

DICHOS. FLORINDA.

Florin. ¡Qué! ¿se ha marchado ya? ¡Piedad, * señora!
* *Abrazándose con ella al ver al rey.*
¿Qué quiere hacer de mí? ¿qué es lo que quiere?

Se separa algun tanto de la reina, la cual se sienta abatida, y dice al rey llena de indignacion:

¡Verdugo de mi honor! hazme pedazos
el triste corazon. Fulmina, hiere...
pero respeta la desgracia.

Rey. (*A la reina en tono de reconvencion.*)
¡Esposa!
¿por qué de su retiro
evocado la habeis? ¡Florinda!

Queriendo adelantarse. Florinda abre una ventana y dice con resolucion:

Florin. ¡Ah, lejos...

lejos de mí! Si un paso
para acercaros dais... ¿la veis abierta?

La reina, al ver la determinacion de Florinda, se levanta y la detiene.

¡no lo dudeis! sabré precipitarme:
nunca esos brazos el placer de ajarme
brutales lograrán. ¡Nunca! ni aun muerta.

Rey. (*Bastante apartado de ella.*)
Yo creía, señora, que dos meses
de luto y de dolor eran bastantes
para saciar vuestro inmortal deseo
de guerra y sangre y perdicion: mas veo
que el funesto rencor sigue cual antes.
Si fuísteis ultrajada,
¿no quedó por ventura
vuestra ofensa fatal harto vengada?
Tended la vista en derredor, y alzada
la discordia vereis, y arder la tea,
y la sangre correr. ¿Quereis que sea
esa patria tambien sacrificada
al inflexible honor que habeis perdido?
¡Pues bien! ese es el fruto miserable
de mi fatal error, la consecuencia
de una venganza atroz y abominable.
¡Abominable... sí...! Terrible y fiero
vuestro padre se alzó, y en mi rüina
fraguó la ruina del Estado entero.
¡Ah, Florinda, Florinda! baste el luto,
baste de sangre ya. Mirad si os place
mi sombra con horror... ¿pero ese Estado,
esa patria infeliz, ¿qué mal os hace?

Reina. ¡Ah... no! Florinda al nombre de la patria
hervir la sangre sentirá en las venas
como la siento yo. -- ¿Cuándo es el dia
de la matanza insana?
¿cuándo es el dia de la lid?

ESCENA VIII.

DICHOS. DON JULIAN.

D. Jul. Mañana.

Florin. (*Corriendo al lado de su padre.*)
¡Padre mio!
Reina. (*Asombrada.*) ¡Es el conde!
D. Jul. ¡Aqui mi hija!!!
Reina. Está conmigo, don Julian.
D. Jul. * Señora...
* *A la reina con respeto y sumision.*
¡Vedme! * Aqui me teneis.
* *Al rey con altivez.*
Rey. Es necesario,
esposa, que salgais.
D. Jul. Y tú, Florinda.
Reina. ¡No lo permita Dios!
Florin. Querrán batirse.
D. Jul. Rodrigo lo dirá.
Rey. Salid, señora;
es preciso salir.
Reina. Hablar debia,
si bien os acordais.
Rey. Despues.
Reina. Ahora.—
Esa entrevista me interesa mucho
para poder salir. Ora privado,
ora público sea
el asunto, señor, que ha motivado
del conde la venida,
yo declaro á los dos solemnemente
que es preciso quedarme.
D. Jul. (*Al rey con impaciencia.*)
¡Ea! acabemos,
que me espera mi gente.
¿Qué teneis que decir?
Rey. (*Separándose con él á un estremo del teatro.*)
Supongo, oh conde,
que el número sabeis de los guerreros
que me tienen al frente;
número suficiente,
si mañana es la lid, para venceros.
D. Jul. Yo supongo tambien que os he probado
cubriéndome de gloria,
que es el valor, no el número, Rodrigo,
quien decide el laurel de la victoria.

Rey. Ved, conde, que os cegais: el gran Pelayo,
vuestro deudo futuro,
es el caudillo de mi gente.

D. Jul. Os juro
que no esperaba desgarrar mi herida,
y vos la desgarrais. Habladme os ruego
del motivo que causa mi venida,
no de la afrenta horrible y maldecida
que de furia y dolor me tiene ciego.

Rey. Os quise prevenir: tal vez creyérais,
porque os hice llamar en esta tarde,
que os temia cobarde.

D. Jul. ¿Cobarde? ¡no... jamas! nunca mi labio
os hizo tal agravio.

Rey. Ni á vos tampoco yo. Mas permitidme
preguntar de una vez... ¿amais la patria
tan sincero y leal, como sois fiero?

D. Jul. Ved que no sufro insultos.

Rey. Os requiero
en nombre del Estado.
¿Habeis, conde, pensado
en el fin de la patria lastimero?
¿habeis reflexionado
en vuestra infausta saña,
que esas escuadras de Tarif y Muza
pueden un dia amenazar la España?
¿que no peligro yo, sino vos mismo?
¿que esta lid nos sumerge en un abismo,
si no se apaga su furor terrible?

D. Jul. ¿Y habeis pensado vos que no es posible
satisfacer la nacional venganza,
sino bajando del hispano trono?

Rey. ¡O midiendo los dos espada y lanza!! —
Este medio es mejor. En vuestro encono
vos mismo, don Julian, lo propusísteis,
y tan valiente al proponerlo fuísteis
como discreto y sabio;
que es la querella personal, y debe
personal ser tambien el desagravio.
¡Pues bien! el duelo sea.
Mas ante todo, retirad las huestes
que amenazan la España...

¡y os lo juro, Julian! pecho con pecho
nos batiremos con furor y saña,
apenas pasen el hercúleo estrecho.

D. Jul. Era el medio mejor; yo lo propuse:
mas ¿por qué vos entonces...

Rey. Esa patria
que hoy me demanda que su ruina evite,
entonces, don Julian, no lo exigia.

D. Jul. Ni la palabra mia
hoy ese duelo singular permite.
¿Sabeis que el moro confiar no puede
la Mauritania que le fue cedida
á esa lid personal? ¿quién le asegura
que saldré vencedor?

Rey. Es necesario,
si ese duelo ha de ser, que salga el moro.

D. Jul. Yo no puedo decir: «*idos de España*,
«*que me voy á batir...*» Han de pedirme,
con justicia y razon, la Mauritaña.

Rey. ¡Pues bien! yo se la cedo
vencedor ó vencido.
Estended la cesion.

Le da un pergamino en blanco, del cual cuelga el sello del Estado.

D. Jul. Está corriente. —
Mañana mismo partirá esa gente.

Rey. Dad vuestro duelo pues por admitido.

D. Jul. (*Apretándole la mano, y en ademan de partir.*)
¡Rey...! palabra de honor.

Rey. (*Dándole otro pergamino.*)
Palabra escrita.

Reina. (*Arrancando á don Julian el último pergamino, y haciéndolo pedazos.*)
¡Palabra, don Julian, torpe y maldita,
que no se cumplirá!

Rey. (*Indignado.*) ¿Qué haceis, señora?

Reina. Os tenia que hablar: oidme ahora.
¡Pueda mi llanto conmover los pechos
que fascina el furor! ¡cese la guerra!!
Yo renuncio de esposa los derechos
en la mas desgraciada de la tierra. —
¡Vedla! * alli la teneis. ¿Podrá la espada

* *Señalando á Florinda, que está llorando á un estremo del teatro.*

hacerla mas feliz? ¿podrá deciros,
«*lidiásteis ya, mi ofensa está vengada?*»
¡Es palabra de honor... y prescindísteis
del honor de Florinda! Innobles fuísteis,
innobles, sí, * los dos. ¡Fue deshonrada!

* *Ratificándose y mirando alternativamente á los dos, los cuales parece haberse ofendido de la espresion* innobles.

Sereis impíos, si la ofensa horrible
con el único medio que es posible
no queda en el momento reparada.

D. Jul. (*Conmovido estraordinariamente, y enjugándose los ojos.*)

¡Reina! ¡me haceis llorar...! ¡Hija adorada!
yo la olvidaba, sí... ven á mis brazos;
ven... perdona á tu padre.

Se abraza á su hija con toda la efusion del amor paternal.

Rey. (*A la reina, con la mayor ternura.*)

¡Es imposible!

D. Jul. ¿Y habeis creido vos, reina escelente,
que pudiera admitir un sacrificio
tan grande y tan leal? No lo consiente
el honor de Julian.

Florin. Ni el de su hija.
¿Cómo es posible que Florinda elija
otro esposo qne Dios omnipotente?
¡Ah! yo del claustro en la mansion oscura
mi rubor y mi llanto
al mundo ocultaré: pero entre tanto,
cese la guerra, y me dareis ventura.
¡Padre! piedad de mí. Tengo derecho
á vuestra compasion. Esa existencia
es el único bien que me ha quedado:
ya sé que no la amais... ¿mas por ventura
es vuestra solo para haberla odiado?
¿qué sería de mí, padre querido,
si la suerte crüel os condenase
á morir en el duelo maldecido?
El ofensor quedaba,

y quedaba Florinda: ¿quién entonces
de otro nuevo atentado me escudaba?
¿no temeis? ¿no temblais? ¡Cese el encono!
¡cese esa guerra que maldice el cielo!
¡cese el proyecto de nefando duelo! —
Si el monarca fué vil... ¡yo le perdono!!!

Rey. (¡Generosa tambien!) — ¡Mísera España!
No dirás que Rodrigo
inferior en grandeza á dos mugeres
y en heroismo fué. ¡Reina Egilona!
digna sois en verdad de la corona;
pero mas de mi amor. ¡Florinda! el hado
quiso en sus iras que mi mano fuese
quien fraguase crüel vuestra desdicha:
¡oh, si daros pudiese
con mi sangre infeliz decoro y dicha!
¡Conde Julian! las huestes agarenas
de España retirad: sed tan felice
en salvar el pais que os abandono,
como al fin lo habeis sido
en vengar vuestra afrenta. -- Abdico el trono. —
Reinad en mi lugar.

D. Jul. ¿Y habeis creido
que la insana ambicion me dominaba?
¡Ah...! me dais compasion.

Rey. Pelayo sea
quien me suceda pues.

D. Jul. Fue destinado
á ser esposo de Florinda: reine
quien al conde Julian no esté ligado.

Reina. Sigiberto tal vez...

D. Jul. ¿Quién? ¿Sigiberto?
ese sí, don Rodrigo;
que ni mi deudo es, ni fue mi amigo,
y dotes de monarca en él advierto.

Rey. Sea la patria pues con Sigiberto
mas venturosa que lo fué conmigo.

NOTA. *Al fin de este cuadro deberá oscurecerse lentamente el teatro, figurando venir la noche.*

CUADRO SEPTIMO.

La batalla del Guadalete.

¡Pues qué! ¿tan necio Abulcacim *sería*
Que, al escribir la crónica primera,
Á los suyos la infamia atribuyera,
Cuando culpar al español podia?
¡Oh España! ¡oh patria mia!
Permite al vate en su entusiasmo ardiente
La calumnia insolente
Rechazar en tu nombre: permitidme,
Hijos de Iberia, el hecho y los engaños
Narrar tras luengos años,
Del solo modo que el que piensa y siente
Los puede concebir. ¡Ay de la gente
Que fia su salud á los estraños!

23 *de Setiembre de* 1838.

La escena representa los reales de Tarif Abenzier y Muza el Zanhaní. Es de noche. Tarif se pasea con inquietud, dando á entender en sus actitudes y ademanes que medita alguna empresa atrevida. Muza está sentado en un almohadon: á su lado arde un pebetero que ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

TARIF. MUZA.

Durante este monólogo se ocupa en echar aromas en el pebetero.

Muza. ¡Divina noche por cierto!
El cielo de Andalucía
no es tan hermoso de dia,
como de sombra cubierto.

¡Qué sitio para un harem!
Lirio, sándalo, alhelí...
solo hace falta una Hurí
para que sea un Edém.
¡Guerra y amor! ¡guerra al godo,
y amor á las bellas! ¡Ah...!
no hay otro suelo quizá
tan rico y fecundo en todo.
Gallardas son las cristianas
de aquestas regiones bellas:
la menos hermosa de ellas
vale cuatro musulmanas.
¡Guerra y amor! No hay placer
como vencer en la guerra,
y luego postrarse en tierra
á los pies de una muger.

Tarif. Parece, Muza, que estás
fuera de tí.

Muza. (*Levantándose.*)
Yo creía
que el buen Tarif no me oía.

Tarif. ¿Pero cuándo cesarás?
¿es posible que te inquiete
otra pasion que la lid?
¡Qué vergüenza! ¡un adalid
sentado junto al pebete,
cuando se acerca la hora!
¡y mientras yo me consumo,
tranquilo aspirando el humo
que á los valientes desdora!!

Muza. ¿Y qué he de hacer? ¿he de estar
forjando en el pensamiento,
como tú, planes sin cuento?
eso es, Tarif, delirar.
Yo nunca pienso; combato.
Mientras la hora se llega,
¿quién la dulzura me niega
de aprovechar este rato?
Mi cabeza no se halla
para discursos: ¡qué afan!
mientras Tarif forja un plan,
Muza gana una hatalla.

Tarif. (*Volviendo á pasearse.*)
Esta tardanza es prolija,
y ya comienza á inquietarme.
Muza. Veo que habré de sentarme.
Mas antes... ¿viste la hija
de don Julian? ¡oh qué bella!
No me admiro que Rodrigo,
de tantas gracias testigo,
ande perdido por ella.
Yo no la vi, porque el velo
casi ocultaba al querube;
mas al través de una nube
puede adivinarse un cielo.
¿Es posible que su padre
la haya alejado de aqui?
¿que en su crüel frenesí
hacerla monja le cuadre?
¡Partió á Mérida! ¿es verdad?
¿y en este mismo momento
habrá llegado al convento
á sepultar su beldad?
¡Oh, si vencemos mañana,
como vamos á vencer...
¡yo te lo juro! ha de ser
mia esa bella cristiana.
¿Quién oponer embarazo
al valiente Muza puede?
Alá las hembras concede
al que tiene mejor brazo.
Tarif. ¡Oh Muza! todo tu afan
es delirar con Florinda.
Muza. Es una Hurí.
Tarif. Sí... muy linda:
pero yo pienso en Julian.
Su entrevista con Rodrigo
me da cuidado en estremo,
y que haya quedado temo
reconciliado ó amigo.
Apenas de ella volvió,
Juntó el conde sus parciales,
y... ¡son perversas señales!
con nosotros no contó.

Nave ninguna en el puerto
se ve tampoco hasta ahora:
si llega á salir la aurora
antes que vengan... no acierto
qué pueda ser la tardanza.

Muza. Mientras tú te vuelves loco,
yo voy á dormir un poco.
Si es necesaria mi lanza,
dame una voz. Ó está escrito
que hemos de vencer, ó no:
no he de aventurarme yo
á tentar á Dios. -- Un grito,
y dispertaré.

Entra en una de las tiendas.

ESCENA II.

TARIF.

¿Es posible
que yo contigo me adune?
pero tu brazo reune
fuerza y valor increible.
Yo envidio la sangre fria,
la indiferencia, la calma
de que Alá dotó tu alma,
y ha desprovisto la mia.
Impasible al porvenir,
y de cuidados ageno,
y desalmado, y sereno...
¡Oh Dios mio! esto es vivir.
Duerme, oh Muza; poco rato
al sueño te entregarás:
bien pronto dispertarás
con el clamor y el rebato.

Corta pausa, despues de la cual continúa:

El rey y el conde se vieron
cerca del anochecer,
y fué larga al parecer
la entrevista que tuvieron:
y el conde trajo á su hija,
y el rey se llevó á su esposa...

¡Entrevista misteriosa!
Yo no sé lo que colija.
Florinda despues tomó
de Mérida la carrera,
y la reina en su litera
al encuentro le salió.
¿Ese empeño en retirarlas
qué puede ser? ¿por ventura
querrán de la lid futura
uno y otro separarlas?
Mas partir juntas allá,
y encerrarse en un convento...
¡Oh incertidumbre! ¡oh tormento!
No sé qué hacer, vive Alá.

ESCENA III.

TARIF. UN MORO *por la izquierda.*

Moro. Tarif, el valiente Alcama,
merced á la oscuridad,
en el puerto de Gebél
ha desembarcado ya,
y tus órdenes espera.
Tarif. ¿Y cuántos vienen?
Moro. Serán,
contando sirios y jonios,
catorce mil á lo mas.
Tarif. (*Muy pensativo.*)
(El poder de don Rodrigo
es inmenso, es colosal.)
Moro. ¿Qué es lo que ordenas?
Tarif. (No sé
cómo poder acertar.)
Di que avancen en silencio,
y que esperen la señal
detras de las dos colinas
que Odáyfa les mostrará.
Vase el moro por la izquierda.

ESCENA IV.

TARIF.

¿Es posible que esta gente
me ha de hacer desesperar
toda la noche? Oigo pasos...
¡Gracias al cielo! en verdad
que tardaban demasiado.

Se encamina al encuentro de los que vienen por la derecha.

¡Maldicion! es don Julian.

ESCENA V.

TARIF. DON JULIAN. REQUILA, *y algunos de los principales* JULIANISTAS: *poco despues* MUZA.

D. Julian. Conozco que estrañareis
mi visita inesperada
en hora tan avanzada.

Tarif. (*Con el mayor respeto.*)
Conde Julian, vos sabeis
que venir acá podeis
cuando bien os plazca.

D. Julian. Sí;
pero encontraros temí,
bravo Tarif, acostado.

Tarif. Iba á hacerlo, conde amado,
cuando llegásteis aqui.

D. Julian. ¿Estais solo? Mucho siento
que Muza...

Tarif. Sí; se acostó...
pero nada importa... yo
le llamaré. (¡Qué tormento!)
Muza...

Llamando á la puerta de la tienda.

Muza. (*Desde adentro.*)
Tarif... un momento
no hace apenas... Perdonad. *

* *A don Julian y los que le acompañan.*

(¿Qué es esto?) **

** *A Tarif.*

Tarif. (Disimulad.)

D. Julian. Siento haberos dispertado;
pero así lo ha motivado
una feliz novedad.

Muza. Yo sé resistir el sueño,
y el hambre, y la sed.

Tarif. ¿Qué ha sido?
Sepamos, conde.

D. Julian. He venido
á libraros del empeño...

Tarif. Sois el árbitro y el dueño.
Ya sabeis que estamos todos
á vuestras órdenes. Godos,

Haciendo traer algunos asientos, para poder avisar disimuladamente á uno de los centinelas.

tomad asiento. (Arbolán,
cuidado.)

D. Julian. Las cosas van
por muy diferentes modos
que yo creía. — No, no,

A Tarif, que le ofrece asiento.

estamos bien.

Tarif. ¿No os sentais?
Pena, don Julian, me dais.

D. Julian. Placer quiero daros yo.
¿No sabeis que ya cesó
la guerra crüel?

Muza. Lo siento.

D. Julian. ¿Por qué razon?

Muza. Mi ardimiento,
mi fuerte brazo...

D. Julian. Es verdad;
pero no hay necesidad. —
Conde Requila...

Requila. Al momento.

Desarrolla el pergamino que el rey dió á don Julian, y lee:

«*Nos el rey don Rodrigo, hijo del duque de Cór-*
«*doba Theodofredo, á vos los muy ácatados Tarif*
«*Abenzier y Muza el Zanhani.*

:

«*Sabed: que habiendo llegado á nuestra noticia la*
«*cesion de la Mauritania Tingitana hecha á vos por*
«*nuestro valiente y poderoso súbdito el conde don Ju-*
«*lian, y conviniendo al interes de nuestros Estados la*
«*conclusion de las hostilidades, hemos resuelto recono-*
«*cer la validez y legitimidad de dicha cesion, decla-*
«*rando en union con nuestros grandes y duques, y de*
«*acuerdo con el clero godo y con el referido conde don*
«*Julian, que la Mauritania Tingitana hasta la ciudad*
«*de Ceuta inclusive, pertenece al muy poderoso califa*
«*Miramamolin Ulit, desde el mismo momento en que*
«*los dos espresados alcaides Muza y Tarif retiren de*
«*la Península el ejército ausiliar llamado por el conde*
«*don Julian, con el cual, gracias á Dios, estamos*
«*reconciliados.*

«*Dado en el campamento de los godos, y á la vis-*
«*ta de la ciudad de Jerez, á nueve dias del mes de*
«*junio de la era de César de setecientos cincuenta y*
«*dos años, último de nuestro reinado* (1).

«*El rey don Rodrigo.*»

Despues de haber Requila leido la cesion, se la entrega á don Julian, y este á Tarif, que la ojea con avidez, mirando á Muza de cuando en cuando.

D. Julian. Amigos.: la posesion
de la Mauritaña es vuestra:
por fin la alïanza nuestra
salvó la goda nacion.
Tal vez en otra ocasion
mi patria amada y querida
nuevos ausilios os pida:
tal vez vosotros seais
los que socorro pidais
á la España agradecida.
Entonces vereis mi lanza,
terror de los opresores,
pagaros tantos favores,
si es que á pagaros alcanza:
entonces otra alïanza

(1) Año 714 de Jesucristo.

y otra lid renovaremos,
y ausilio devolveremos
á quien ausilio nos dió,
que el cielo nos adunó,
y amigos de hoy mas seremos.
Entre tanto preparad
vuestra partida á la aurora,
y á Tingis, que es vuestra ahora,
el regreso encaminad:
hijos y esposa abrazad,
y sed felices. Yo espero
que anuncio tan lisongero
podrá dejar compensado
el sueño que os he robado,
que es en España el postrero.

Tarif. ¡Parabien, conde! Los dos
os felicitamos.

Muza. Sí.

Tarif. A la verdad yo temí
peores nuevas de vos:
mas ya que ha querido Dios
poner término al afan,
partiremos, don Julian,
como habeis mandado.

D. Julian. (*A Requila y Julianistas, que parten por la derecha.*)
Id,
y á don Rodrigo decìd
que á la aurora partirán.——
Muza, * Tarif... tendré el gusto

* *Dando al primero la mano izquierda, y la derecha al segundo.*

de acompañaros al puerto.
Vase tambien por la derecha.

ESCENA VI.

TARIF. MUZA.

Tarif. (*Abatido, despues de haber acompañado á don Julian hasta los bastidores.*)
¡Ah! todo lo ha descubierto.

Muza. (*Con calma.*)
Tarif, mi brazo es robusto.
Tarif. ¡Partir ahora! ¿Y adusto
su labio nos lo mandó?
Muza. (*Sonriéndose.*)
¿Dejar por la Libia yo
el cielo de Andalucía?
Tarif. (*Colérico.*)
¿Perderlo todo en un dia?
No, Julian: ¡mil veces no!

ESCENA VII.

DICHOS. TOBÍAS *por la derecha.*

Tobias. Vedme al fin junto á vos, gracias al cielo
que favorece la sagrada empresa.
Tarif. ¡Cuál me hiciste temblar! hace dos horas
que debiste venir.
Tobias. Un incidente
que pudo ser fatal, me ha detenido.
Yo tambien esperé, tambien mi pecho
como el tuyo tembló.
Tarif. ¡Cómo!
Tobias. La reina
aprisionó á Jehú: todo el proyecto
iba á tierra sin él. Yo le esperaba,
y Jehú no venia; pero el cielo
escuchó mi oracion: la reina misma
le puso en libertad, y vino ahora,
y esperando mis órdenes le dejo
en el campo cristiano.
Muza. ¿Y cuál ha sido
de su prision la causa?
Tobias. Una sospecha:
pero Jehú prudente y avisado
desvanecerla supo.
Tarif. ¿Y del monarca
no procurásteis desunir los gefes?
Tobias. Vana la carta fue; vana la intriga
con que tratamos de poner en juego
los zelos de Pelayo. ¿Mas qué importa?
Nuestros judíos bastan. ¿A qué esperan

vuestros alfanges ya?

Muza. (*A su compañero, viendo que tarda á resolverse.*)
¡Tarif! ¿qué hacemos?
¿me retiro á dormir, ó combatimos?

Tarif. Una pregunta sola. — ¿Habeis pensado *
* *A Tobias.*
que si la empresa se desgracia, eternas
vuestras cadenas son? ¿estais dispuestos
á morir ó vencer?

Tobias. ¡Pregunta vana!
Del testamento el arca * te responda
por mi pueblo y por mí: ya los judíos

* *Mostrando á Tarif el arca que vió el rey en el palacio encantado, la cual es conducida en andas por cuatro judíos ancianos, mientras otros cuatro llevan en sus hombros un grande haz de leña cada uno. Otro conduce una víctima, otro una porcion de mechas sin encender, otro una mitra de la antigua ley, y otro las vestiduras pontificales. Tobías hace colocar el arca en uno de los estremos del teatro, y los haces y la víctima en otro.*

titubear no pueden cuando sepan
que en tu real está. — Dejadla, ancianos,
con temor religioso en ese estremo,
y adorad al Señor. Poned vosotros
los haces y la víctima sagrada
en este sitio... aqui.

Muza. (*Dando una puñada en el arca, y haciéndola bambalear.*)
¿Qué significa
este mugriento arcon?

Tobías. (*En estremo indignado, y con voz terrible.*)
¡Respeta, Muza,
lo que á tu mente comprender no es dado!
¡teme de Dios la cólera y el fuego
que al impío devora! — Un siglo hace
que mi pueblo infeliz pudo salvarla
de la devastacion: palacio oscuro
la ocultó largo tiempo, y... ¡veinte noches
conducirla hasta aqui nos ha costado
por estraviadas sendas! * Musulmanes...

* *Abre el arca con la misma llave que le dió Jehú en*

el cuadro tercero, y saca el segundo lienzo que vió el rey pintado por ambos lados. Quitado el lienzo deben manifestarse al espectador las tablas de la ley dentro del arca.

¿conoceis este lienzo? la escritura
nos podia vender, y fue preciso
á la pintura recurrir. Miradlo.
Esas, oh moros, son vuestras promesas;
estas * las de Israel. Dentro del arca,
* *Volviendo el lienzo por la parte opuesta.*
junto á las tablas de Moisés, mi mano
vuelve el lienzo á poner. * Ved si sabremos
* *Lo mete otra vez en el arca.*
la promesa cumplir.

Tarif. Tambien nosotros.

Tobias. Respetar nuestros dogmas; concedernos
de cada ciento, un pueblo.

Tarif. Lo juramos.

Tobias. ¿Qué te detiene pues? Jehú impaciente
espera la señal que convenida
tengo con él. Acometed en tanto
que yo me pongo á orar.

Se reviste con los atavios del pontificado, que le ofrecen los ancianos.

Tarif. (*A Tobias.*) Valor y audacia.--
Mas antes, Muza, á don Julian veamos.

Muza. ¿Te decidiste al fin? ¡Gracias al cielo!

Vanse por la derecha.

Tobias. (*Vestido ya, y tomando de las manos de otro las mechas, que coloca junto á los haces.*)
Id pues ahora, y á Jehú decidle
que no empeñe la lid hasta que vea
las llamas ondear del sacrificio
en los reales de Tarif. -- Ancianos,
el Dios de Isaac y de Jacob os guarde.

Vanse los doce ancianos por la derecha, despues de acatar profundamente á Tobias.

ESCENA VIII.

TOBÍAS, *arrodillado delante del arca del testamento, y levantando las manos al cielo.*

¡Señor! tu pueblo leal
jamas hubiese vencido,
si hasta tu trono inmortal
la oracion sacerdotal
antes no hubiera subido.
Moisés en el monte oraba,
y el bravo Josué vencia;
y cuando aquel se cansaba
y los brazos inclinaba,
terreno Israel perdia.
Recibe pues la oracion
que el pontífice te ofrece
en nombre de su nacion;
y acabe su humillacion,
si compasion te merece.
Sea aceptable, Dios mio,
el sacrificio leal
que te hace el pueblo judío:
anonada el poderío
de Nabuco y de Belial.

Suenan á un tiempo varios instrumentos bélicos en el campo moro, hasta tres veces. Tobías se levanta estremecido: despues del último toque, continúa diciendo:

¿Por qué me asusto? ¿por qué
siento mis plantas temblar?
No puedo tenerme en pie...
yo no creí que mi fé
pudiera titubear.
¡Llegó la crisis terrible!
¿Si aconteciera por suerte
algun azar? ¡Oh temible
y ansiada noche! ¿es posible
que el miedo me desconcierte?
¡Perdon, Dios mio, perdon!
ya sé que mi duda impía

provoca tu indignacion...
pero ve mi contricion;
no veas la culpa mia.

Vuelve á arrodillarse delante del arca, quedando en un recogimiento religioso por algunos instantes, durante los cuales se estiende la alarma por todo el campo, oyéndose despues otros instrumentos bélicos que contestan á lo lejos: toma entonces una mecha, y sin encenderla, dice con ella en la mano:

¡Oh sagrado monumento!
tú solo me das aliento
en mis dolores prolijos:
luego cesará el afan;
luego en tu busca vendrán
tus desconsolados hijos.
¡Recaredo! ¡Sisebuto!!
¡Egica...!!! mirad el fruto
de un siglo de esclavitud:
hoy vuestro imperio insolente
¡cae por tierra! alzad la frente
del carcomido atahud.
¿Qué sirvió, monarca arriano,
hacerte un dia cristiano
para conservar tu imperio?
Tú diste la voz primera
contra nosotros, voz fiera
de afrenta y de vituperio.
¿Cómo, oh rey, no preveiste,
cuando el primer paso diste,
que hay peligro en empezar?
Y tú, Sisebuto insano,
¿cómo no tembló la mano
que nos hizo bautizar?
¡Egica! ¿quién te dijera,
cuando tu codicia fiera
hizo mayor nuestro duelo,
que estos siervos algun dia
con toda tu monarquía
habian de dar al suelo?
¡Reyes difuntos! mirad,
esprimid, saboread
el fruto de la opresion:

no hay ignominia, no hay penas:
los grillos y las cadenas
dagas y puñales son.

Se dirige al pebetero para encender la mecha, cuando oye la voz de don Julian.

ESCENA IX.

TOBÍAS. DON JULIAN *por la derecha.*

D. Julian. (*Desde afuera.*)
Tarif... Tarif...
Tobias. ¡Es el conde!
¡cuánto me alegro!
D. Julian. (*Desde afuera.*) ¿Dó estan
Muza y Tarif? Arbolán,
abrid paso. — * ¿En dónde, en dónde?

* *Entra en la escena, se dirige á las tiendas de Tarif y Muza, tiende despues la vista en derredor, y ve el arca.*

¡Está su lecho vacío!
¿Qué alarma es esta? ¡un arcon!
¿es el mismo? ¡maldicion!
¡Oh qué recuerdo, Dios mio...!
Tobias. (*Acercándose á don Julian.*)
¡Ah, no temais, conde amado!
D. Julian. (*Desconociéndole.*)
Y tú... ¿quién eres?
Tobias. ¿Asi
os olvidásteis de mí?
¿á vuestro antiguo criado?
¿á vuestro fiel servidor?
D. Julian ¡Mi buen Tobías! ¿tú acá?
¡pero ese trage...! ¿será
que tú por suerte...
Tobias. ¡Señor!
yo vuestro pan he comido;
vos de mi suerte fatal
con clemencia sin igual
os mostrásteis condolido.
¡Ah... ya los cielos...

D. Julian. Sí... sí...
pero responde... ¿ese grito
de guerra... ese arcon maldito
que mis ojos ven aqui...?
porque tú lo sabes; * no,
* *Mirándole con ojos penetrantes.*
no me lo ocultes.
Tobias. ¡Oh conde!
¡maldito decís!
D. Julian. Responde;
¿quién lo ha traido? ¿quién?
Tobias. Yo.
D. Julian. ¡Traidor! ¿con que fue tu mano
la que un dia me contuvo?
Tobias. Es verdad; pero os detuvo,
porque matar al tirano
comprometernos podia.
D. Julian. ¡Inhumano! no contento
con haber sido instrumento
de la triste afrenta mia,
¿aun te atreviste...
Tobias. Lo he sido:
pero, conde... ¡yo os lo juro!
no supe el motivo impuro
hasta que fue cometido
el inhumano atentado:
hoy mi conducta os demuestra
cuánto por la causa vuestra
Tobías se ha interesado.
Yo que á Florinda debí
tantos consuelos; que en ella
vi de mi salud la estrella
cuando su criado fuí...
yo que guardé su retrato
Sacando del arca el último lienzo que vió el rey en el alcázar, y volviéndolo despues á encerrar.
con las tablas de la ley...
¿pudiera no odiar al rey
que atropelló su recato?
D. Julian. Pero acaba... ¿ese rumor...
Tobias. Es, oh conde, la señal
de la victoria inmortal.

D. Julian. No te entiendo.

Tobias. Es el clamor,
el anuncio formidable
de la salud de Israel.

D. Julian. Acaba, acaba, crüel.

Tobias. Una porcion respetable
del ejército real
de judíos se compone,
y mi mano se dispone...

Se encamina al pebetero, y enciende la mecha.

D. Julian. ¡Revelacion infernal!
¡está la España vendida!!!

Tobias. (*Dirigiéndose á los haces para darles fuego.*)
Hoy vuestra causa es la nuestra.

D. Julian. (*Arrancándole la mecha con indignacion, y arrojándola al suelo, donde se apaga.*)
¿Y has creido de mi diestra
libertar la infame vida?

Tobias. ¡Señor! ¿qué decís? Jamas
iguales pruebas os dí
de amor y cariño.

D. Julian. ¡Sí!
y recompensa tendrás.

Se dirige á él con resolucion, desenvainando el puñal. Tobias se acoge al arca.

Tobias. ¡Arca sagrada!

D. Julian. ¡Cobarde!
¿Te acuerdas? «*No hay esperanza,*
«*que aunque* * *teneis una lanza,*

* *Imitando la voz del fantasma que habló en el alcázar.*

«*es tarde ya...*» ¡Pues no es tarde!!

Le hiere.

Tobias. ¡Dios... mio! — ¡Sois * bien cruel!

* *Fijando los ojos moribundos en don Julian.*

Yo no creía... enojaros. —
¡Ah...! ¡morir sin abrazaros,
prendas del alma! Raquel...
Isaac... hijo... mio...

Muere. — Don Julian le contempla un momento como sin saber lo que le pasa.

D. Julian. ¡Oh Dios! —

¡Cierto...! ¡Tambien era padre!—
¡Nombre funesto á los dos!!!

Se dirige precipitadamente hácia la derecha, y se encuentra con Jehú, que viene apresurado y manifestando la mayor ansiedad.

ESCENA X.

TOBÍAS, *muerto.* DON JULIAN. JEHÚ.

Jehú. ¿Qué es esto? ¡Yo pierdo el juicio!
¿Cómo no ha encendido ya
la llama del sacrificio?

D. Julian. ¿Dónde vas? ¿quién eres tú?

Jehú. Dejadme pasar, oh conde...
venia á ver... soy Jehú.

D. Julian. ¿Qué es lo que buscas?

Jehú. (*Mirando por todas partes.*)
No sé
qué habrá podido ocurrir...
Tobías...
Llamando en voz alta.

D. Julian. ¡Ah! mírale. *
¡Alguno le va á seguir!

* *Señala con el dedo el cadáver de Tobías, y se marcha por la derecha.*

Jehú. ¡Qué horror! ¡le han muerto!! ¡Tobías!!
¡el sacerdote tendido!
¡el sucesor de Josías!
¡Gran Dios! ¡todo se ha perdido! *
Tarif... Tarif...

* *Vase por la izquierda llamando á Tarif con gritos desesperados. Queda la escena en silencio por un corto rato, durante el cual suena muy próximo, y hácia la parte de la derecha, un choque de armas que se aumenta progresivamente.*

ESCENA XI.

DON JULIAN, *retrocediendo y lidiando con varios* MOROS *que cargan sobre él, acaudillados por* TARIF.

D. Julian. ¡Nunca, aleves!

¿Preso yo?

Tarif. ¡Prendedle al punto!

D. Julian. ¡Ven tú, Tarif, si te atreves!
¿Preso? ¡primero difunto!

Tarif. Matadle pues.

D. Julian. (*Cayendo todo cubierto de heridas.*)
¡Ah... traidores!!!

Tarif. ¡Basta! llevadle á mi tienda,
y obrad como vencedores. —
Curadle en ella. * — ¿Qué veo?

* *Los moros entran á don Julian en una de las tiendas. Tarif va á salir de la escena y tropieza con el cadáver de Tobias, que manda retirar.*

¿El cadáver de Tobías?
¡Oh catástrofe crüel!
¡ah! retiradle de aqui;
que no lo sepa Israel. —
El le asesinó... * sí, sí.

* *Mirando la tienda donde está don Julian.*

¿Quién pudo ser sino él? —
¡Noche terrible y funesta!
si ellos supieran... no... no...
¡muramos! ¿qué es lo que resta?

Vase despechado por la derecha.

ESCENA XII.

SARRACENOS.

Vuelven á oirse instrumentos bélicos á lo lejos, ruido de armas y algaradas de los Moros: la batalla va en aumento en distintas direcciones (y ya mas, ya menos, no debe cesar hasta el fin de la penúltima escena.) Luego que se ha generalizado el ruido, empiezan á cruzar Moros de distintas armas, que se suponen cuerpos que van entrando en accion, llevando cada uno sus clarines ó atabales á la cabeza. Al mismo tiempo se oye un coro de SANTONES *que va aproximándose hasta salir á la escena: algunos van disciplinándose, y todos animando con su gesto y ademanes á los Moros que entran en la batalla: por último sale el* MUFTI *con otros* SANTONES *enarbolando la Manga de* MAHOMA, *á cuya vista se aumenta el fanático entusiasmo:*

los que estaban disciplinándose confunden su rostro en el polvo: los demas continúan el cántico con mayor fuego y animacion, y espoleando á los últimos Moros que cruzan la escena dirigiéndose al combate, y siguiéndolos por último con la Manga todos los SANTONES. *Sigue despues del Coro oyéndose el ruido de la batalla lejano, y el de los instrumentos bélicos. Al mismo tiempo que han estado cruzando las tropas, otros Moros habrán pasado en direccion contraria conduciendo algunos de sus compañeros heridos que retiran del campo; pero esto debe ser cerca del fin de la escena. Todo este cuadro ha de estar pintado en la música, teniendo esta ciertos pianos en los que se deje oir el ruido de la batalla, y los toques marciales de los dos campos, todos combinados con el Coro, como igualmente las marchas de clarines y tambores de las tropas que cruzan, que serán dos ó tres. Durante toda esta escena estan curando sus heridas á don Julian, que se halla en tierra á un lado del teatro, el opuesto á los* SANTONES.

CORO DE SANTONES, *desde adentro.*

¡ Dios omnipotente!
¡ Poderoso Alá!
¡ Profeta sublime!
¡ Profeta inmortal!

D. Julian. (*Delirando; mientras un piano de la música.*)

¿Quién llama á Tobías?
¿por qué me curais?

CORO, *saliendo.*

Volved al oriente,
Oh moros la faz:
El sepulcro santo
En Medina está.
(*Disciplinándose cruelmente.*)
Haced penitencia
Antes de lidiar.
(*Marcha de un peloton que cruza.*)

Jehú. (*Traspasando el teatro de izquierda á derecha como fuera de sí; y durante un piano de la música.*)

¡Dios terrible! ¡Muza,

Tarif! ¿dónde estan?

CORO.

La sagrada Manga,
Moros, va á pasar:
Humillad la frente,
Los ojos cerrad;
Haced penitencia
Antes de lidiar.

(*Marcha de otro peloton que cruza.--Llega la Manga.*)

CORO, *con el mayor fanatismo.*

¡Manga sacrosanta!
¡Manga celestial,
Increada, eterna
Como el Alcorán!
El que no combate
No se salvará.
¡Manga sacrosanta!
¡Manga celestial!
¡Muera el que no crea!
Combatid, lidiad.--
El que no combate
No se salvará.

Vanse todos con la Manga detras de la última tropa: los que curaban á don Julian la han dejado y se hallan esparcidos por la escena.

ESCENA XIII.

DON JULIAN *y sus* GUARDIAS.

Don Julian se levanta pálido y desfigurado, vendada la cabeza y la mano derecha, y andando con mucha dificultad, agarrándose unas veces á las tiendas, otras al arca, otras á algunos de los Moros. Quiere despues andar suelto, y conociendo que le faltan las fuerzas, se sienta en uno de los taburetes de campaña: últimamente, despues de mirar á todas partes con ojos desatinados, viendo á los Moros que le observan con atencion, dice delirando:

D. Julian. ¿Quién sois vosotros? ¿por qué
me mirais con esa faz?

¡sois bien curiosos á fé!
Luego me * dispertaré.
* *Sonriéndose.*
Dejadme dormir en paz. —
¿Cuándo llegará la hora?
¡Apartad *ese capuz!
* *Volviendo la vista horrorizado.*
¿Quién me ha llamado? ¿quién llora?
deben partir á la aurora:
luego rayará la luz.

Suena un clarin muy lejos: don Julian se pone el índice en los labios y se levanta, aunque con mucha dificultad.

¡Silencio!! ¿oís...? ¿quién me ata
con estas cadenas? vamos...
tengo una sed que me mata.
¿Quién el puñal me arrebata?
¡muramos antes, muramos!
me quieren asesinar...
¡Tobías! * recibe el prez.

* *Llamándole, y encaminándose á uno de los Moros.*

¡Traidor! le quiero matar. —
¡Ay! ¡ay! * ¡qué horrible soñar!

* *Vuelve á sentarse maquinalmente junto á una tienda, á la cual se agarra con ambas manos.*

¡Estoy atado otra vez!

Corta pausa, despues de la cual vuelve á mirar á su alrededor con mas calma que antes, señalando con el dedo los objetos que le llaman la atencion, y manifestando que comienza á coordinar sus ideas.

Las tiendas... el arcon... el pebetero...
aquel es Arbolán, ese es Hadifa...
son los traidores que me guardan: todos
me miran en silencio... ¡horrible noche!
¡infame alevosía!
Berberiscos... decidme: ¿teneis patria?
y si patria teneis, ¿qué es de la mia?
¿quién vence? ¿sois vosotros? ¿son los godos?
Decídmelo, por Dios, por el Profeta,
por quien mejor os plazca... ¡callais todos!
¡asesinos! ¿callais? ¡temblad, cobardes,
que tengo vida aun! desfallecido,

y de heridas sin fin todo cubierto
los viles me han traido;
mas ya las fuerzas recobré, he dormido,
y el que primero se descuide es muerto.

Se levanta y comienza á andar con mas firmeza que antes.

ESCENA XIV.

DICHOS. *Los hijos de* VITIZA *y varios* CRISTIANOS *conducidos por una guardia de* MOROS.

Azasul. (*Desde afuera: el segundo verso lo dice en la escena.*)
¡Prisioneros! ¡mentís! era de noche,
y de engaño traidor víctimas fuimos.

D. Jul. * Esa voz... la conozco... ¡santos cielos!
* *Saliendo al encuentro á los que vienen.*
¿Qué es esto?

Sigiber. ¡Conde aleve! al fin te gozas
en tu infame traicion: mas por ventura
¿piensas que vence el musulman? te engañas;
que se despeja ya la sombra oscura;
y el moro retrocede,
y de los godos resistir no puede
la fiera reaccion.

Azasul. ¡Oh sarracenos!
dejadme por piedad que entre mis manos
le haga pedazos.

Sigiber. ¡Sí! su aleve sangre
yo tambien beberé.

Azasul. Nos ha vendido,
y os venderá á vosotros.

Sigiber. Caiga yerto
como cayó Requila. ¡Musulmanes!!
¿por qué nos retirais? dadnos la gloria
de matar al traidor.

Parte de estas espresiones las dicen fuera del teatro, puesto que los Moros no les permiten detenerse. Don Julian acaba de recobrar la razon, oidos los baldones que le han dirigido los hijos de Vitiza.

ESCENA XV.

DON JULIAN, *y sus* GUARDIAS.

D. Jul. ¡Estoy soñando!
¿Era su voz? ¿aleve me han creido?
¡Mentís, mentís, villanos!!!
Queriendo seguir á los hijos de Vitiza, los Moros le repelen.
¡El conde don Julian traidor no ha sido!
No teneis compasion, * sois inhumanos.
* *A los Moros que le han impedido salir.*
Moros, dejadme desmentir la infame
* *Tendiéndoles las manos.*
y alevosa calumnia: solo os pido
que me dejeis lidiar. * ¡Oh si pudiera...
* *Hace todo lo posible por evadirse, y viendo que le es imposible, continúa desesperado:*
¡Pero nó! de traidor con el nombre
descenderé á la tumba: el vil apodo
con que me afrenta el godo,
eternamente manchará mi nombre:
los padres contarán mi horrible crimen
á sus hijos estúpidos; los hijos
á sus remotos hijos...
y todos mentirán, y tradiciones
y crónicas sin fin, mi nombre infausto
legarán con horror á las naciones.
Y ninguno dirá... «*fue un desgraciado*,
«*que anhelando vengar patria y afrenta*,
«*al árabe llamó, y erró la cuenta...*»
¡Y el mundo todo me creerá malvado!!!
¡Cómo! ¿ser español y acá en mi pecho
inhumana traicion se albergaría?
Miente la tradicion, miente la impía,
la necia historia que relate el hecho!
¿Español y traidor? ¡horrible ofensa,
oh patria mia, á tu heredada gloria!
Julian rechaza la calumnia inmensa:
¡MIENTE LA TRADICION! ¡MIENTE LA HISTORIA!!!!

ESCENA XVI.

DICHOS. MUZA, *que viene herido y conducido por los suyos.*

Muza. ¿Pero qué es de Tarif? Nada me importa
esta herida cruel, si mi desgracia
ha escudado la suya. Musulmanes,
no me oculteis la suerte de las armas.
¿En dónde está Tarif?
D. Jul. (*Insultándole.*) ¡Muza en derrota!
¿dónde su orgullo está? ¿dó su arrogancia?
Muza. ¡Maldicion! alejadle de mi vista...
La pérdida fatal de la batalla
menos cruel me fuera que el insulto.
D. Jul. ¡Muza, te felicito...! Angel de España,
¡yo las gracias te doy!
Muza. ¡Necio! ¡insensato!
gózate, goza de tu triunfo... Alcama
sigue el alcance ya. — Mira.
Señalando á los que vienen.
D. Jul. ¿Qué es esto?
¿qué indica ese tropel...

ESCENA XVII.

DICHOS. JUDÍOS. MOROS y CRISTIANOS *prisioneros.*

Jehú, seguido de varios Judios, entra en la escena precipitadamente y corre á postrarse al pie del arca, mientras los Sarracenos se agrupan en torno de la Manga del Profeta, colocándose de modo que oculten el carro de marfil en que viene Tarif: los hijos de Vitiza salen tambien por la parte opuesta, manifestando la mayor ansiedad: don Julian en medio, dirigiendo la vista á todas partes, manifiesta en sus actitudes la incertidumbre mas cruel.

Jehú. ¡Arca sagrada!
D. Jul. Pero al menos decidme... ¡santos cielos!
decidme de una vez... ¿qué es de la España?

¿qué es lo que resta de los mios?

Tarif. (*Arrojando al frente con desprecio insultante el manto del rey ensangrentado, de modo que se despliegue al tirarle; y manifestándose Tarif á los espectadores en pie sobre el carro de marfil de los reyes godos, para lo cual se abren en dos alas los Moros que lo cubrian: se verán atados al carro varios de los principales godos, entre ellos el arzobispo don Oppas.*)

¡ESO!

D. Jul. (*Horrorizado.*)

¡El manto de Rodrigo!!! * ¡infeliz patria!!! **

* *Se precipita sobre uno de los Moros, y le arranca el puñal.*

** *Se hiere, y cae. — Queda la escena en silencio por algunos momentos: los prisioneros contemplan horrorizados el manto que Azasuldo alza del suelo como para desengañarse de la catástrofe, pero dejándolo caer espantado, aun no bien lo acaba de alzar; y se cubren los ojos con ambas manos: los Moros y los Judios se miran unos á otros con cierto aire de estupidez. — Concluida la pausa en que se espresan todos estos ademanes, empiezan á desfilar para retirarse, mediante una señal imperiosa que hace Tarif; y al llegar Sigiberto al centro del foro, se vuelve de pronto hácia los espectadores, y con un tono y ademan que solo la situacion, el talento y la sensibilidad pueden inspirar, dice con voz de trueno:*

AUN VIVE PELAYO!!!!!!

CAE EL TELON.

FIN DEL DRAMA.

ESPOSICION

de las principales bellezas del drama

HISTÓRICO, ORIGINAL, EN VERSO,

de

DON MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE,

TITULADO

EL CONDE DON JULIAN,

por Don C. B. y G.

Macte nova virtute, puer: sic itur ad astra.
Æneid. lib. IX.

Hay bellezas, asi en la literatura como en las artes, que no es posible percibir distintamente sino en fuerza de repetidas sensaciones, ó á costa de un examen mas ó menos prolijo de todos los elementos que constituyen su esencia y su ornato; y el drama del señor don Miguel Agustin Príncipe es, en mi concepto, un ejemplo que confirma la exactitud de esta observacion. Está, en efecto, tan nutrido de dotes poéticas y literarias, que no sería estraño que algunos espectadores, que solo le han visto una ó dos veces, no hubiesen comprendido toda la estension de su mérito. Amante decidido de la bella literatura, entusiasta por todo lo que es nacional, y deseoso de

contribuir, aunque débilmente, al éxito *completo* de un poema tan digno de ser bien conocido, voy á probar si consigo dilucidar alguno que otro pasage de los que, á mi entender, lo necesitan mas, y bosquejar las principales bellezas que brillan en él, ó á lo menos las que á mí me han parecido tales. Bien conozco que la empresa es dificil, puesto que estoy convencido de que para tratar dignamente este asunto sería necesaria una pluma tan gallarda como la que escribió el poema, pero no quiero dejar de decir lo que me parece conducente al mayor lustre de una produccion literaria que tanto interes me inspira, y que tanto honor hace al pais.

Lo primero que llama mi atencion al examinar este poema es la importancia, elevacion y trascendencia de miras que en él se descubre. La mas ostensible, al parecer, es la de *purificar el honor y el lustre del nombre español* lavando el feo borron con que le han manchado algunos historiadores que atribuyen la pérdida de España en 712 á la traicion del conde don Julian, quien por vengar el ultrage hecho á su hija Florinda por el rey don Rodrigo, franqueó el paso á los ejércitos moriscos hallándose de gobernador en Ceuta. Los que hayan tenido la curiosidad de leer las crónicas y relaciones que existen acerca de aquel suceso, habrán observado la variedad con que lo refieren los historiadores, discrepando muchos de ellos en lo mas sustancial, y sin que falte alguno que niegue hasta la existencia de los personages que otros consideran como principales. Este estado de dudas y de incertidumbre autoriza al poeta para que tome el rumbo que mejor le cuadre; y es menester confesar que el que ha tomado el señor Príncipe es el mas original, el mas plausible, el mas patriótico y consolador, y acaso el mas verosimil de todos, y el que ha dado lugar al carácter mas íntegro y valiente de cuantos brillan en el drama. Pero este giro feliz que el poeta ha dado á la historia, pugnando contra una tradicion de mas de once siglos, ha debido ofrecerle dificultades inmensas; y la fortuna y maestría con que ha sabido superarlas honra tanto á su talento como á su civismo, y le

hacen digno de consideracion entre todos los españoles.

No es en mi concepto menos facil adivinar el *designio político;* se manifiesta claramente en las últimas escenas del cuadro 6.°, en la conducta de los judíos y en el desenlace del drama. En lo primero se ve la conveniencia, la necesidad de unirse los diferentes partidos políticos para debelar al enemigo comun, la de deponer todos los resentimientos en bien del Estado, y no reparar en lo costoso y violento de los sacrificios cuando se trata de la salvacion de la patria. La conducta cautelosa y reaccionaria de los judíos, demuestra las consecuencias de la tiranía y de la opresion; y finalmente, la felonía de los mahometanos y la pérdida de la batalla del Guadalete publican con enérgica voz los riesgos á que se esponen los partidos y las naciones que fian á los estrangeros su salvacion y su futura suerte, y aconsejan el cuidado y circunspeccion con que debe procederse siempre en materia de tanta trascendencia. Por lo demas, los lectores decidirán si el pueblo español podrá reportar alguna utilidad de esta leccion amarga que nos da el poeta, y por consiguiente si tiene algun mérito el haberla presentado en escena.

Respecto del *fin literario*, creo poder asegurar no ser otro que el de presentar un ensayo de un género medio de literatura dramática, en que sustituyendo á la frialdad y á las travas del clasicismo caduco, el movimiento, la animacion y una racional independencia, se eviten al mismo tiempo los estravíos y la anárquica licencia de un romanticismo frenético; en que se interese y suspenda al espectador, pero sin horrorizarle; en que se sacuda y se conmueva al corazon, como la época exige y nuestra sensibilidad embotada, pero *sin destrozarle por via de diversion;* un género, en fin, en que, á título de interesar, se presente, si se quiere, en escena lo mas apurado y crítico de las situaciones, lo mas fuerte y exagerado del sentimiento, lo mas violento de las pasiones, lo mas desusado de los crímenes, pero seguido siempre de un *correctivo saludable*, sin herir la conciencia pública, respetando la moralidad que el estado so-

cial hace necesaria, y las creencias consoladoras que tanto influyen en la felicidad de los hombres. Y si tales son, como parece, las miras literarias que el señor Príncipe se propone en su drama, los verdaderos literatos, los hombres imparciales y sensibles, los conocedores del corazon humano y de las exigencias sociales decidirán acerca de la bondad y del mérito de este nuevo pensamiento: en cuanto á su desempeño, el público ilustrado sabe bien hasta qué punto ha sido feliz el poeta.

Los caractéres son, á mi entender, otro de los adornos mas bellos y sobresalientes del poema, por su grandeza, por lo bien definidos, por el interes que inspiran, y por sus felices alusiones. Hay algunos de ellos que representan siglos y naciones con todo su estilo y sus costumbres, como los de Tobías y Muza. En Julian se ve retratado el orgullo y el pundonor caballeresco de aquellos tiempos, y en Rodrigo la prepotencia, la arbitrariedad y el desenfreno de los últimos reyes godos. En Tarif se halla pintada la sagacidad de un guerrero político; en Sigiberto el amor filial; en Requila la supersticion de la época, y en Urbano la uncion y el tono augusto del sacerdocio. Pelayo es á mis ojos el emblema del patriotismo, y Florinda el de la desgracia que suele ser consecuencia de una hermosura estremada: del de Egilona hablaré mas adelante. Y como estos caractéres se hallan tan bien sostenidos y armonizados en todo el curso del drama, cualquiera que sea su situacion, el espectador seducido por la fuerza de la ilusion, se cree trasportado á los tiempos y lugares que fueron testigos de las escenas que tiene á la vista; y olvidado de la realidad, se imagina oir y ver á los mismos personages que figuraron en ellas.

El decoro y circunspeccion con que se da á conocer el ultrage de Florinda y sus temibles consecuencias es, en mi modo de ver, otra de las bellezas que revelan el talento y la delicadeza del poeta. Efectivamente, lo resbaladizo del asunto por una parte, y la necesidad por otra, de hacer comprender al público el hecho fundamental que motiva toda la intriga y armazon del drama, eran escollos muy dificiles

de salvar, y sin embargo el señor Príncipe ha conseguido evitarlos con una maestría singular; siendo tal la finura con que ha sabido presentar el suceso, que no hay frase ni espresion alguna de que pueda resentirse el oido mas casto y virginal. Ademas, no deja de ser bello y recomendable ver un poema rebosando moralidad y virtudes fundado en un hecho tan escandaloso y criminal.

La versificacion. Hé aqui la gran joya que realza el mérito del drama, que ilumina y hermosea todos los cuadros, que embellece todas las escenas, y da al todo de la composicion un brillo deslumbrador. ¡Qué fluidez! ¡qué magia! ¡qué halago! ¡qué música tan deliciosa en casi todos los versos del poema! En unos la dulzura, la amable sencillez y naturalidad de Melendez; en otros la armonía y la métrica cadencia de Quintana; en estos la fogosidad y el nervio de Cienfuegos; en aquellos la delicadeza, la sensibilidad y la ternura del Petrarca y de Metastasio. Examinado bajo este punto de vista, *el Conde don Julian* puede considerarse como un tejido de bellezas seductoras, en donde lo mas rico y ameno de la imaginacion alterna con lo mas tierno, delicado y enérgico del sentimiento; lo mas sólido, atinado y severo del juicio y de la sensatez, con todo lo que la espresion tiene de mas lozano, de mas dulce, mas florido y mas elegante. Preciso es confesar, y el público ilustrado se ha convencido de ello, que en esta parte el señor Príncipe deja muy atras á un gran número de dramáticos, supera á muchos de ellos, y compite con los mejores modelos.

Pero en lo que este jóven escede visiblemente á todo lo mejor de que yo tengo conocimiento, es en el tino, oportunidad y maestría con que ha sabido acomodar á los varios asuntos las diferentes clases de metros de que usa en el poema. El de seis sílabas, rápido y airoso, en la celebrada escena final del cuadro primero; la dulcísima anacreóntica para el tierno y delicado diálogo de Egilona y Florinda; el romance asonantado en la descripcion del palacio de Harpalús, y sobre todo aquel insensible deslizarse de unas escenas á otras, y aun á distintos asuntos y dis-

tintos personages, como sucede en las escenas tercera y cuarta del sesto cuadro, en que del verso septesílabo en letrilla pasa á la copla de arte mayor, y de esta á aquel, sin que el oido mas fino se resienta de la transicion; todos estos ejemplos, repito, y otros muchos que pudiera citar, son otras tantas pruebas de la exactitud de mi modo de ver en esta parte, y del profundo estudio que el señor Príncipe ha debido hacer de la versificacion castellana; de modo que los que aspiren á encontrar para sus composiciones el *legitimum sonum* de Horacio, no deben limitarse calificarle con los dedos y el oido como el mismo aconseja, sino buscarle mas bien en la feliz inspiracion, en la armonía y en las afinadas modulaciones de la lira de oro del vate de Augusta.

CUADRO PRIMERO.

En este cuadro el drama se apodera ya del auditorio, y afianza su éxito de un modo irresistible. El conflicto de Florinda al verse delante de Pelayo, escita vivamente la compasion del espectador, y da lugar á una situacion dramática del mayor interes. ¡Cuán costosa y amable es aquella solicitud con que procura alejar á su amante, temerosa de que lea en su frente su deshonra y su infelicidad! ¡Desgraciada! ¡Verse amada cual nunca por el hombre que ha elegido su corazon, y estar al mismo tiempo convencida de la imposibilidad de ser suya jamas...! Casi todos sus versos son tan bellos y candorosos como su alma; y el énfasis sublime que incluyen los siete últimos que dice en esta escena, revelan á un tiempo su discrecion y prudencia, y toda la amargura de su corazon. El galante apóstrofe que despues le dirige Pelayo encomiando sus perfecciones, tiene ademas el

mérito de aumentar la prevencion del espectador en contra de Rodrigo, haciendo mas sensible la desgracia de Florinda. La pasion del rey hácia esta infeliz se ve pintada en la escena siguiente con caractéres de fuego; pero lo que mas suspende y arrebata es la arrogante aparicion del Conde, que se abre paso hasta la estancia de Rodrigo; el tono, la vehemencia y desesperacion de su invectiva contrastando con la turbacion y el imponente enojo del monarca, que se aumentan despues con la vista y con la acusacion de su víctima; la posicion crítica y humillante de Florinda en presencia de su padre, y el inhumano despecho con que este la trata. Dudo que pueda concebirse escena mas animada, de mejores versos, ni mas llena de fuego, de interes y de valentía. Y hé aqui la causa, en mi concepto, de que el cuadro segundo parezca algo frio y desanimado, á pesar de su incontestable mérito.

CUADRO SEGUNDO.

Pero es preciso convencerse de que este inconveniente, casi siempre muy facil de salvar en los dramas de pura imaginacion, es las mas veces inevitable en los históricos, en los cuales el poeta se ve obligado á seguir el orden cronológico y *racional* de los acontecimientos. En el que voy examinando creo que este cuadro es de todo punto indispensable, porque la intervencion de los judíos en la intriga y en la catástrofe es de mucha consecuencia y de absoluta necesidad, puesto que en la hipótesi de que Julian y sus partidarios no secundasen las miras de Tarif y Muza en la batalla del Guadalete, era increible que cuarenta y cuatro mil peones y novecientos ginetes agarenos derrotasen y destruyesen completamente el ejército

godo-judío, fuerte de cien mil combatientes (*cuadro* 5.º, *escena* 4, *verso* 45), y que ademas debia contar con todos los auxilios y simpatías del pais. En su consecuencia, hubiera sido poco acertado confiar á una simple esposicion ó á otro medio semejante unos precedentes de tanto interes y de tanto enlace, precedentes que revelan los designios de reaccion y de venganza, y la seriedad del compromiso de los hijos de Israel, *per hos Hispania peritura;* ó presentar como accesorio y de pura incidencia un elemento que es y debe considerarse como principal; al paso que fuera tambien ridículo y desatinado que el poeta empezara el drama por este cuadro, puesto que no está en su arbitrio dejar de empezarle por donde las reglas y el buen gusto exigen, esto es, por el hecho fundamental del ultrage de Florinda, que es de donde parten todas las acciones, todos los incidentes y proyectos que forman la intriga, entre los cuales debe contarse la reaccion de los judíos, cualquiera que sea, por otra parte, su influencia en el desenlace. Me he detenido un poco en estas reflexiones con el fin de hacer ver, que dependiendo la mayor ó menor animacion de un cuadro dramático de la índole y naturaleza de los hechos que en él se presentan, y no estando en mano del poeta alterar la sucesion de estos hechos cuando son históricos, no debe considerarse como un demérito ni la falta de progresion respecto del interes, ni la menor animacion de un cuadro respecto de otro, con tal que sea en sí mismo bueno, y concurra felizmente á la accion y al desenlace del poema. Dése á este cuadro mas rapidez en la ejecucion, modifíquese la conducta de algunos personages, y estoy seguro de que gustará mas (1). Por lo demas, la descripcion del palacio encantado es, á mi entender, un pensamiento feliz bajo muchos aspectos. Considerada como poética, tiene el mérito de revelar en el autor la flexibilidad de su genio y una

---

(1) Nos consta que el autor ha tomado en consideracion estas indicaciones y todas las demas que le ha dirigido el señor Balseyro.

imaginacion rica y brillante: como dramática, hemos visto su importancia y la íntima conexion que tiene con lo restante del poema: como literaria, manifiesta claramente el conocido designio del poeta de amalgamar con lo que hay de bueno en el clasicismo las bellezas de la nueva escuela romántica; y en fin, como histórica, tiene el apoyo de la existencia de este alcázar, que ni aun el mismo Mariana se atreve á negar; y puesto que el hecho halla cabida en la historia, con mayor razon pudo y debió el poeta dar lugar en el drama á una tradicion tan ruidosa si creyó que podia convenir á sus miras, como he probado que se verifica. Y hé aqui una razon mas en apoyo de la existencia y de la bondad de este cuadro, cuyo manifiesto enlace con el asunto principal del drama acaba de patentizarse en el último verso

¡ Algun dia lo sabreis !

pronunciado enfáticamente por el fantasma; y se confirma y ratifica de nuevo en el último tambien que dice Tobías al fin del cuadro tercero.

CUADRO TERCERO.

El monólogo de la reina en la primera escena es quizá el único pasage en que esta matrona se muestra muger y no angel, pero en el final empieza ya á remontarse hácia el empíreo para no volver á descender en todo el curso del drama. En la segunda escena aparece Tobías, carácter magnífico, eminentemente patético, y de mucho interes y simpatía. Los versos que salen de la boca de este anciano durante todo el diálogo con la reina, constituyen, á mi entender, uno de los mejores trozos del poema. ¡Hay en ellos tanta conviccion! ¡tanto énfasis! ¡tanta a-

margura! ¡Pobre viejo! Esclavo y tratado como un perro! ¡solo y sin amparo! porque le han vendido toda su familia, y le han arrebatado cuanto amaba en la tierra... hasta el tierno Isaac... el último consuelo de su corazon... ¡el inocente que por no saber hablar se despedia llorando de su padre infeliz...! Permíteme que deje de ocuparme de tí para no volver á participar de tu inmenso dolor... bastante me has enternecido en la escena... Sin embargo, no dejaré de notar la destreza con que el poeta hace venir al Conde á enjugar las lágrimas á estos desgraciados. Este rasgo de filantropía va tan directo al corazon del espectador, que, aunque quisiera, no puede ya en adelante aborrecer á Julian. La escena del divorcio ofrece otra muestra insigne de la feliz inspiracion del poeta de hacer nacer el orden del desorden, la belleza de la fealdad, la virtud del atentado; porque aunque es cierto que el hecho tiene ejemplos en aquella época, en el caso presente ni era merecido, ni le aconsejaba otra razon de estado ni de conveniencia pública que la criminal pasion de Rodrigo, y por lo mismo si bien es bueno en poesía y como un incidente dramático, de parte del monarca es moralmente indisculpable. Pero véase el cuadro moral que produce: el rey, emblema de la injusticia, inquieto, desconcertado: su amarga ironía, y la risa sardónica que asoma á sus labios indican la agitacion de su alma y el estado de infelicidad á que le reduce este nuevo crimen: la reina, emblema de la inocencia, íntegra, serena, grande, profética y triunfante. Solo el sentimiento de la inocencia mas pura, fortalecido por una virtud sobrehumana, pudiera producir tanta dignidad, tanta resignacion y entereza en un lance tan crítico. Mas para que el espectador se persuada de que es humana esta sublime criatura, hace el poeta que al despedirse de su esposo, estalle en llanto su ternura y su mal reprimida sensibilidad, la cual forma con la conducta anterior un contraste del mayor interes. La de Rodrigo en este cuadro y los anteriores tambien contrasta con la que se le ve observar en los cuadros 5.° y 6.°, pero en esta parte el poeta no ha hecho mas

que ceñirse rigorosamente á la historia, la cual nos presenta esta mezcla de miseria y de grandeza en el carácter del último rey de los godos. Ultimamente, donde Egilona se ostenta superior á sí misma, es en la sentida amonestacion que dirige á su esposo. ¡Qué leccion tan sublime de moral y de política para los príncipes! Al oir estos versos, el espectador se figura que no es el consueta, sino el gran Fenelon, el que apunta á la reina.

CUADRO CUARTO.

En el diálogo de la primera escena es tan bello como dramático el contraste de ternura y desesperacion que se observa en Julian; pero el rasgo verdaderamente magnífico de esta escena está en el consejo que da á su hija en el último verso que le dirige:

Florinda... sé buena madre.

El descender de la altura de su furor y de su delirio á una consideracion tan filantrópica, revela efectivamente en el alma del Conde mucha fortaleza y un gran fondo de honradez, de nobleza y de moralidad; al paso que considerado este rasgo bajo el aspecto dramático, se ve en él otro de los ardides felices de que se sirve el poeta para irse captando insensiblemente la compasion y la benevolencia del público hácia este personage. La sensibilidad y el desconsuelo de la infeliz Florinda estan pintados con tal viveza y propiedad que sus acentos lastimeros penetran hasta el corazon; y el estado de inminente horfandad en que la pinta el poeta, sin amparo en el mundo, perdido su honor y su inocencia, acrimina por una parte á Rodrigo como causador de tanta desgracia, y contribuye tambien á disculpar á Ju-

lian como vengador de tanta ofensa. Este, enfurecido de nuevo con la vista y las lágrimas de su hija, vuelve en el monólogo siguiente los ojos hácia el malvado que causó su afrenta, y su espíritu de venganza estalla con la impetuosidad de un volcan en una serie de valentísimos versos. El razonamiento del mismo Conde en la escena tercera, es obra de mucho concepto é interes, principalmente en la parte que comprende el retrato moral y político de Rodrigo y el cuadro de los males que afligian á la España por su causa, delineados ambos y traidos por el poeta, con mucha maestría, con el designio de que la conducta ulterior de Julian y de sus partidarios, no se mire como una rebelion calificada, sino mas bien como una reaccion escusable atendidas las causas que la provocan, y el objeto á que se dirige, que es el de poner coto á los atentados y á la audacia de un déspota desenfrenado. El tratado con Tarif y Muza, aunque algo largo *en la representacion*, tiene el mérito de ser muy característico, como todo lo que dicen despues ambos caudillos agarenos. Ultimamente, la conducta generosa y magnánima de la reina en la escena final, es una leccion brillante de moral para las reinas y para las esposas.

CUADRO QUINTO.

Hay en este cuadro tanta maestría, tanta belleza y perfeccion, que sería necesario estenderse mucho para describir todo lo que tiene de grande, de ameno, de interesante y de patético. La cruel sagacidad del anónimo; el despecho consiguiente de Sigiberto; la conducta bondadosa y verdaderamente fraternal de Azasuldo; los encantadores versos con que Urbano

describe el acto de la penitencia; el cambio de carácter del monarca, que al verse al borde del precipicio retrocede por no arrastrar consigo á la patria, y purificándose de sus crímenes notorios por medio de una espiacion pública y edificante, vuelve al seno de la virtud; todo esto es indudablemente de mucho mérito: pero donde este brilla de un modo sorprendente, original y sublime, es en el *¡Asesinado!* en que Sigiberto esclama con tanto énfasis y oportunidad desde su cama, anudando el hemistiquio *y le absolví* que acaba de pronunciar Urbano. Esta voz misteriosa y terrible, que parece salida del fondo de los sepulcros, anuncia á un tiempo el crimen y el anhelo de la venganza; es el grito acusador de la conciencia de Rodrigo provocado por la sombra ensangrentada de Vitiza; el clamor de la vindicta pública, que parece poco satisfecha con el fallo del ministro del Altísimo. Los versos que el poeta pone en boca del rey cuando este vuelve del monte de la penitencia son tan tiernos, tan llenos de fé, de gratitud y de sincero arrepentimiento, que el espectador no ve ya en el que antes miraba con horror, mas que un desgraciado digno de compasion y de obtener el laurel de la victoria en la batalla que se prepara. Síguese á esto la magnífica entrevista de Rodrigo y Pelayo, cuadro grande, como lo llama el poeta, en que el monarca es el reo, y el vasallo el juez; en que el ofensor se humilla y suplica, y el ofendido otorga y perdona con erguida frente; en que el verdugo obedece y manda la víctima. El temor, la vergüenza, la confusion y el arrepentimiento por una parte; la severidad, el justo enojo, la generosidad y el patriotismo por otra, son los elementos morales de cuya armonía y contraste resulta esta escena inimitable. Creo que es imposible imaginar cosa mas grande ni patética que aquel sollozar de Rodrigo sobre el pecho de Pelayo, ni éstasis mas delicioso que el que produce la vista de este cuadro. ¡Qué habian de hacer sino sollozar tambien los espectadores mas sensibles! y digo los mas sensibles, porque los que lo eran menos, lloraban... En la conclusion de esta escena, no es facil decidir cuál sea el énfasis mas sublime;

si el del hemistiquio «*mañana me amarás*» que pronuncia el rey, ó el que incluyen los dos versos siguientes de Pelayo. La escena final de este precioso cuadro es tambien un modelo de sublimidad y de laconismo: increible parece que en solo cinco versos de que consta, haya podido el poeta desarrollar tantos y tan grandes pensamientos. El último esfuerzo de amor fraternal por parte de Azasuldo; el único medio posible de conservar de un modo verosimil la existencia de Rodrigo amenazada por Sigiberto; la irresistible influencia de una buena accion para que los demas se alienten á imitarla; la inmensa importancia que lleva consigo el solo nombre de Pelayo; el mal éxito de la intriga de los judíos para desunir á los leales... Pero será preciso parar aqui para que no resulten en esta escena mas pensamientos que versos.

CUADRO SESTO.

El cuadro sesto es una produccion ideal tan hermosa, tan interesante y feliz, que apenas hay en él frase que no conmueva al espectador: es, en mi entender, un verdadero modelo de magnanimidad y de patriotismo, un monumento insigne erigido por el poeta al heroismo de los españoles. En obsequio del Estado se ve perdonado el ultrage mas sensible que puede recibir una doncella; renunciados los caros derechos de esposa y de reina, y despreciados los poderosos incentivos de la gloria, del cetro y de la magestad. Ante el interes nacional desaparecen todos los proyectos subversivos, todas las consideraciones, todos los resentimientos. El amor, los zelos, la venganza, pasiones desencadenadas con la mayor furia, que-

dan sacrificadas en el altar de la patria; y al mágico acento de este nombre querido, enemigos y rivales, ofendidos y ofensores, verdugos y víctimas, todos se confunden, y se adunan, y se identifican, y corren abrazados á su salvacion. Y es tal el efecto que estos rasgos sublimes de generosidad y de grandeza producen en el ánimo del espectador, que quisiera llorar y no puede, porque queda embargado y sumido en una especie de pasmo delicioso que no le deja facultades mas que para sentir y gozar. En ninguna circunstancia hubiera sentido tanto no ser español como al ver la representacion de este cuadro. El espectador se figura que aquello es un certamen de virtudes morales y cívicas que han tomado la forma de los personages que tiene á la vista. La conducta de Julian en esta magnífica escena tiene ademas el mérito de ser una prueba auténtica de desinteres y delicadeza, y de que el objeto de su alzamiento no era otro que el de la venganza de su afrenta, y la emancipacion de su patria de poder del monstruo que la devoraba. El terror que inspira á Florinda la vista de Rodrigo en contraste con la conducta pacífica y conciliadora de este, es bellísimo y de mucho efecto; y la súbita y arrogante aparicion de Julian, y la oportunidad de aquel terrible *mañana* que pronuncia al principio de la escena octava, produce en el espectador una emocion tan viva y sorprendente que hace latir el pecho de un modo convulsivo. Pero yo, llevado del entusiasmo que me inspiran las escenas características del cuadro, me iba olvidando de las bellezas que abundan en las otras, y sobre todo del personage mas amable, y acaso mas heróico del drama, de la reina Egilona. ¡Muger celestial! ¡dechado de reinas! ¡modelo de virtud y de moralidad conyugal! ¿Quién podrá conocer jamas toda la estension de tus sacrificios? ¿quién quilatar el precio de tu conducta generosa? ¡Esposa amante y cariñosa de un esposo adusto, despiadado é infiel; reina ejemplar que desarmas los brazos que se preparan á vengar tus propios ultrages, y sobre todo amiga sincera y oficiosa de tu misma rival...! Quien no te ame, quien no sienta tus penas y tu desventura, quien no te a-

compañe con sus lágrimas en tu inmensa afliccion y desconsuelo, tenga siempre por castigo la misma dureza de su corazon. ¡Laurel inmarcesible al vate creacor que supo delinear carácter tan sublime! carácter en que parece haberse propuesto no solo presentar el tipo ideal de la *muger fuerte* para modelo del sexo, sino tambien vindicar á este de la *horrible deformidad* con que se han complacido en retratarle algunos dramáticos modernos. Pero en este cuadro las bellezas de los caractéres van á par con las bellezas poéticas y dramáticas. El monólogo de la reina en la segunda escena es un modelo de sensibilidad, de prudencia y de edificante resignacion, al paso que el diálogo de la misma con Florinda en la tercera, reune á lo mas tierno y delicado del sentimiento lo mas dulce, lozano y seductor del metro y del estilo. ¡Qué grupo tan interesante y tan bello! se figura uno ver personificadas bajo la forma de castas Vestales la virtud y la inocencia descendidas del cielo, abandonadas en la tierra, unidas y abrazadas por el instinto de la mútua conservacion, y entonando á duo cánticos de amor para consolarse de las injusticias de los hombres. ¡Loor tambien á las señoras Baus y Palma que con tanto talento y sensibilidad supieron espresar los afectos de estas dos criaturas angélicas! Otro de los lances de mas efecto y originalidad de este cuadro sin igual, es la imprevista y sospechosa aparicion de Jehú continuando las estrofas del canto del bardo que la reina recitaba á Florinda, su tono enfático, su hipócrita humildad y el concepto fatídico de aquellos versos. Finalmente, el desmayo de la reina en la escena sesta; el temblor de la luz á que le compara el poeta; el tierno y entusiasmado elogio que hace Rodrigo de las virtudes de su esposa; la nobleza y dignidad del medio que esta emplea despues para impedir el duelo, son otros tantos rasgos brillantes y de un efecto irresistible para el espectador. Bellezas todas que unidas al talento, á la insigne maestría con que estan dispuestas y presentadas, manifiestan el genio y el esquisito gusto del poeta, y dan á este cuadro el carácter de una creacion admirable y eminentemente dramática.

CUADRO SEPTIMO.

El cuadro séptimo está lleno de vida, de movimiento y de amenidad. El interes de las situaciones, la variedad de los incidentes, lo misterioso de la intriga y la importancia de los acontecimientos tienen al espectador en un estado de suspension y de ansiedad contínua. Las primeras escenas abundan en rasgos característicos del genio y de las costumbres árabes, y son bellísimos casi todos los versos que en ellas dice Muza. El documento de transaccion que lee Requila, la conducta de Julian en la escena quinta y siguientes, y la muerte que al fin se da, acaban de echar el sello á su inocencia con respecto al crimen que le atribuyen algunos historiadores, y satisfacen plenamente el fin moral que el poeta se propone en este personage. La aparatosa ceremonia del pontífice judío, la piedad y el fervor de sus hermosas deprecaciones, el candor con que revela sus proyectos á Julian, y aquel tierno y amargo recuerdo hácia su familia en el momento de espirar, son, á mi entender, otros tantos recursos dramáticos á cual mas diestro, dirigidos á hacer mas sensible la muerte de este anciano, la cual sin este ardid se hubiera creido mas merecida, y por lo mismo hubiera sido fria y sin efecto trágico; muerte que por otra parte, ademas de contribuir poderosamente á sincerar la conducta política de Julian, tiene el mérito de ser ejemplar bajo dos aspectos: 1.º como castigo del gefe de los conjurados que *se disponian á aprovechar el momento para entregar la España á los estrangeros:* 2.º como castigo tambien de la criminal condescendencia de haber facilitado al rey la bebida narcótica. En efecto, como médico debió perecer antes que su-

ministrar el veneno de otro modo que en calidad de remedio y con la debida circunspeccion; y como conocedor del desenfreno y de la audacia de Rodrigo, debió sospechar y temer que haria mal uso de aquella bebida: por consiguiente se hizo tan responsable del atentado cometido á beneficio del narcótico, como lo sería de los estragos que cometiese un loco el que tuviera la debilidad de entregarle una espada.

La principal, la verdadera catástrofe, y sin la cual el drama quedaria como decapitado, catástrofe que con mucha destreza procura el poeta poner en duda por medio de las equivocaciones de Julian, pero que no obstante tiene para él la desventaja de ser sabida de todos, está sin embargo presentada con maestría y con el apoyo de la historia, sirviéndose de un signo material cual es el manto de Rodrigo, cuya muda elocuencia es indudablemente de mas efecto para el espectador que la vista misma de los hechos, prescindiendo del mérito de haber evitado los inconvenientes que tiene este último medio.

Este desastroso resultado de la batalla decisiva, poco merecido seguramente de Rodrigo si solo se atiende á la conducta de sus últimos dias, se considerará de muy distinto modo si se reflexiona en la que observó antes por espacio de mucho tiempo; y es una leccion práctica, escrita con lágrimas y sangre, en que deben aprender los reyes y todos los encargados de regir los destinos de las naciones: que *no siempre bastan ni el arrepentimiento mas sincero ni la espiacion mas solemne para evitar las consecuencias á que da ocasion el escándalo, y los abusos y demasías del poder.*

Finalmente, otro de los incidentes que dan á este cuadro realce y novedad es el coro de santones y la deliciosa música compuesta al efecto por el profesor don Luis Vicente.

El final ¡Aun vive Pelayo! dignísimo capitel de esta columna elegante y robusta de la literatura dramática española, revela un pensamiento colosal y eminentemente filosófico, lleno de uncion y de vida, y perfectamente adecuado y conforme á la *índole particular* del poema y al *género* de literatura dramáti-

ca que en él se descubre. En el desolado cuadro de luto, de esclavitud y desesperacion que presenta la España muerto Julian en vista del resultado de la batalla del Guadalete, esta esclamacion feliz esparce un rayo de consoladora esperanza que hace entrever un porvenir mas dichoso; minora y dulcifica la tribulacion de los vencidos, y oscurece y cercena la gloria de los vencedores: es el canto del bardo leal, inspirado por el genio del patriotismo y del orgullo español, que predice la época del desagravio y de la venganza nacional; el crepúsculo bienhechor que en aquel estado de lobreguez y de tinieblas anuncia el amanecer del gran dia de la independencia de España; el eslabon, en fin, que enlaza, sostiene y perpetúa la vida política de esta nacion heróica á despecho de los desleales y de los usurpadores de todos los tiempos.

Este último rasgo de belleza y sublimidad con que el poeta corona su obra, acaba de satisfacer el entendimiento y de saturar el corazon; y el espectador que durante la representacion hubiera querido ver duplicada su sensibilidad y sus facultades, conoce despues que no ha gozado todo lo que sería posible gozar; y entre admirado y celoso contempla al gallardo drama, henchido de vigor y lozanía, que se ostenta triunfante en la escena como el numen del teatro moderno destinado á reemplazar los monstruos que le han invadido y las deidades femeninas que antes le presidian.

Tal es *el Conde don Julian* en mi concepto, y tal me persuado de que parecerá si, como lo espero, se toman en consideracion las observaciones que me ha sugerido su representacion y su detenida lectura, y que con esta fecha dirijo al autor en carta confidencial (1), atrevimiento que espero me disimulará su amistad en gracia á mis buenos deseos, que no son otros que los que dejo manifestados al principio de este escrito.

El señor Lombía, que prendado desde un prin-

---

(1) Véase la nota de la página 142.

cipio de las bellezas de esta composicion, la eligió para su beneficio, ha trabajado con tanta inteligencia, con tanto celo y entusiasmo porque la representacion se hiciese con toda la perfeccion y esmero posibles, que sería injusto desconocer la gran parte que le cabe en el buen éxito que el drama ha tenido en Zaragoza, asi por esta razon como por la felicidad con que ha sabido retratar el carácter de Rodrigo, y por la insigne prueba que nos ha dado de su talento, de su sensibilidad y mérito artístico en la escena maestra con Pelayo en el cuadro quinto. Los demas actores se han esmerado tambien en el desempeño de la parte que les ha tocado, y me complazco en decir, que algunos de ellos lo han hecho con la posesion y maestría que tienen de costumbre; que otros se han aproximado bastante á lo que de ellos exigia el papel, y que si algunos han sido menos felices, esto debe atribuirse á la superioridad de los caractéres que tenian que representar, y de ninguna manera á culpa suya, pues me consta que todos han hecho con la mejor voluntad cuanto ha estado de su parte para que el drama tuviera el éxito mas feliz; y por lo mismo las observaciones que sobre este punto me ha hecho concebir la vista del drama, las remito tambien hoy en carta particular al director de escena para que haga de ellas el mérjto que mejor le parezca (1), quedando con esto satisfecho todo mi designio del modo que me lo ha permitido la escasez de mis fuerzas. ¡Ojalá que en unas y otras observaciones haya tenido tan buen criterio como voluntad!

El señor Aranda, á cuya laboriosidad ejemplar ha sido debida en gran parte la representacion del drama en el presente mes, nos ha dado una nueva muestra de su rica imaginacion en la decoracion del palacio de Harpalús, y no menor de su talento artístico y de su erudicion en las vistas de los reales de Rodrigo y del campamento árabe, que aparecen en el quinto y séptimo cuadros.

---

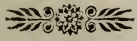
(1) Tambien sabemos que el señor Lombía ha recibido con singular aprecio estas observaciones del articulista.

El público zaragozano, admirador de todo lo grande y de todo lo bello, demostró con repetidos *bravos* y aplausos los mas estrepitosos el entusiasmo que le inspiraba la composicion dramática de su paisano, obligándole, so pena de suspenderse la representacion, á presentarse en la escena á pesar de su obstinada resistencia y del mal estado de su salud, colmándole alli de *vivas* y de nuevos y mas acalorados aplausos. Los señores del escelentísimo ayuntamiento constitucional de esta capital que componen la comision de teatro, deseando dar al jóven autor una prueba pública del singular aprecio que le han merecido sus talentos, le han concedido un beneficio del modo mas generoso; y los individuos de la compañía de artillería de esta Milicia nacional, á que pertenece el señor Príncipe, envanecidos justamente de tener por compañero á un sugeto de tanto mérito, parece que tratan de regalarle un uniforme completo para que lo estrene aquella noche. Tambien me consta que varias personas ilustradas van á abrir una suscricion voluntaria para costear la impresion del drama (1), y que se preparan al poeta algunas otras muestras de distincion y aprecio.

Todo lo cual prueba, que en este pais de barbarie y ferocidad, como se complacen en llamarle algunas gentes que no le conocen, hay no solo quien sepa crear bellezas de primer orden, sino tambien quien sepa conocerlas y apreciarlas; y que por poco que se repitan los ensayos como el del *Conde don Julian*, el epíteto de heróica que tan justamente honra y distingue á esta ciudad, será relativo no solo al patriotismo y á las armas, sino tambien á las letras. Zaragoza 26 de diciembre de 1838. = *C. B.*

---

(1) Esta edicion fue la primera, hecha en Zaragoza.



BENEFICIO

DE DON MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE:

SU DRAMA

EL CONDE DON JULIAN.

Tejed, ninfas de Iberia, la guirnalda
De verde mirto y encendida rosa
Al genio celestial que os amanece.

LISTA.

Era la noche del 20 de enero de 1839. Parte de los habitantes de un pueblo garantizaba con las armas en la mano la tranquilidad de los demas contra todos los embates y ardides que pudieran temer de sus enemigos, mientras la otra daba una prueba insigne de sensibilidad y de cultura coronando en la escena á un poeta dramático, primer ejemplo de esta clase en los fastos del teatro español. Mirado bajo el primer aspecto, facil es inferir que este pueblo era Zaragoza; mirado bajo el segundo... era Zaragoza tambien.

Imposible parecia á primera vista que los ruidosos y bien merecidos aplausos que el pueblo zaragozano habia tributado al autor del *Conde don Julian* en la noche del 18 de diciembre último llegaran á ser nunca escedidos ni aun comparados con todos los que en adelante pudiera recibir; y sin embargo, por grande que se conciba su gloria en la primera representacion de este drama, la noche destinada por el escelentísimo ayuntamiento al beneficio del jóven poeta añadió inmensos quilates al hermoso aunque

invisible laurel, que ya desde entonces cercaba sus sienes. Desde la mañana de este dia se notaban ya síntomas nada equívocos de prepararse alguna cosa grande; pero el poeta, convaleciente de la enfermedad que tanto ha comprometido su preciosa existencia, y postrado todavía en cama, no podia ni aun imaginar el conjunto de goces, de satisfaccion y de gloria que le esperaba por segunda vez. La indecible avidez con que todos solicitaban localidades para aquella noche; la devolucion de un gran número de entradas en el momento crítico de empezar la funcion por no caber mas gente en el teatro; la presencia del capitan y de varios individuos de la compañía á que pertenece el señor Príncipe, en la cobranza principal; la de otros nacionales de la misma que se *disputaron* la satisfaccion de recibir en nombre de su camarada el estraordinario concurso que se agolpaba á las puertas; el ansia finalmente con que el público esperaba ver dar principio á la representacion, y el entusiasmo, y el gozo, y los diversos afectos que se veían pintados en los semblantes... todo presagiaba, todo significaba algo mas que la asistencia al beneficio de un poeta, algo mas que el simple deseo de oir y ver un drama que iba á representarse por la *cuarta vez*, y que por lo mismo debia considerarse desprovisto del atractivo que lleva consigo la novedad.

Alzóse por fin el telon, y á la ansiedad con que se deseaba el principio de esta funcion memorable, sucedió el anhelo de devorar, por decirlo asi, las bellezas de que tanto abunda el drama. Y si es cierto que uno de los mayores aplausos que puede recibir un poeta dramático consiste en aquel indefinible silencio con que se escucha su composicion, cuando el espectador no se atreve á respirar al parecer, temiendo que el mas pequeño rumor le robe un verso, una sola sílaba que salga de los labios de los actores, bien satisfecho debió de quedar el señor Príncipe con esta muestra de aprobacion que de un modo tan particular le dió aquella noche el pueblo de Zaragoza; pues si frecuentemente prorumpia en aplausos ó en alguna esclamacion de júbilo y de alborozo, porque no podia resistir la súbita emocion que le

causaban ciertos lances, bien pronto volvia á sumergirse en su silencio primitivo. Pero donde el júbilo y el entusiasmo de los espectadores no pudo ya reprimirse ni moderarse, fue en la última escena del cuadro sesto; y es que la conducta de los personages en esta escena es demasiado heróica para que la fuerte simpatía que debia escitar en los pechos zaragozanos, dejara de producir un eco universal. Álzase un grito general, atronador, pidiendo la salida del poeta á la escena; la representacion no puede continuarse, y sin embargo aquel no parece: creía en su escesiva modestia que negándose á verificarlo, el pueblo desistiria de su empeño, pero ¡cuánto se equivocaba! Aunque su enfermedad le obligara á estar en cama, hubiera salido al teatro conducido en una silla de manos cual otro Bellini. Sin embargo, fue necesario un recado espreso del escelentísimo ayuntamiento, que no hallaba otro medio de aquietar y satisfacer los deseos de aquel público entusiasta; y entonces... ¡Oh qué cuadro tan bello, tan lleno de ternura y de sublimidad! Traido de la mano á la escena por las señoras Baus y Palma, y vestido con el brillante uniforme, regalo de sus compañeros de armas, el bardo aragonés recibe por segunda vez los inmensos aplausos de la entusiasmada multitud, en medio de las dos creaciones mas delicadas y acaso mas filosóficas de su pluma, Egilona y Florinda. ¡Viva el poeta aragonés! ¡Viva el honor del pais! ¡Viva la gloria de las musas iberas! Asi gritaba el pueblo, y en tanto inundaba la escena de dulces, apodos y coronas; pero á vista de estas se redobla de pronto el entusiasmo y el estrépito; era un nuevo deseo, un grito nunca oido en los teatros de la nacion española; el pueblo quiere á todo trance que Egilona y Florinda coronen á su autor en la escena: el poeta, que se apercibe de ello, se ruboriza, se intimida, no sabe por dónde huir... El aturdimiento que le causa su natural humildad y modestia da verdaderamente compasion. Entonces la señora Baus, tomando en las manos una corona de laurel y de siempreviva orlada con un lema en letras de oro, pone término á la ansiedad general colocándola sobre la frente del poeta: este se

estremece, brota de sus ojos un torrente de lágrimas, y se cubre el rostro con las manos... Aqui renunciamos á pintar. Los espectadores lloraban tamhien... nosotros lloramos aun... ¡Pueblo inmortal! tus hijos son tan sensibles como valientes, su corazon es tan grande y magnánimo como patriota y esforzado. En el mismo momento véuse desprender de lo alto del escenario sobre la cabeza coronada del poeta, y de las claraboyas del teatro sobre los espectadores, una multitud de papeles impresos de diversos y vistosos colores: el público pide con el mayor empeño su lectura, y las señoras Baus y Palma leen los dos sonetos que se insertan á continuacion; siendo por cierto admirable el contraste que ofrecia la lectura de los elogios que en ellos se hacian al señor Príncipe con la humilde actitud de este, que se habia quitado la corona, y no osaba alzar los ojos de las tablas. Este último incidente dió ocasion á que el público, cada vez mas entusiasta por las glorias del jóven poeta, se mostrase tal vez algo exigente, aunque con los mejores deseos; y el señor Príncipe, siempre bondadoso y condescendiente, no supo negarse á complacerle, ofreciendo componer algunos versos, que era lo que se le pedia, luego que se lo permitiese la agitacion de su alma henchida de gloria, de rubor y de gratitud. A los doce ó catorce minutos anunció por medio del señor Lombía que habia concluido su composicion del modo que le habia sido posible, pero el público quiso darle algun tiempo mas para que acabara de recobrarse ínterin se concluía la representacion del cuadro séptimo. Leyó en seguida el poeta su bonita improvisacion, que le grangeó nuevos vivas y aplausos los mas acalorados; y esto acabó de amenizar la funcion mas grande que hemos presenciado jamas, en la cual, nos complacemos en repetirlo, ha dado Zaragoza el primer ejemplo de coronar en la escena española las sienes de un poeta dramático.

¡Zaragoza escelsa! ¡Ciudad siempre heróica! Cuando tus enemigos y calumniadores se atrevan á alzar contra tí su voz detractora, el recuerdo de esta noche memorable bastará á confundir en el polvo los dicterios con que quieran cercenar tus glorias y las

del pais de que eres metrópoli. Tú les responderás con orgullo: «mis hijos son eminentes en el combate «y eminentes en la cultura: este pais que llamais ig«norante, ha producido un genio de primer orden «que ha comenzado su carrera dramática por donde «tantos otros suelen acabarla; un vate que en su «primera produccion se ha puesto casi al nivel de «los mejores dramáticos de Europa; y esta ciudad «cuyos habitantes abrigan un corazon endurecido, «acaba de manifestar que comprende lo que es un «poeta, y ha sabido acompañar con sus lágrimas el «acto solemne y grandioso de la coronacion que le «ha preparado en la escena.»

Y tú, jóven dichoso, jóven cuyo apellido parece providencial... ¿sabes hasta qué punto te llena de gloria esa corona con que el pueblo zaragozano acaba de laurear tus sienes? ¿Sabes hasta qué punto es serio el compromiso que acabas de contraer? Tu nombre será inmortal y europeo, como es europeo é inmortal el pueblo que te ha coronado; pero tu obligacion primera es la de ser siempre grande en tus ulteriores composiciones: la magnífica prueba que de tus talentos dramáticos nos acabas de dar, nos pone en el caso de esperar con derecho mayores esfuerzos de tu parte: tu cabeza es grande, tu corazon es bueno, tu lira es eminentemente social: tales son los elementos que se necesitan para legar á la Europa la literatura dramática que el siglo reclama. ¿Retrogradarás en la carrera? ¿Te intimidarás de los vanos aullidos con que la envidia querrá acibarar tus dias? Pero los rios no vuelven atras. ¿Cómo retrogradar el genio? Los hombres concurren por diversos caminos á rendir homenage al mérito y á la virtud: los envidiosos que solo saben aullar, ¿cómo te han de aplaudir de otro modo? Recuerda lo que á fines del siglo pasado decia á Jovino ese poeta eminente con cuya amistad te honras, el señor Quintana:

. . . . . «Allá en el Nilo
Suele el tostado habitador dar voces,
Y al astro hermoso en que se inflama el dia
Frenético insultar: la injuria vana

Huye á perderse en la anchurosa esfera,
Y Febo en tanto derramando lumbre
Sigue en silencio su inmortal carrera.»

La tuya tambien está marcada, afortunado vate: síguela; ¿qué esperas? Triunfa; vuela al templo de la inmortalidad. El impulso que se ha dado á tu corazon y á tu numen no puede ser mayor. ¿Qué tienes que envidiar al Tasso, á Shakespeare, á los genios dramáticos de la Grecia? Su talento, lo tienes ya: ¿sus lauros? El que acabas de recibir es mas sincero y grande que el suyo. La ciudad que te ha coronado es mas ruidosa que Atenas, menos refinada que Londres, y mas heróica que Roma.

Zaragoza 23 de enero de 1839. = *C. B.* (1)

SONETOS.

Primero, leido por la señora Baus.

Jóven aragonés, eleva al cielo
De lauro ornada la sublime frente:
Premio es debido al mérito eminente
El honor que te da tu patrio suelo.
Sigue inspirado el atrevido vuelo
Que para orgullo y gloria de tu gente
Acabas de emprender: grande y valiente
Tu primer tentativa es un modelo.
Recibe ufano el prez, el lauro amado
Que en medio del estruendo de la guerra
Zaragoza inmortal te ha decretado.
¡O cuánta gloria tu laurel encierra!
Pocos pueden decir: «Fuí coronado
En el pueblo mas grande de la tierra.»

C. B.

(1) Este artículo se publicó en los Diarios de 26 y 27 de enero.

Segundo, leido por la señora Palma.

Él es, él es, miradle, el vate augusto
Que en las alas del genio arrebatado
El honor español ha vindicado
De un anatema por ventura injusto.
El poeta feliz que el vicio adusto
Combate, de la escena apoderado;
El bardo que en sus versos ha enlazado
La inspiracion del genio á la del gusto.
Vedle vestir el uniforme honroso
Que el hombre libre de llevar blasona;
Ved ornada su sien de lauro hermoso.
El cantor de Pelayo y Egilona,
El escritor patriota y virtuoso
Merece el uniforme y la corona.

C. B.

IMPROVISACION POÉTICA (1)

DE DON MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE,

despues de su coronacion en el teatro de Zaragoza la noche del 20 *de enero de* 1839.

Tanto honor, tal deferencia,
Y tan inmensos favores,
Solo me prueban, señores,
Vuestra bondad é indulgencia.
Yo de gratitud fallezco,
Pues solo por alentarme
Tanto mas quereis honrarme
Cuanto menos lo merezco.
¡Gracias por tanto favor!
¡Gracias! Yo me alentaré:
Yo tal vez intentaré
Algun ensayo mejor.
Y vosotros, *Artilleros*,
Que de este modo me honrais,
Y al mundo todo os mostrais
Tan cultos como guerreros.
¿Cómo podré agradecer
El honroso distintivo
Que de vosotros recibo
Con lágrimas de placer?

---

(1) *Le damos este nombre, porque habiendo exigido el público que el autor del Conde don Julian recitase algunos versos relativos al acto, se vió este jóven en la precision de retirarse unos momentos á recoger sus ideas, escribiendo sobre la marcha los versos que se ponen á continuacion. Con esto creemos evitar la responsabilidad poética que recaería sobre él, á creerse su composicion fruto espontáneo y voluntario del mismo, y no efecto del compromiso en que se vió.*

¡Ah, yo os juro que este don
A mi pureza es conforme!
Debajo del uniforme
Late libre un corazon.
Él mis deberes de fiel
Recordará á la memoria,
Y al morir será mi gloria
Ir á la tumba con él.
¿Mas cómo podré leal
Daros las gracias bastantes,
Oh dignos *Representantes*
De esta *Ciudad* inmortal?
Mi corazon se alboroza,
Pues, si mal no lo concibo,
Merced que de vos recibo
Es merced de *Zaragoza*.
¡Pueblo eminente! El valor
Y heroismo es tu divisa:
Tú alientas con tu sonrisa
A este oscuro Trovador.
Cuando me olvide de tí,
Cuando tan ingrato sea
Que en todas partes no vea
El prez que te merecí;
¡Yerto se agoste el laurel;
Yertas sus hojas se sequen,
Y en maldiciones se truequen
Tantos aplausos con él!
¡Nunca jamas me prometa
Ni genio, ni inspiracion!
Que es la mayor maldicion
Que puede darse á un poeta.
¡Pero olvidarte! Jamas,
Pueblo inmortal y esforzado;
¡No! que me precio de honrado,
Y de *Aragonés*, que es mas.

K. 2-4-58

LS
P9576co.2

Principe y Vidaud, Miguel Agustin
El conde Don Julian. 2.ed.

586223

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED